

¿POR QUÉ NO ME LO DIJERON?

Autor: Morris Venden (2005)

jesusyyo.com

¿POR QUÉ NO ME LO DIJERON?	1
Prefacio	3
Capítulo 1: Terminando la obra en China.....	5
Capítulo 2: Trabajando por tu propia salvación	30
Capítulo 3: La obra del Espíritu Santo.....	48
Capítulo 4: Leones en la calle.....	66
Capítulo 5: Pescando en el lado correcto	85
Capítulo 6: Sudor santo	107
Capítulo 7: Oración intercesora	120
Capítulo 8: El menor de estos	134
Capítulo 9: La mujer del pozo (parte 1)	150
Capítulo 10: La mujer del pozo (parte 2)	167

PREFACIO

Sería correcto decir que Jesús era polémico. No se lo propuso. Simplemente dijo la verdad sobre Dios y el reino de los cielos, y muchos (especialmente los líderes) se sintieron ofendidos por lo que dijo.

«¿Por qué no me lo dijeron?» tiene el potencial de tener un efecto similar por razones similares. Durante demasiado tiempo, hemos sido condicionados a pensar en el testimonio cristiano como alguien que proporciona información en lugar de compartir una experiencia personal. Hemos hablado de «la verdad» como si fuera un conjunto de creencias fundamentales, pero según Jesús, la «Verdad» es una Persona. ¡Él es la Verdad! Conocer la «Verdad» es en realidad conocer al Señor. Cuando lo conocemos como nuestro Amigo personal, nuestro testimonio pasa de ser meramente persuasivo desde el punto de vista lógico a ser abrumadoramente contagioso.

Si las Escrituras son claras en algo, es en que Dios está buscando amigos. Por sorprendente que parezca, el Cielo está hambriento de amistad. Todas las hojas de las Escrituras están llenas de una invitación a una relación personal con Dios. Aquellos que responden a esa invitación

tienen algo que compartir que todo el mundo está buscando.

Jesús no limitó la Gran Comisión a un puñado de evangelistas supervendedores. No pidió al clero que asumiera la responsabilidad de hacer la obra. Pidió a cada creyente que dijera lo que sabía acerca de Él.

La gente no espera oír proclamaciones profesionales, sino lo que hemos visto, oído y sentido del poder de Cristo. Éste es el testimonio al que nuestro Señor nos llama y por cuya falta el mundo está pereciendo.

Algunos pensarán que este libro está totalmente equivocado y que va en contra de la evangelización, pero para quienes tengan oídos para oír, despertará una respuesta y dará comienzo a una sinfonía de alabanza.

«¿Por qué no me lo dijeron?» ¡Te hará querer decírselo!

¡Gracias, papá, por otro libro que nos recuerda que realmente todo se trata de Él!

Lee Venden

CAPÍTULO 1: TERMINANDO LA OBRA EN CHINA

Un profesor universitario chino tenía una hija hermosa e inteligente. Estaba interesado en asegurarse de que consiguiera el mejor marido. Le resultaba difícil cumplir esta tarea porque no había nadie lo suficientemente bueno para ella, así que ideó un plan. Pondría en un cartel, en el centro de la ciudad, cien de los caracteres chinos más oscuros y vagamente comprendidos, y el hombre que pudiera entender la mayoría de estos caracteres se casaría con su hija.

Varios pretendientes lo intentaron, y lo máximo que consiguieron fue el 80 por ciento. El profesor no estaba satisfecho. Quería el 100 por ciento.

Un día, un zapatero llegó al pueblo y vio el cartel. Lo miró y dijo: «Qué lástima. No conozco ninguno». Y los habitantes del pueblo dijeron: «Es lo más cerca que ha llegado nadie hasta ahora. Conoce a todos menos a uno». Fueron y consiguieron que el profesor y el zapatero consiguieran que la hija se casara.

En la noche de bodas, ella le preguntó qué carácter no conocía. Él le respondió: «No lo entiendes. No conocía a ninguno de ellos». Esto llegó a oídos del emperador, quien lo llamó y le dijo: «Nadie en mi reino va a tratar a mis súbditos de esta manera. Voy a hacerte tres preguntas y, si no puedes responderlas, será tu culpa». Continuó: «Las preguntas se harán con gestos de la mano. Sin hablar. Yo hago un gesto y tú respondes con un gesto de la mano».

El emperador comenzó dibujando círculos en el aire con el dedo índice. El zapatero le devolvió el gesto levantando una mano junto a los hombros y la otra a la altura de la cintura con las palmas enfrentadas. El emperador se sintió complacido porque quería saber qué hacer con los enemigos que lo rodeaban. Y entendió que el zapatero le había dicho: «Acaba con ellos».

Entonces, el emperador levantó tres dedos. El zapatero, empezando por la cintura y bajando, hizo girar los brazos hacia atrás con las palmas abiertas. El emperador se sintió complacido. Al hacer el gesto, preguntó: «¿Qué hago con los tres enemigos que son los más terribles de todos los enemigos?». Y entendió que el zapatero le había dicho: «No te preocupes por ellos».

Ante la última pregunta, el emperador movió la mano hacia arriba y luego hacia abajo. En respuesta, el zapatero sonrió y le dio una palmadita en la cadera. El emperador volvió a estar contento. Con su gesto le había preguntado al zapatero: «¿Qué hago con los dos peores enemigos de arriba y abajo?». Y entendió que el zapatero le había dicho: «Siéntate en tu trono y no te preocupes». Así que envió al zapatero de vuelta con la bella hija.

En su viaje de novios, la hija le preguntó al zapatero cómo le había ido con el emperador. Él le respondió: «¡Genial! El emperador me preguntó cuántos panqueques podía comer. Le dije: «Un montón de esos». Me preguntó: «¿No puedes comer tres más?». Le dije: «¡De ninguna manera!». Entonces me preguntó: «¿De dónde deberías sacar el cuero para tu negocio de zapatos, de la parte superior del cuerpo o de la parte inferior?». Le dije: «De la cadera del animal».

En esta fábula china tenemos un ejemplo de falta de comunicación.

Hace unos años viajé a China y eso me impactó muchísimo. Me recordó la falta de comunicación que tenemos en cuanto a Dios, su carácter, su obra, y la gente que Él ha creado. No hay lugar como China para

recordarte esto. En primer lugar, China es un país geográficamente del tamaño de los Estados Unidos, y tiene cinco veces más población, unos 1.300 millones de personas. ¡Qué multitudes! Como me dijo una persona, si estuvieras caminando por el centro de Shanghái y te desmayaras, no te caerías ni en tres cuadras. Las multitudes son un mal presagio.

Hace algunos años, los líderes de la iglesia en Norteamérica pidieron a los pastores que dividieran el territorio a su alrededor y planificaran estrategias para alcanzar a la gente del mundo con el evangelio. En ese entonces yo no pensaba en las multitudes. Yo era pastor de la iglesia en el Pacific Union College, en una comunidad predominantemente adventista del séptimo día. Nosotros, el personal pastoral, nos reímos y dijimos: «Tenemos cuarenta personas en Howell Mountain que no son de nuestra fe, y tenemos dos mil miembros de iglesia. ¡No hay problema!».

En otra ocasión me encontré en Bombay, India, con millones de personas, muchas de ellas durmiendo en las calles, y con gente caminando sobre ellas por la noche: padre, madre, hijos, abuelos, perro, gato. Y se suponía que

la iglesia en Bombay, India, con ochenta miembros, iba a llegar a todos ellos. ¿Cómo iba a suceder eso?

Entonces, si uno pone un pie en China, con 1.300 millones de habitantes, dice: «¡Y nosotros hemos estado tratando de hacer la obra del Señor!». Ése es nuestro problema. Hemos estado tratando de hacer la obra del Señor. Ya es hora de que dejemos de intentar hacer la obra del Señor.

¿Dónde se encuentra la falta de comunicación? El pasaje principal de las Escrituras que se ha utilizado durante años para que la iglesia se ponga a trabajar se encuentra en Ezequiel.

«Si yo dijere al malvado: «¡Malvado! Sin duda morirás», y tú no le hablares para disuadirlo de su mala conducta, el malvado morirá por su pecado, y yo te pediré cuentas de su sangre. Pero si tú le adviertes al malvado que se aparte de su mala conducta, y él no lo hace, él morirá por su pecado, pero tú te habrás salvado» (Ezequiel 33:8-9).

Crecí con esta idea, y solía obligarme a dar testimonio y a servir. La suposición es que yo soy el centinela en este versículo, y que los malvados son el gran mundo exterior, incluidos los 1.300 millones de personas que viven en China. ¡Gran falta de comunicación!

Como resultado de este enfoque, tenemos gente que tiene miedo del testimonio y del servicio, porque si alguien va a vivir o morir en función de mi testimonio y de mi éxito o fracaso en él, entonces no quiero involucrarme. Contrataré a profesionales para que hagan el trabajo, y les pagaré. Con este enfoque, hemos matado el testimonio cristiano en la iglesia. ¿Quién quiere sufrir la culpa que surgiría de pensar que podría haber fracasado, cuando podría haber contratado al locutor del programa satelital para que hiciera el trabajo?

Otro resultado de esta manera de pensar es que ha desprestigiado el carácter de Dios. Dios, que es el Autor de la vida y que sabe que no tuvimos elección alguna al nacer en este mundo, no sería un Dios de amor si dejara el destino eterno de alguien sobre los hombros de otra persona. Esto también desprestigia el carácter de Dios en términos de Su poder. ¿No es Él lo suficientemente grande para hacer el trabajo? ¿Por qué nos lo pone a nosotros?

Un pequeño libro llamado «El Camino a Cristo» dice: «Dios podría haber encomendado el mensaje del evangelio y toda la obra del ministerio amoroso a los ángeles celestiales. Podría haber empleado otros medios para cumplir su propósito» (79). Muchas veces me he

preguntado por qué no lo hizo. Los ángeles no cometerían el error como yo, y rechazarían a alguien con una palabra o una mirada equivocadas. Por lo tanto, ha habido muchos, muchos malentendidos y malas comunicaciones en relación con la misión, el propósito de la iglesia, el testimonio cristiano, y el servicio, debido a un pasaje de las Escrituras del que extraemos la información incorrecta.

Agustín llegó con su doctrina del pecado original, que es que nacemos pecadores y somos responsables de ello. Cuando se cita la doctrina del pecado original tal como la expresa Agustín, se incluye la idea de «yo tengo la culpa, soy culpable, soy responsable de haber nacido en el mundo del pecado». Las cosas que siguen, por supuesto, son muy comunes en la Iglesia Católica hoy en día, el bautismo infantil, y otras cosas relacionadas con la idea de que debemos resolver este problema a tiempo porque somos responsables. Junto con eso está el pasaje de Ezequiel que me hace pensar que soy responsable, y que mi sangre será requerida si es así y, por lo tanto, se perdió y no traté de salvarlo.

Otra cosa que me viene a la mente cuando viajo a esos países densamente poblados es darme cuenta de que la gente sigue naciendo más rápido de lo que toda la iglesia

cristiana les lleva el evangelio, y mucho menos los mensajes de los tres ángeles. Escuché a alguien tratando de explicar por qué eso no es verdad, pero no sé qué tipo de imaginación exagerada o qué tipo de calculadora estaban usando. Incluso con el control de la natalidad que se exige en China y en todo el mundo, la gente sigue naciendo más rápido de lo que les llevamos el evangelio.

He aquí otra pregunta: si el destino eterno de una persona se basa en lo que hacemos, ¿por qué alguien debería escuchar el evangelio dos veces antes de que todos lo hayan escuchado una vez? Sin embargo, recorreremos los mismos territorios una y otra vez. Nos gusta ir a lugares donde la gente responde y donde cientos de personas se bautizan. No nos gusta ir a lugares como el Medio Oriente, donde muy pocos están interesados. En nuestras actividades monótonas y nuestros intentos febriles de tratar de provocar el crecimiento de la iglesia, necesitamos poner un pie dentro de China y darnos cuenta de que no vamos a terminar nada.

En China hay posiblemente ochenta millones de cristianos bajo el Movimiento de las Tres Autonomías, un movimiento dirigido por David Lamb, y es bajo su dirección que nuestras propias iglesias operan. Mientras estuve en

China, nuestro grupo visitante se reunió con los creyentes adventistas de Pekín, más de mil miembros que se reunieron en un edificio que no es de ellos, sino que es propiedad del gobierno y está dirigido por él, bajo el programa de las Tres Autonomías de todos los cristianos de China. Luego nos reunimos con gente del hospital adventista, Sir Run Run Shaw Hospital. Tuvimos una pequeña visión de lo que estaba sucediendo allí. Empecé a darme cuenta de que, a menos que Dios termine su obra, todos estamos muertos.

En Hechos 17, Pablo estaba preocupado por los griegos que conoció en el Areópago, donde dijo algunas cosas muy significativas.

“El Dios que hizo el mundo y todo lo que hay en él, es Señor del cielo y de la tierra, y no habita en templos hechos por manos humanas, ni es servido por manos humanas, como si necesitara de algo, pues él es quien da a todos la vida y el aliento y todas las cosas” (Hechos 17:24-25).

Esto es muy interesante si pensamos en todas las iglesias de hoy. Dios no vive en templos contruidos por manos humanas, pero los templos de otros dioses en nuestro mundo actual son numerosos. Por supuesto, en China los templos están por todas partes, a Buda y a otros

dioses. Me deprimí después de visitar tantos templos. ¿Cómo pueden adorar y postrarse ante este Buda gordo, risueño y sonriente? ¿Lo has visto? Es ridículo que hagan eso, pensé. Y en mi depresión, mientras veía esto, comencé a preguntarme si era solo una cuestión de perspectiva.

Recordé la historia de los americanos en Japón que se burlaban de la religión japonesa. Fueron lo suficientemente atrevidos como para burlarse de los japoneses que dejaban comida para sus seres queridos muertos en las tumbas, y preguntaron a los japoneses: «¿Cuándo van a subir sus seres queridos a comer la comida?» Los japoneses respondieron: «Al mismo tiempo que los suyos suben a oler las flores». Tal vez sea sólo una cuestión de perspectiva. Cuando voy a un templo budista y me desanima, me pregunto qué pensarían si fueran al jardín de Jerusalén y vieran una tumba sucia y vacía. ¿Se impresionarían más? Así que empecé a pensar: ¿es sólo una cuestión de perspectiva?

Luego voy a la Palabra de Dios, que entendemos que es la base de todo. Dice:

“De un solo hombre hizo todo el linaje de los hombres, para que habitasen sobre toda la faz de la tierra; les previó el tiempo y el lugar exacto donde debían vivir, para que los

hombres lo buscaran y, tal vez, palpando, lo encontraran, aunque ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros. «Porque en él vivimos, nos movemos y existimos»... «Somos linaje suyo.» Siendo, pues, linaje de Dios, no debemos pensar que la divinidad sea semejante a oro, plata o piedra, escultura de arte y de ingenio humano. En el pasado, Dios pasó por alto tal ignorancia, pero ahora manda a todos los hombres en todo lugar que se arrepientan” (Hechos 17:26-30).

Al estudiar más a fondo, descubrimos que los dos versículos que están justo antes de este discurso contienen una declaración interesante:

«Pablo se puso de pie en el Areópago y dijo: «Atenienses, veo que sois muy religiosos en todo. Pasé y observé vuestros santuarios, y encontré también un altar en el que estaba escrito: AL DIOS DESCONOCIDO. Ahora bien, lo que vosotros adoráis sin conocerlo, yo os lo voy a anunciar» (Hechos 17:22-23).

De pronto me di cuenta de que no dijo: «Estás adorando al dios equivocado». Lo que dijo fue: «Estás adorando a Dios, pero eres ignorante acerca del Dios que estás adorando». ¿Hay alguna diferencia? ¿Es posible que la gente de otros países de otras religiones pueda adorar a

Dios con otro nombre? ¿O es eso demasiado aterrador para que lo considere un cristiano? ¿Es posible que Dios sea lo suficientemente justo y lógico como para admitir que si Él es un Dios de amor, Él es responsable de que vivamos, nos movamos, y tengamos nuestro ser y no nosotros? (Ver Hechos 17:28). ¿Es posible que Él, para continuar siendo un Dios de amor, tenga que dar a cada persona nacida en este mundo una oportunidad adecuada para algo mejor, independientemente de lo que hagamos? ¿Es posible que Él no sea un Dios de amor y que se ponga en tela de juicio Su carácter, si dejara que la salvación de otros dependa de nosotros, de lo que hagamos, y de si la iglesia tiene éxito o fracasa?

Mientras observaba a las masas de gente en China, comencé a tener esta idea sólida de que Dios debe tener millones de personas que podrían estar adorándolo ignorantemente. ¿Es eso posible? Están adorando de acuerdo con la luz que tienen, sea pequeña o grande, y nadie se perderá por lo que hagamos o dejemos de hacer en la iglesia cristiana, excepto tal vez nosotros. ¿Alguien se perderá si no comparto, doy, testifico, y sirvo? Sí, yo sería el que se perdería.

Debido a la falta de comunicación creada al usar textos como el de Ezequiel para demostrar que la sangre de la gente estará en nuestras manos, tenemos padres que se quedan despiertos por la noche con culpa y remordimiento por sus propios hijos. Hubo varios en nuestro viaje que hablaron de eso. Compartieron que la mitad de sus hijos estaban en la fe, y la otra mitad la habían abandonado. Les recordé que Dios perdió a un tercio de Sus hijos. Y solo para consolar a sus hijos, la historia aún no ha terminado. ¿Quiere decir que Dios les dará a mis hijos una oportunidad adecuada para la salvación, ya sea que yo tenga éxito o fracase? Sí. Dios les dará a todos en este mundo, con capacidad, una oportunidad adecuada para la salvación, independientemente de lo que hagamos. De lo contrario, Él no sería un Dios de amor, porque yo no tuve otra opción que nacer aquí, en primer lugar.

Hace muchos años escuché al pastor HMS Richards, Sr., hablar en el campamento de Gladstone en Oregón. Señaló que, independientemente de lo que pensemos, la mayoría de los hijos de Dios están en el mundo. Luego dijo: «Puede que piensen que estoy equivocado, pero de todos modos tengo razón». Dio la casualidad de que estaba citando a una señora que había escrito muchos libros. Así también pueden pensar que estoy equivocado en cuanto

a la premisa que estoy tomando en este libro, pero de todos modos tengo razón. Y creo que todo lo que necesitan hacer para convencerse de que tengo razón es poner un pie en China».

Otro cuento de viejas que ha circulado por mucho tiempo en la iglesia es que los niños que no han llegado a la edad de responsabilidad se salvarán o se perderán dependiendo de lo que hagan sus padres. Por lo tanto, hasta los doce años, que es la edad que generalmente consideramos como tal, su destino eterno lo decidirán sus padres.

Esta idea fue desmentida hace mucho tiempo. Si quieres comprobarlo, lee Mensajes Selectos, Tomo 2, página 260: «Cuando los niños salen inmortales de sus lechos polvorientos, inmediatamente vuelan hacia los brazos de su madre. Se vuelven a encontrar para nunca más separarse. Pero muchos de los pequeños no tienen madre allí. Escuchamos en vano el canto extático de triunfo de la madre. Los ángeles reciben a los niños huérfanos de madre, y los conducen al árbol de la vida». Habrá bebés en el cielo sin padres, porque Dios se preocupa por todos los que creó. Y no hace acepción de personas. Esta observación hecha en «Mensajes Selectos» está basada

sólidamente en la Escritura, Ezequiel 18:20: «El alma que pecare, esa morirá. El hijo no compartirá la culpa del padre, ni el padre compartirá la culpa del hijo».

Esto nos lleva a la esperanza y a la luz que brilla cada vez más a medida que el mundo se hace más grande. La encontramos en Juan, quien declaró que Jesús era «la luz verdadera que alumbra a todo hombre que viene a este mundo» (Juan 1:9). ¿Quiere decir que todos han oído hablar de Cristo? No, no necesariamente. Pero Él sigue siendo esa luz que ilumina a todo aquel que viene al mundo.

¿Qué hay de Hechos 4:12, que dice: «En ningún otro hay salvación, porque no hay otro nombre bajo el cielo dado a los hombres en que podamos ser salvos»? En el nombre de Jesús, eso es verdad. Es solo por Jesús que alguien es salvo. Como creyentes, lo sabemos. Pero los demás tal vez no lo sepan hasta más tarde. La premisa que surge es que a todos los que nacen en este mundo se les dará, en algún momento de sus vidas, una oportunidad adecuada para elegir si van a perderse o no.

Esto nos lleva a un cambio interesante. Durante mucho tiempo, el mundo evangélico se ha aferrado a este viejo enfoque de que todos nacen perdidos en este mundo

hasta que eligen ser salvos. Esto se basaba en la teología agustiniana y en la idea del pecado original. No hace mucho tiempo apareció un autor llamado Neal Punt, que adoptó la opinión exactamente opuesta. Dijo que todos en este mundo nacen salvos hasta que eligen estar perdidos.

¿Entonces las personas en el mundo no nacen pecadoras? Sí, nacen pecadoras. Pero no somos responsables de ello, porque Dios nunca nos ha reprochado haber nacido en el planeta equivocado. He aquí algunos versículos para estudiar: «Jesús dijo: “Para juicio he venido a este mundo, para que los ciegos vean, y los que ven se vuelvan ciegos”. Luego añadió: “Si fuesen ciegos, no tendrían pecado; pero ahora que dicen que pueden ver, su culpa permanece”» (Juan 9:39-41).

Aquí hay otro: «Si yo no hubiera venido, ni les hubiera hablado, no tendrían pecado; pero ahora no tienen excusa por su pecado. El que me aborrece a mí, también a mi Padre aborrece. Si yo no hubiese hecho entre ellos obras que ningún otro ha hecho, no tendrían pecado; pero ahora han visto y han aborrecido a mí y a mi Padre. Pero esto es para que se cumpla la palabra que está escrita en su ley: Sin causa me aborrecieron.» (Juan 15:22-25)

¿Qué pasa con esto?

«(En verdad, cuando los gentiles que no tienen ley, hacen por naturaleza lo que es de la ley, ellos mismos, aunque no tengan ley, son ley para sí mismos, mostrando que las exigencias de la ley están escritas en sus corazones, dando testimonio su conciencia, y sus pensamientos ora acusándolos, ora también defendiéndolos.) Esto sucederá en el día en que Dios juzgará por Jesucristo los secretos de los hombres, conforme a mi evangelio» (Romanos 2:14-16).

Y finalmente esta otra: «Quien sabe hacer el bien y no lo hace, comete pecado» (Santiago 4:17). Así pues, Cristo es la luz que ilumina a todo el que viene al mundo, y hasta que no entendamos la luz no somos responsables. En cualquier momento en que se nos dé una revelación de luz, sea grande o pequeña, y luego tomemos la decisión de ir en contra de ella, en ese momento elegimos estar perdidos.

Cuando leí Punt, pensé: «Ya lo he leído en alguna parte». De repente, supe dónde estaba. Estaba en los escritos de la mujer que escribió todos los libros. Veamos algunas de estas citas.

“Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres” (Hechos de los Apóstoles, 205). ¿Eso significa que todos los que han nacido en el

mundo ya lo son? Sí. Aquí hay otro: “El Espíritu de Dios se otorga gratuitamente para que cada hombre pueda apoderarse de los medios de salvación. Así, Cristo, “la luz verdadera”, “ilumina a todo hombre que viene al mundo” (Juan 1:9). Los hombres fracasan en la salvación sólo por su propio rechazo voluntario del don de la vida” (El conflicto de los siglos, 262). Así que nacemos pecadores, pero no somos considerados responsables hasta que entendemos la verdad. Y en ese momento, decidimos si vamos a estar perdidos o no.

Pero los ángeles del cielo recorren toda la tierra, procurando consolar a los afligidos, proteger a los que están en peligro, y ganar los corazones de los hombres para Cristo. No se descuida ni se pasa por alto a ninguno. Dios no hace acepción de personas, y cuida por igual a todas las almas que ha creado (El Deseado de todas las gentes, 639).

¿No son buenas noticias? Ésta te dejará boquiabierto.

Aquellos a quienes Cristo elogia en el juicio pueden haber sabido poco de teología, pero han apreciado sus principios... Entre los paganos están aquellos que adoran a Dios ignorantemente [¿Qué estás haciendo, inclinándote ante ese Buda gordo y risueño? Lo estás haciendo

ignorantemente.], aquellos a quienes la luz nunca les es traída por instrumentos humanos, sin embargo, no perecerán. Aunque ignorantes de la ley escrita de Dios, han oído su voz hablándoles en la naturaleza, y han hecho las cosas que la ley requería. Sus obras son evidencia de que el Espíritu Santo ha tocado sus corazones, y son reconocidos como hijos de Dios. ¡Cuán sorprendidos y alegres estarán los humildes entre las naciones y entre los paganos al oír de los labios del Salvador: «En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis»! ¡Cuán contento estará el corazón de infinito Amor cuando Sus seguidores miren con sorpresa y gozo Sus palabras de aprobación! (El Deseado de todas las gentes, 638).

¿Sus seguidores? Sí, los ignorantes, los que han adorado a Dios ignorantemente, los que nunca vieron la luz de los instrumentos humanos. Solíamos cantar una canción que hasta el mismo Tennessee Ernie Ford cantaba con gusto:

«La misericordia de nuestro Padre brilla siempre desde su faro, pero a nosotros nos da el cuidado de las luces a lo largo de la orilla.»

Pero entonces empezamos a concentrarnos en las luces de la orilla. Llegamos al estribillo y nos centramos en «yo». Cantamos: «Que ardan las luces bajas; Envía un destello a través de la ola. A algún pobre marinero desmayado y en apuros puedes rescatar, puedes salvar» («Brightly Beams Our Father's Mercy», Philip P. Bliss).

Nos concentramos en las luces inferiores, y olvidamos que nosotros somos las luces inferiores, y que los rayos brillantes son la misericordia de nuestro Padre que brilla desde Su faro para siempre.

Ya hemos notado que el Espíritu está involucrado, y hemos notado que los ángeles están involucrados, y que nosotros somos solo una gota en el océano. No vamos a terminar nada. Si Dios no lo termina, nada se terminará. Todo lo que tenemos que hacer es observar los países densamente poblados y sabrán que es verdad. Y, sin embargo, tenemos suficiente ego denominacional para pensar que somos totalmente responsables.

Bueno, dirá usted, ¿qué pasa con esos textos difíciles como Ezequiel? Revise el contexto y es bastante simple. Le fue revelado a Ezequiel. Fue llamado el hijo del hombre, y el pasaje bíblico con el que comenzamos hablaba de Ezequiel y su misión en Israel. No hablaba de su misión y

la mía en favor de los perdidos en el mundo o en China. Entonces, siempre habrá alguien que traiga consigo alguna cita inédita y poco común sobre tumbas sin Cristo y millones de personas perdidas. Pero si lo revisa, encontrará que una tumba de Cristo no es necesariamente una tumba perdida. Y una persona perdida puede ser encontrada.

Mientras estaba de visita en China, dejé algunas de mis camisas colgadas en el armario de Hong Kong. En el bolsillo de una camisa, dejé mis tarjetas de crédito y mi licencia de conducir. Logré hacer una llamada telefónica al hotel, y me emocioné cuando me informaron que mis camisas y todo su contenido habían sido encontrados. Lo que se había perdido, fue encontrado. Jesús habló del hijo perdido, la moneda perdida, y la oveja perdida. Pero todos fueron encontrados. Dios está comprometido a encontrar a los perdidos, ya sea que estemos perdidos o no.

La salvación se puede comparar con caminar desde Los Ángeles hasta Loma Linda, la «tierra prometida». Mientras camino, tú vienes en tu auto, y me preguntas: «¿A dónde vas?».

«Me voy a Loma Linda, la tierra prometida.»

Tú dices: «Entra. Yo te llevaré». Así que tú tienes parte en mi camino, porque me ayudaste a llegar más rápido, y

probablemente hasta me salvaste de algunas ampollas en el camino. Sí, hay todo tipo de diferencias que podemos hacer, como cristianos y como iglesia, para ayudar a la gente en el camino. Y Dios podría usarme para evitar que alguien vaya a Las Vegas, el «otro lugar», y llevarlo a Loma Linda. Pero si no lo hago yo, alguien más lo hará. Y si cometo un error al intentar salvar a mis hijos para el reino de los cielos, Dios les dará otra oportunidad de muchas otras fuentes. Por lo tanto, los padres no tienen que quedarse despiertos con culpa, pensando y preguntándose si lo hicieron todo mal, porque Dios es más grande que eso. Si te tomas el tiempo de sentarte con el libro «El Camino a Cristo», y lees el capítulo sobre la testificación, descubrirás que la única razón por la que Dios nos dio una parte para actuar en el plan de redención es para nuestro bien.

¿Qué pasa entonces con el bien que podría llegarme, si todo lo que hago es pagar un dólar a los programas satelitales? Mantengamos los programas satelitales, pero nunca como un sustituto del bien que Dios quiso que me hicieran. ¿Qué bien me hace si Dios me dio un papel para actuar en el plan de redención y, en cambio, doy un dólar a la Voz de la Profecía, o un dólar a Está Escrito, o lo que sea, y creo que eso va a lograrlo?

Nos hemos asustado con la idea de que vamos a fracasar y causar que alguien se pierda. Hemos desarrollado a nuestras estrellas, a nuestra gente en el centro del escenario, que están haciendo el trabajo por nosotros, y les estamos dando el dinero para que hagan el trabajo por nosotros. Luego llamamos a eso ganar almas, cuando la verdad es que el crecimiento de la iglesia no es el crecimiento de la membresía. Es el crecimiento de los miembros. Si los miembros se involucran en el testimonio y el servicio cristiano, crecerán. Y si crecen, la membresía crecerá. Eso está garantizado.

Mientras pensaba en escribir un libro sobre este tema, pensé que probablemente sería el último libro que escribiera justo antes de que me excomulguen. Pero, por favor, vecino, piense. El título de este libro se me ocurrió mientras estaba en China: ¿Por qué no me lo dijeron? ¿Por qué no me lo dijeron? Me alegro de que podamos ser luces inferiores y de que podamos arder. Pero estoy mucho más agradecido por Su faro, Jesús, la luz que ilumina a todo el que viene al mundo. ¿Por qué queríamos que toda la responsabilidad recaiga sobre nosotros? ¿Podemos ser tan ingenuos? ¿Podemos ser tan irreflexivos? ¿Podemos ser tan tontos?

Si esto hace que usted deje de dar un dólar a la Voz de la Profecía, y deje de involucrarse en el servicio y testimonio cristiano, entonces no ha entendido el punto. Si lee ese capítulo de «El Camino a Cristo», descubrirá la verdadera razón por la que damos testimonio. Si hemos probado y visto que el Señor es bueno, tendremos algo que decir acerca de nuestro mejor Amigo. No sólo un dólar para los programas satelitales, sino algo que decir acerca de nuestro mejor Amigo. Si hemos probado y visto que el Señor es bueno, no podremos quedarnos callados. El cristiano genuino no tiene que ser obligado a dar testimonio y servicio mediante algún tipo de maniobras. El cristiano genuino da testimonio espontáneamente. Y el que tiene una relación con el mejor Amigo que ha tenido o conocido nunca puede quedarse callado. Ya es hora de que nos demos cuenta de que ésta es la base del testimonio y servicio genuinos.

No quiero parecer enfadado, pero me enfadé cuando empecé a darme cuenta de esto, y me di cuenta de la mentira que me habían vendido mi hogar, la iglesia, y la escuela. Ojalá en algún lugar, en algún momento, alguien gritara a los cuatro vientos cuál es el enfoque correcto para dar testimonio y servir, de modo que podamos realmente

involucrarnos con libertad, y sin preocuparnos de que nuestros errores vayan a hacer que alguien se pierda.

Me alegro de que Dios no haga acepción de personas. Él tiene el mismo respeto por todas las almas que ha creado, incluidos los mendigos que pasan en el autobús pidiendo dinero, los que no tienen brazos ni piernas, los huérfanos. Tiene el mismo respeto por el pequeño bebé de siete meses que estaba sentado frente a nosotros en el pasillo del avión que nos llevaba de regreso de China, que había sido abandonado en una universidad china, y por el que alguien de Estados Unidos pagó veinte mil dólares para llevárselo a casa. Dios tiene el mismo cuidado por todas las almas que ha creado. Y eso te incluye a ti.

CAPÍTULO 2: TRABAJANDO POR TU PROPIA SALVACIÓN

La próxima vez que vayas a la iglesia, hazte estas preguntas: ¿Por qué fui a la iglesia hoy? ¿De qué se trata la iglesia? En este capítulo, intentaremos entender un poco mejor de qué se trata la iglesia.

¿Por qué la iglesia? Todos sabemos que es una costumbre ir a la iglesia, y que esta costumbre existe desde hace mucho tiempo. Pero, ¿cuál es la razón de existir de la iglesia? ¿Por qué estamos aquí como iglesia? ¿Cuál es nuestra misión?

La iglesia puede definirse de al menos tres maneras. La primera se encuentra en Hechos 17:24, que muestra a la iglesia como el ladrillo, la argamasa, las tejas, los candelabros, la alfombra y los bancos. Esto puede no significar mucho a primera vista, pero observe este versículo con atención: «El Dios que hizo el mundo y todo lo que hay en él es Señor del cielo y de la tierra y no habita en templos hechos por manos humanas». Esto podría ser una bofetada en la cara de alguien que le da mucho valor a los edificios de las iglesias y a las grandes catedrales. Pero

como sugiere el compositor, ya sea que el edificio sea un templo o un establo, en realidad no importa mientras Dios esté allí y haya gente que se preocupe por él.

Parece que el edificio de ladrillo y cemento no es tan importante, pero Hechos 17:24 no es el único texto que se refiere a la iglesia como un edificio. En Juan 2, Jesús dejó en claro durante la purificación del templo que ésta era la casa de su Padre. Él dijo: «¿Cómo os atrevéis a convertir la casa de mi Padre en un mercado?» (Juan 2:16). Jesús le dio gran valor al templo, al edificio, a la piedra, al ladrillo, y al cemento, porque es la casa de su Padre. Y, por supuesto, hoy dedicamos edificios a Dios.

A veces la gente se pone nerviosa por la cantidad de dinero que se invierte en una gran iglesia nueva, un edificio grande o lujoso. Olvidamos que el santuario en el desierto representaba un gran gasto. El templo de Salomón, que Dios bendijo, representaba mucho más de lo que la gente misma habitaba. Tal vez esa sea una buena regla general. No está nada mal que la casa de Dios sea al menos mejor que la casa en la que vivimos. ¿Por qué no tener siquiera una casa lujosa para Dios? Nada es demasiado bueno para Dios. Pero supongo que podemos debatir eso durante mucho tiempo en el ámbito físico.

Pasemos a la segunda definición de la iglesia, a la que llamamos iglesia orgánica o iglesia organizada. La Biblia habla de la iglesia orgánica en más de una forma. El apóstol Pablo escribió acerca de la colección de iglesias que visitó. Hoy en día, incluso podríamos llamarlas denominaciones. Eran un grupo de iglesias con su sede en Jerusalén, una iglesia organizada. La organización tenía su lugar en aquel entonces; siempre lo ha tenido y todavía lo tiene.

Jesús dejó en claro en su propio libro (Apocalipsis es el único libro que es el libro de Jesús) que existe una iglesia orgánica. Los primeros tres capítulos de Apocalipsis describen las congregaciones locales en aquellos días, y, además, las congregaciones están representadas como iglesias en períodos de la historia, aparentemente, hasta el fin del tiempo. Jesús tendría que estar hablando de una iglesia orgánica cuando dice que la iglesia se ha enriquecido con bienes y que no necesita nada. La llamó Laodicea, la iglesia tibia. Tendría que ser una iglesia organizada, porque si fuera lo que algunas personas llaman la iglesia universal, seguidores de Cristo dedicados, comprometidos, y enfocados en todas partes, no podría ser tibia. Así que este pasaje está hablando de una denominación, una congregación de personas que de alguna manera han perdido su visión, su objetivo y su Dios.

La iglesia orgánica tiene su lugar, pero en todas partes hay gente desencantada con ella. Están demasiado familiarizados con ella. En tu barrio hay gente que no se acercaría a una iglesia orgánica, y en mi subcultura de adventistas del séptimo día hay gente que está tan desencantada con la iglesia orgánica que ya no les importa nada.

La iglesia orgánica ha hecho mucho daño al nombre de Dios. Ha echado sobre Dios la culpa, a través de su propia imagen, de mucho más de lo que Él merece. Un día estaba viendo un canal religioso en la televisión, y vi a alguien dando un informe acerca de cien millones de personas que no asisten a ninguna iglesia en los Estados Unidos, la mayoría de las cuales todavía se preocupan por Dios. ¡Qué desafío para los seguidores sinceros de Cristo!

El tercer tipo de iglesia es la iglesia mística. Algunas personas la llaman la iglesia universal o el cuerpo universal de Cristo. Muchas personas, debido a su desencanto con la iglesia orgánica, tienen un fuerte compromiso con la iglesia mística. Dicen cosas como: «No tengo mi nombre en ningún libro de la iglesia», o «No pertenezco a ninguna lista de miembros de la iglesia». Lo que quieren decir es: «Estoy más allá de eso», «Estoy por encima de eso», o «Eso

está por debajo de mí». «Creo en el cuerpo místico de Cristo, personas cuyos nombres están escritos solo en el cielo, y no voy a involucrarme en nada más que eso. Ya terminé de jugar a la iglesia. Voy a pertenecer a la iglesia mística». La implicación es que esto es lo que hay que hacer de manera madura.

Podríamos encontrar alguna evidencia bíblica a favor de la iglesia mística, pero es más difícil encontrarla que en el caso de la iglesia que se construye y la iglesia orgánica. Te desafío a que encuentres evidencia bíblica sólida que sugiera que la iglesia es solo mística o solo universal, y que sus nombres están escritos solo en el cielo.

Jesús desafió este pensamiento cuando dijo: «Tengo otras ovejas que no son de este redil» (Juan 10:16). Si sólo estaba hablando de una iglesia mística universal, no podía estar hablando de otras ovejas que no son de este redil. Tal vez esto se refiera a las religiones del mundo, pero ¿respondería eso al desafío? Evidentemente, Jesús valoraba la iglesia orgánica, y quería que la gente se diera cuenta de que la iglesia es el rebaño genuino.

Otra prueba de que Jesús le dio un gran valor a la iglesia, más allá de la iglesia mística, es Mateo 18:17. Jesús dijo que si tienes una disputa con alguien y no te escucha,

debes llevarla a la iglesia. Si estuviera hablando de una iglesia universal mística, ¿cómo sabrías a dónde llevar el problema? Si alguien está pasando por un momento difícil en cuanto a su comprensión de Dios, la fe y la iglesia, Jesús dejó en claro que debemos apelar a la iglesia, que tendría que ser una organización.

Pablo le escribe a Timoteo acerca de los líderes de la iglesia. Si la iglesia fuera sólo mística y universal, y nadie pudiera percibir dónde está ni quiénes son sus miembros, ¿cómo podría entonces tener líderes? ¿Cuál sería el propósito del liderazgo y de que Pablo les dijera qué clase de líderes deberían ser?

Al parecer, Dios tiene un propósito para la organización de la iglesia, que puede hacer cosas que el individuo no puede. ¿Podrías enviar un misionero a algún campo extranjero tú solo? ¿Hay alguna familia que haya construido un hospital por sí sola? ¿Conoces a alguna persona que haya construido una escuela completamente sola? ¿Hay algún individuo en el cuerpo místico de Cristo que haya sido capaz de hacer lo que sólo el cuerpo de Cristo, organizado, planificando, y elaborando estrategias, puede hacer en conjunto? ¿Realmente necesitamos criticar lo que han hecho las organizaciones para difundir el

evangelio por todo el mundo? ¿No es emocionante poder viajar a casi cualquier lugar del mundo y darte cuenta de que encontrarás evidencia del cuerpo orgánico de Cristo en acción?

Entonces, ¿cuál es el propósito de la iglesia? ¿El propósito principal es la asistencia? Nos gusta que la gente asista a la iglesia, particularmente si tenemos algo que ver con el liderazgo de la iglesia. Pero, ¿es simplemente asistir a la iglesia lo que importa? ¿Es importante la asistencia en lo que respecta a Dios? Pablo lo deja claro en el libro de Hebreos: «Mantengamos firme la profesión de esperanza que tenemos, porque fiel es el que prometió. Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras» (Hebreos 10:23-24). La versión King James dice: «Estimulad al amor y a las buenas obras». Y añade: «No dejemos de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino animémonos unos a otros, y tanto más cuanto veis que aquel día se acerca» (Hebreos 10:25). La idea de Dios es que no dejemos de reunirnos. Esto es lo más bíblico que se puede conseguir.

Algunas personas dicen que si van a la iglesia y se aseguran de que sus nombres estén inscritos en los libros de la iglesia, esto les garantizará un lugar en el reino de los

cielos. Tal vez no seas tan ingenuo como para decirlo, pero esto se manifiesta de otras maneras, a veces sutiles, a veces no tanto. Hay personas que, debido a dificultades, se encuentran fuera de la iglesia, y no descansarán hasta que sus nombres estén inscritos nuevamente en los libros de la iglesia. Tienen la idea de que eso garantiza su destino eterno.

Jesús tenía algo que decir al respecto: «Regocijaos, porque vuestros nombres están escritos en los cielos» (Lucas 10:20). Tener mi nombre en los libros de la iglesia no va a significar mucho si mi nombre no está escrito en el cielo. Las personas cuyos nombres están escritos en el cielo encuentran significativo ser parte del cuerpo de Cristo al tener sus nombres escritos también en los libros de la iglesia.

Si me interesara únicamente que mi nombre estuviera en los libros de la iglesia, podría encontrarme entre el grupo inmaduro de cristianos interesados únicamente en recibir en lugar de dar. La persona que asiste a la iglesia no siempre puede recibir. El propósito principal de asistir a la iglesia es dar, no recibir.

Probablemente, nuestro mayor ejemplo de alguien que no obtuvo mucho de ir a la iglesia es Jesús mismo.

¿Qué obtuvo Jesús cuando fue a la iglesia? Después lo sacaron de la iglesia y lo llevaron al borde de un acantilado, donde los miembros trataron de arrojarlo. Si alguien tenía una buena excusa para quedarse en casa y leer Su Adventist Review, ese habría sido Jesús. Pero «el día de reposo entró en la sinagoga, como era su costumbre» (Lucas 4:16). ¿Es bueno ir a la iglesia solo por costumbre? Evidentemente, no todo es malo. Jesús lo hizo, y fue a la iglesia para dar.

Quizás te preguntes: ¿Qué puedo dar cuando voy a la iglesia? No soy el predicador. No soy el maestro de la Escuela Sabática. No soy uno de los líderes de la iglesia. Una de las cosas que podemos dar es alabar a Dios. La alabanza a Dios que viene de un corazón sincero significa algo para Él. Por eso nos creó en primer lugar con el poder de elegir. Conocemos la analogía del disco roto que reproduce: «Te amo, te amo, te amo», una y otra vez. Cualquier padre que tuviera ese tipo de cosas funcionando en casa tendría un colapso nervioso. Pero cuando un chiquitín, que apenas está aprendiendo a hablar, se acerca y balbucea: «Papá, mamá, los amo», eso vale todo el mundo.

Hablando de alabanza, no creo que el cielo esté compuesto de personas y ángeles que pasan todo el tiempo diciendo lo mismo una y otra vez al unísono. He estado tratando de pensar en esto después de visitar una megaiglesia en Portland, Óregon, recientemente, sobre cómo estructurar un programa de la iglesia de tal manera que todos en todo momento tengan siempre el poder de elegir. Me quedé un poco estupefacto en esta megaiglesia en Portland, donde todos tienen que hacer lo mismo al mismo tiempo. ¿Es esto lo que queremos que sigan las iglesias?

Trabajé en campus universitarios durante veinte años, y estar rodeado de estudiantes universitarios me impresionó por un hecho: los estudiantes se quejan mucho de todos los servicios obligatorios de la iglesia. Estábamos discutiendo esto en nuestra mesa hace poco, y recordé las respuestas fáciles que solía darles a los estudiantes que venían con esta queja.

«No nos gustan todos estos cultos obligatorios.»

Yo respondería: «En esta universidad no tenemos ningún culto obligatorio».

Ellos exclamaban: «¿Dónde has estado? ¿Qué te pasa? ¿Estás ciego?»

«No, no tenemos cultos obligatorios», le aseguré. «No es obligatorio que estés aquí en esta universidad».

Se irían con la cabeza gacha, y yo creería que he ganado. No estoy tan seguro.

Supongamos que en el cielo nos encontráramos en un grupo de personas o ángeles que imitaran las mismas frases de gloria y alabanza una y otra vez. Me pregunto si podríamos decir: «Un momento, yo no elegí hacer esto. Quería hacer ala delta hoy sin mi ala delta». ¿Alguien diría entonces: «No es obligatorio que hagas esto. No se te exigió que vinieras aquí en primer lugar»?

Creo que si el cielo fuera un lugar donde todos hicieran siempre lo mismo, se convertiría en el infierno. Creo que el cielo estará estructurado de tal manera que todos, en cualquier momento y siempre, tengan el poder de elegir. Eso es lo que lo convierte en el cielo.

Me gustaría que pensáramos en cómo podemos hacer eso con los servicios en nuestras iglesias, para que la gente se sienta cómoda en todo momento, teniendo siempre el poder de elegir. Dios tiene un respeto sagrado por eso, porque conoce el gozo que proviene de la gente que voluntaria y deliberadamente le rinde alabanzas.

En 1 Corintios 12:13-21 encontramos que la iglesia es comparada con un cuerpo humano. Es bien sabido que los diferentes miembros del cuerpo humano tienen un interés mutuo.

Cuando la muela empieza a doler, los ojos empiezan a buscar algo a lo que los pies puedan llevar a la persona, para que la mano pueda abrir la botella y poner algo en la boca y aliviar el dolor que la muela está experimentando. Los ojos, los pies y las manos no dicen: «Bueno, la muela sólo puede culparse a sí misma de todos estos problemas. Fue la muela la que hizo lo incorrecto y obtuvo el problema del dolor». No, todos se preocupan unos por otros. Un simple rasguño en una mano puede no ser nada grave, pero si el resto del cuerpo lo descuida, puede convertirse en un problema grave.

Al comparar la iglesia con un cuerpo, Pablo nos ayuda a entender un principio fundamental del cuerpo eclesial: al igual que un cuerpo físico, debe mantenerse unido para ser eficaz y útil.

Podríamos decir que mientras estemos juntos en espíritu, no tenemos que estar juntos en la práctica. Pero las únicas personas que se mantienen unidas en espíritu son las que se mantienen unidas en la práctica. Así sucede

en una familia. Ninguna familia está unida en espíritu, a menos que sus miembros tengan la práctica de estar juntos regularmente. En eso se basan las relaciones. Dios ve que es importante que no abandonemos el hecho de reunirnos. Nos reunimos regularmente para que podamos tener unidad de espíritu y para que podamos saber acerca de otros miembros del cuerpo de Cristo, y acerca de sus heridas y necesidades.

De vez en cuando, oigo a la gente decir: «No siento que tenga que ir a la iglesia porque puedo recibir tantas bendiciones en casa...» Otros dicen: «No tengo que ir a la iglesia. Puedo recibir tantas bendiciones dando un paseo por el bosque». O dicen: «Puedo recibir tantas bendiciones yendo a la playa». La frase clave es «puedo recibir...», «puedo recibir...», «puedo recibir...». Esa es la señal inequívoca.

Mi hijo y su esposa todavía estaban en la universidad después de casarse, y habían comenzado a seguir la práctica de ir a la playa o a las montañas el sábado en lugar de ir a la iglesia. De esa manera obtenían más bendiciones, pensaban, hasta que el motor de su automóvil explotó por sexta vez, y el radiador estaba enviando vapor a los cielos. Mientras mi hijo estaba parado al costado de la carretera

varado por enésima vez, finalmente miró hacia el cielo y dijo: «Está bien, Dios. Puedo entender la indirecta». Y comenzaron a ir a la iglesia nuevamente. No sé si Dios tiene ángeles que hacen que los radiadores se desborden o que los motores exploten. Mi hijo y su esposa descubrieron que existe una diferencia entre querer siempre recibir y participar también en dar.

Observen otra cosa interesante acerca de la iglesia. Es un cuerpo organizado. ¿Pueden imaginar lo que sucedería si mi cuerpo no estuviera organizado? Tal vez, mientras hablaba ante una audiencia, quisiera cambiar de micrófono para poder acercarme más a donde está la gente. Mis ojos verían un escalón hacia abajo, pero mis pies no cooperarían. ¿Han intentado alguna vez seguir adelante cuando había un escalón hacia abajo? Podemos entender mucho acerca de la organización al observar nuestros propios cuerpos con sus partes trabajando juntas de manera organizada. Cuando el cuerpo se mantiene unido, los ojos ven una puerta, la mano la abre, y los pies pasan, las cosas van bien. Si la organización se desmorona y la mano no abre la puerta y la cara se aplasta, entonces las cosas no van tan bien. El cuerpo debe mantenerse unido y organizado, o habrá un pandemio.

Me gusta decirle a la gente que dice cosas como «Puedo obtener más bendiciones en el bosque que yendo a la iglesia» que van a morir.

«¿Qué quieres decir?», preguntan en estado de shock.

«¡Te vas a morir, ya está!», confirmo. Cualquier miembro separado del cuerpo va a morir. Si le cortas la mano, se va a morir. Si le cortas el pie y lo envías a pasear por el bosque, se va a morir. En muchas especies de lagartos, si le cortas la cola, al lagarto le crecerá otra cola. Pero recuerda que de una cola no puede crecer otro lagarto. Es necesario que el cuerpo se mantenga unido y que la iglesia pueda organizarlo.

En el pasado, hemos visto muchas veces a un grupo de personas decidir iniciar un nuevo movimiento separado del cuerpo orgánico de Cristo. Lo hemos visto morir a pesar de que sonaba muy parecido al evangelio. La gente lo ha intentado una y otra vez durante siglos, y hemos visto que esto también sucede en los últimos años. Simplemente no funciona. Es significativo que el Dios del cielo tenga un profundo interés en el cuerpo de Cristo y continúe dándole valor.

Me gustaría recordarles tres cosas que hace el cuerpo. Primero, el cuerpo come. Todo el cuerpo come. Ustedes

dicen que no, que es la boca la que come. Pero si le cortan la boca, le dicen que coma, no comerá. Bueno, entonces es el estómago el que come. No, es la boca, el esófago y el estómago juntos; es todo el cuerpo el que come.

No sé qué parte del cuerpo eres tú. Quizá pienses que eres el apéndice o las amígdalas y te sientas prescindible. Quizá seas la cabeza. Seas lo que seas, Pablo dice que todos sois importantes. Recuerda, es el cuerpo entero el que come.

Juan 6:35 nos dice que Jesús es el Pan de Vida. Nos reunimos para comer el cuerpo de Cristo, como describe Pablo en 1 Corintios 10:16-17. «¿No es el pan que partimos la comunión con el cuerpo de Cristo?» Esto sucede por medio de la Palabra de Dios.

Una segunda cosa que hace el cuerpo es respirar. Lamentaciones 3:55-56 deja claro que el cuerpo respira y que la oración se llama respiración. Leemos también en el libro «El Camino a Cristo» que la oración es el aliento del alma (ver página 99). Todo el cuerpo respira. Cuando nos reunimos en oración como cuerpo, estamos haciendo una respiración que tal vez no se pueda hacer de ninguna otra manera, aunque la oración privada sea significativa e importante.

La última de estas tres cosas que hace el cuerpo es el ejercicio. Pablo escribió: «Ejercítate más bien para la piedad» (1 Timoteo 4:7). Y aquí es donde nos quedamos muy atrás. El ejercicio organizado del cuerpo es extremadamente importante para que esté sano y bien. La iglesia organizada debería dedicar un tiempo considerable a considerar su programa de ejercicios como cuerpo. Esto sería frustrante si la iglesia ni siquiera supiera quiénes son sus miembros. La reunión de mitad de semana es un lugar donde los miembros pueden hacer sus cosas más creativas, trabajando juntos para establecer una meta y una dirección para su misión, su alcance y sus programas de servicio.

Jesús volvió a Nazaret, donde se había criado, y como era su costumbre, entró en la sinagoga el día de reposo. Le dieron el libro y comenzó a leer. «El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres.» ¿Por qué? Porque los ricos y los enriquecidos no te oirán. «Me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón.» ¿Por qué? Porque sólo los quebrantados de corazón se dan cuenta de su necesidad de sanación. Y «a proclamar libertad a los cautivos.» ¿Por qué? Porque sólo los prisioneros del mundo del pecado se dan cuenta de su necesidad de Aquel que vino a liberarnos. «Y a los ciegos, vista.» ¿Por qué? Porque sólo los ciegos

buscan la luz y anhelan la luz, Jesús, la Luz del mundo. Y «a liberar a los oprimidos» o «a poner en libertad a los oprimidos» (Lucas 4:18).

¿Te sientes maltratado y herido por el enemigo de nuestras almas? Una de las formas en que Jesús prometió satisfacer tus necesidades es a través de Su cuerpo, la iglesia.

CAPÍTULO 3: LA OBRA DEL ESPÍRITU SANTO

Quiero compartir un poco acerca de Aquel que no quiere que hablemos de Él. Mientras animamos a todos a unirse a la obra del evangelio de una manera u otra, creo que es importante notar que el Espíritu Santo está muy involucrado.

Algunas personas prestan atención al Espíritu Santo en los círculos de estudio, y de vez en cuando vemos surgir un movimiento que se centra únicamente en Él. La verdad es que Él no habla mucho de Sí mismo. Su único propósito y misión es centrar la atención en otra persona. La Deidad funciona de esa manera. Si lo vemos desde un punto de vista mundano, podríamos decir que es una especie de acuerdo político: tú me elevas y yo te elevaré a ti. Pero está muy por encima de ese nivel cuando hablamos del sistema celestial. El Espíritu Santo está obsesionado con centrar nuestra atención en Jesús, no en el Espíritu Santo. Podemos acabar en un terreno bíblicamente problemático si dedicamos demasiado tiempo al Espíritu Santo. Incluso podemos acabar con el espíritu equivocado si no escuchamos las Escrituras sobre el tema.

La obra del Espíritu Santo se divide claramente en cuatro áreas. En primer lugar, el Espíritu Santo trabaja para «convencer al mundo de su culpabilidad en cuanto al pecado» (ver Juan 16:8). Convince a los pecadores y lo hace todo el tiempo. Lo hace incluso mientras dormimos.

La segunda obra del Espíritu Santo es convertir al pecador (ver Juan 3:5-9). Él realiza esta obra para los pecadores que están interesados y abiertos a Él, para aquellos que están dispuestos a ponerse en la atmósfera donde esto sucede. Muchos nuevos cristianos viven por un tiempo con lo que a veces se llama el primer amor. Si no avanzan más en su camino, se marchitan.

Es una lástima que sólo el 20 o 25 por ciento de los creyentes continúen permitiendo que el Espíritu Santo haga su tercera obra en ellos, la de purificar al cristiano. Durante este tiempo, le abrimos la puerta prestando atención a la comunión personal, la comunicación, el tiempo devocional y la vida devocional día a día. Si no participamos en esta comunión con Cristo día a día, entonces la tercera obra del Espíritu Santo no se lleva a cabo porque Él no es insistente, aunque es persistente. Él entra por invitación.

Durante la tercera obra del Espíritu Santo, la obra purificadora, comienzan a aparecer en nuestra vida los frutos del Espíritu: «Amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y dominio propio» (Gálatas 5:22-23). Estos aparecen cada vez más a medida que crecemos en Cristo.

Luego llegamos a la cuarta obra del Espíritu Santo, que es la comisión de servicio. Bajo la cuarta obra, recibimos los dones del Espíritu, que incluyen profecía, sanidad y los demás dones enumerados en 1 Corintios 12 y 14. Son las manifestaciones poderosas del poder de Dios a través del Espíritu Santo.

En resumen, las cuatro obras del Espíritu Santo son: (1) convencer al mundo de pecado; (2) convertir al pecador; (3) purificar al cristiano; y (4) comisionar al cristiano para el servicio. La cuarta obra es el área en la que quiero centrarme, que es el bautismo con el Espíritu Santo.

Estaba hablando de este tema en un campamento y después alguien se me acercó y me dijo: «¿Por qué lo llamas bautismo con el Espíritu Santo? ¿Por qué no lo llamas bautismo del Espíritu Santo?». Al parecer, estaban nerviosos porque parecía que ciertos grupos de santidad estaban involucrados en actividades carismáticas y tal vez

en glosolalia. No les gustaba la frase «bautismo con el Espíritu Santo». Tuve que demostrar con las Escrituras que eso es lo que dice la Biblia, bautizar con el Espíritu Santo. Hay muchas voces sobre este tema hoy en día, y si no tenemos cuidado de entender lo que dice la Biblia, podemos ser engañados. Muchos espíritus están llamando nuestra atención.

Lucas es similar a los demás evangelistas porque todos registran lo mismo. Veamos Lucas 3:16: «Juan les respondió a todos: Yo os bautizo con agua, pero vendrá uno más poderoso que yo, de quien no soy digno de desatar la correa de sus sandalias. Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego.» Aquí había una predicción hecha por el inspirado Juan el Bautista. ¿Se cumplió la predicción? ¿Se acordaron de ella después?

Hechos 1:4, 5 y 8 nos dice que sí. Jesús ya había ascendido al cielo y sus seguidores lo extrañaban, pero estaban entusiasmados con las promesas que habían escuchado. Así que comenzaron a repasar lo que Jesús les había dicho.

En cierta ocasión, mientras comía con ellos, les dio esta orden: «No se vayan de Jerusalén, sino esperen el don que mi Padre les prometió, del cual me han hablado. Porque

Juan bautizó con agua, pero dentro de pocos días ustedes serán bautizados con el Espíritu Santo...» «Pero recibirán poder cuando el Espíritu Santo venga sobre ustedes, y serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra.»

En esta escritura, el poder es para dar testimonio. El poder y el testimonio, conectados entre sí, son muy significativos. Si usted examina las palabras y frases que se usan en las Escrituras con respecto al bautismo con el Espíritu Santo, encontrará varias maneras diferentes de decirlo. Está la promesa del Padre. Está la promesa de que usted será investido con poder desde lo alto. Y está la promesa de que usted será lleno del Espíritu Santo. Bajo la tercera obra del Espíritu Santo, se lleva a cabo una llenura. Bajo la cuarta obra del Espíritu Santo, se lleva a cabo una llenura hasta rebosar. A veces esto se conoce como el don del Espíritu, aunque esto no necesariamente se refiere siempre al bautismo con el Espíritu Santo.

Lucas 24:49 da a Jesús una declaración real sobre la que estaban reflexionando en el primer capítulo de los Hechos. Justo antes de dejarlos, Jesús dijo: «Yo les enviaré la promesa de mi Padre. Pero quédense en la ciudad hasta que sean revestidos de poder desde lo alto».

Lo sabéis cuando habéis sido bautizados con el Espíritu Santo. Los discípulos se habrían quedado en Jerusalén si no lo supieran. Algunos dicen que el Espíritu Santo es algo general, no un fenómeno perceptible. Pero Jesús dijo: «Quedaos en la ciudad hasta que seáis revestidos de poder desde lo alto». Otros dicen que el Espíritu Santo está presente cuando somos bautizados, y eso es todo. Pero en los Hechos encontramos a personas que han sido bautizadas y se les dice que esperen hasta recibir algo más.

«Oh», dicen algunas personas, «esto se refiere a la dispensación del Espíritu Santo, por lo que no podemos aplicarlo hoy porque se refería a la inauguración del Espíritu Santo para una obra especial. Los discípulos debían esperar hasta que llegara ese día, y entonces tendrían algo especial». También dicen que era diferente en el Antiguo Testamento que en el Nuevo, pero no se puede pasar por alto de esa manera porque el Espíritu Santo estaba muy vivo en el Antiguo Testamento. Estaba haciendo otras cosas, como la creación, pero antes del Día de Pentecostés, estaba muy vivo y bien. También se nos dice que Juan el Bautista estaba lleno del Espíritu desde su nacimiento, y estaba lleno del Espíritu porque su madre y su padre estaban llenos del Espíritu. Así que no es extraño que la gente experimente la plenitud del Espíritu con el tiempo.

Por esa razón, no consideramos el papel del Espíritu Santo después de Pentecostés como una diferencia en la dispensación, como el comienzo de un nuevo orden. Jesús, en los tiempos del Antiguo Testamento, ejerció una cualidad que sacrificó cuando vino a salvarnos, su omnipresencia. En realidad, no tenemos idea del sacrificio que hizo Jesús cuando vino, no solo para morir por nosotros, sino para permanecer como un ser humano para siempre, uno con nosotros, llamado el Hijo del hombre en Apocalipsis. El Espíritu Santo hace hoy lo que Jesús solía poder hacer en persona en los tiempos del Antiguo Testamento.

Esto nos lleva a entender que el bautismo con el Espíritu Santo es una obra separada y distinta de nuestra conversión. No podemos decir simplemente: «Bueno, el Espíritu Santo estuvo involucrado cuando me bauticé, y eso es todo». No, es una obra separada y distinta. Aun así, no podemos tomar la posición de que el Espíritu Santo no está involucrado en la conversión porque sí lo está. Un texto significativo para ayudarnos a entender la participación total del Espíritu Santo en toda la vida cristiana es Romanos 8:9: «Pero vosotros no estáis bajo la naturaleza pecaminosa, sino bajo el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de

Cristo, no es de Cristo». El Espíritu Santo está involucrado en toda la vida del cristiano, de principio a fin.

Al mismo tiempo, recordemos que el Espíritu Santo no se manifiesta en su plenitud en la conversión. Cuando una persona nace de nuevo, tiene la salvación y no tiene que preocuparse por eso. Pero es posible que la persona aún no tenga toda la plenitud del Espíritu Santo en términos de lo que Dios quiere hacer en su vida. He oído a gente decir que el apóstol Pedro no se convirtió porque fue al patio junto al fuego, negó a Cristo y añadió maldiciones y juramentos, lo que demostró que nunca se había convertido. Esta es la opinión de quienes piensan que en el momento en que uno se convierte se supone que nunca debe volver a pecar, y si vuelve a pecar, eso demuestra que nunca se ha convertido. Este tipo de mentalidad se me escapa. No la encuentro en las Escrituras en absoluto. Veo a personas que han nacido de nuevo cayendo, fallando de nuevo, y levantándose y continuando un poco más. ¿No le ocurre a usted? Seguro que los apóstoles se habían convertido. ¿Cómo lo sé? Porque Pedro había salido con los demás y había sanado a los enfermos, echado fuera demonios, limpiado a los leprosos y resucitado a los muertos. Las personas inconversas no pueden hacer eso en presencia de Cristo. Pedro estaba entre aquellos de

quienes Jesús dijo: «Regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos» (Lucas 10:20).

Jesús es quien dijo: «De cierto, de cierto te digo que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios» (Juan 3:3). Por eso, cuando Jesús le dijo a Pedro: «Y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos» (Lucas 22:32), simplemente le estaba recordando que la conversión es una experiencia continua, una experiencia de renovación día a día. Aquí, en la experiencia de Pedro, que fue una figura destacada en el día de Pentecostés, tenemos a alguien que se había convertido pero que aún no había experimentado el bautismo con el Espíritu Santo en su plenitud.

Es interesante notar la experiencia de Pablo registrada en Hechos 19: «Mientras Apolos estaba en Corinto, Pablo tomó el camino del interior y llegó a Éfeso. Allí encontró a algunos discípulos y les preguntó: “¿Recibieron ustedes el Espíritu Santo cuando creyeron?”. Ellos le respondieron: “No, ni siquiera hemos oído que exista el Espíritu Santo”» (Hechos 19:1-2).

Siempre me ha hecho gracia esa respuesta. Me identifico con ella porque si alguien viniera a mí y me preguntara: «¿Has recibido el Espíritu Santo desde que te

convertiste?», sería muy fácil responder: «¡Ah! ¿Hola? ¿Me he perdido algo?». Los discípulos de Éfeso dijeron: «Ni siquiera hemos oído que exista el Espíritu Santo». Pablo estaba hablando de algo que iba más allá del hecho de que se convirtieran y se convirtieran.

Pablo les preguntó: «¿Qué bautismo recibisteis?»

«El bautismo de Juan», respondieron.

«Pablo dijo: “El bautismo de Juan fue un bautismo de arrepentimiento. Les dijo a las personas que creyeran en el que vendría después de él, es decir, en Jesús”. Al oír esto, fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús. Cuando Pablo les impuso las manos, el Espíritu Santo vino sobre ellos, y hablaron en lenguas y profetizaron” (Hechos 19:3-5). Esta experiencia fue separada y distinta de la conversión.

Hechos 8 nos da otro caso interesante en el que las personas fueron bautizadas en el nombre de Jesús, este se trata de Felipe, uno de los primeros diáconos. Siempre es emocionante cuando un diácono quiere hacer más que «diácono». Vemos que Esteban y otros comenzaron a ser predicadores además de diáconos porque se mojaron los pies y, a pesar de tener miedo escénico, comenzaron a hacer algo por Dios con la guía del Espíritu Santo. Aquí está la historia de Felipe en Hechos 8:12-17:

Cuando creyeron a Felipe, que anunciaba la buena noticia del reino de Dios y el nombre de Jesucristo, se bautizaron tanto hombres como mujeres. [Obsérvese que se trata del bautismo de Jesucristo.] Simón también creyó y se bautizó. Y seguía a Felipe por todas partes, asombrado por las grandes señales y milagros que veía.

Cuando los apóstoles que estaban en Jerusalén oyeron que Samaria había aceptado la palabra de Dios, enviaron a Pedro y a Juan, quienes, al llegar, oraron por ellos para que recibieran el Espíritu Santo.

¿Acaso los samaritanos no habían oído hablar aún del día de Pentecostés? Samaria no está tan lejos de Jerusalén. Hace varios años viajé a Samaria desde Jerusalén con el Dr. Siegfried Horn. Es una distancia muy corta. Seguramente habían oído hablar del día de Pentecostés. Pero aquí, en esta zona de Samaria, Pedro y Juan se acercaron a ellos y «oraron por ellos para que recibieran el Espíritu Santo, porque el Espíritu Santo aún no había descendido sobre ninguno de ellos; era necesario que fueran bautizados en el nombre del Señor Jesús. Entonces Pedro y Juan les impusieron las manos, y recibieron el Espíritu Santo».

Este es otro ejemplo de las Escrituras de que el bautismo con el Espíritu Santo es una obra separada y distinta más allá de la conversión.

También tenemos la experiencia de Cornelio en Hechos 10. Cornelio mandó llamar a Pedro, quien se resistía a ir a su casa porque Cornelio era gentil. Después de ver una visión, Pedro terminó yendo y encontró a un grupo de personas que ya eran creyentes. Cuando escucharon más verdades, la Biblia dice:

Mientras Pedro aún hablaba estas palabras, el Espíritu Santo descendió sobre todos los que oían el mensaje. Los creyentes de la circuncisión que habían venido con Pedro se quedaron asombrados de que el don del Espíritu Santo se hubiera derramado también sobre los gentiles...

Entonces Pedro dijo: «¿Puede alguien impedir que estos sean bautizados con agua? Ellos han recibido el Espíritu Santo lo mismo que nosotros.» Así que ordenó que fueran bautizados en el nombre de Jesucristo (Hechos 10:44-48).

La experiencia del bautismo con el Espíritu Santo es separada y distinta y va más allá de la conversión.

Un tercer punto crucial, según las Escrituras, es que el bautismo con el Espíritu Santo no es para hacernos santos o felices. Estos frutos ya han ocurrido en las vidas de aquellos que son bautizados con el Espíritu Santo. Algunas personas malinterpretan esto groseramente. De hecho, es la gran marca de demarcación entre la verdad y la falsedad con respecto al bautismo con el Espíritu Santo. Uno de los mejores libros que he leído sobre el tema del Espíritu Santo es de RA Torrey, un asociado de Dwight L. Moody. Torrey presentó la verdad bíblica dinámica con respecto al Espíritu Santo, y una vez se paró en una plataforma pública y dijo: «Le daré diez mil dólares por un texto que me muestre con las Escrituras que el bautismo con el Espíritu Santo tiene cualquier otra razón que no sea hacernos útiles».

¿Qué le pasa al hombre de Phoenix, Arizona, del que oí hablar? Estaba desanimado con su vida, la vida de un cristiano derrotado. Siempre estaba golpeando a los niños y también a su esposa. Tenía un carácter terrible. Un día, mientras caminaba por la calle pensando en la inutilidad de todo y en cómo estaba dispuesto a acabar con todo, pasó por una carpa donde la gente estaba recibiendo el Espíritu Santo. Entró y, antes de que terminara la reunión, recibió el bautismo con el Espíritu Santo. De repente, su vida cambió. Su carácter desapareció. Ya no golpeaba a los

niños ni a la esposa ni rompía los muebles. Fue la obra maravillosa del bautismo con el Espíritu Santo.

Pero, dices, ¿qué hay de malo en que su vida haya cambiado? ¡Mucho! Una vida cambiada no prueba nada, porque si yo fuera el enemigo estaría feliz de cambiar la vida de las personas por un corto tiempo a cambio de algo peor. Por eso le pregunto a la gente: si tuvieras la opción de morir de cáncer o ser sanado por el diablo, ¿qué elegirías? Si tuvieras la opción de continuar siendo un cristiano derrotado hasta que Dios pudiera hacer Su obra en tu vida o ser cambiado repentinamente por el diablo, ¿qué elegirías?

Cuando yo era pastor en Colorado, un joven vino a mi oficina. Se sentía muy desanimado porque iba a salir con una hermosa joven cristiana y ella había descubierto algo que él ya sabía: su mal carácter. La iba a perder y estaba devastado. Me dijo: «Escuché que en tal y tal iglesia hay algunas reuniones y me dijeron que si puedo ser bautizado con el Espíritu Santo, mi vida cambiará».

Le dije: «No te molestes, porque el bautismo con el Espíritu Santo no es para cambiar tu vida. Ese no es su propósito. Es más bien para ayudarte a cambiar la vida de otras personas».

Cuando vivíamos en Modesto, solíamos recorrer la calle desde nuestra iglesia hasta otra iglesia que estaba a una cuadra de distancia. En esta iglesia, la gente se volvía santa y feliz. Era nuestro entretenimiento del sábado por la noche. Nos quedábamos afuera y mirábamos por las ventanas y observábamos a la gente volverse santa y feliz con el bautismo del Espíritu Santo.

Cuando estuve en Japón, le dije al director de misiones estudiantiles que planeaba visitar la iglesia más grande del mundo durante mi visita a Seúl, Corea. Me decepcioné cuando me aconsejó que no fuera. Me habían invitado a Seúl para las reuniones y había planeado llegar temprano y visitar la iglesia más grande del mundo. El director dijo: «Es una experiencia devastadora estar en una iglesia de miles y miles de personas que de repente comienzan a hablar en lenguas al mismo tiempo. Esto continúa por un tiempo hasta que alguien hace sonar una campana y todos dejan de hablar cuando suena la campana». No controlamos al Espíritu Santo haciendo sonar campanas. El Espíritu Santo nos controla a nosotros.

Esta es la teología del Espíritu Santo: «Recibiréis poder para dar testimonio (para servir) cuando el Espíritu Santo venga sobre vosotros» (Hechos 1:8). Por lo tanto, si

estamos verdaderamente interesados en el bautismo con el Espíritu Santo, tendríamos que analizar detenidamente el servicio. Si estamos involucrados en el servicio, podemos esperar que el Espíritu Santo se involucre con nosotros de una manera muy especial.

Para concluir, veamos doce puntos sobre cómo recibir el bautismo con el Espíritu Santo:

Acepte a Jesús como su única esperanza de salvación, los tres aspectos de la salvación: justificación, santificación y glorificación.

Arrepiéntete del pecado en tu corazón y recuerda que el arrepentimiento es un regalo de Dios para quienes acuden a Él.

Sabed que estáis convertidos. ¿Podéis saber si estáis convertidos? Sí, podéis. No tenéis por qué saber el tiempo ni el lugar, y muchas veces no lo sabréis. Pero podéis saber si os habéis convertido o no. (Ved «El Camino a Cristo», pág. 58.)

Ser bautizado. La confesión pública de Cristo es parte del proceso.

Consiente que Dios te guíe a una entrega total. La entrega no es renunciar a las cosas, es renunciar a nosotros

mismos y depender totalmente de Jesús, lo que el cristiano en crecimiento no siempre hace. Debes estar dispuesto a que Dios te guíe a una entrega absoluta, donde dependas de Él todo el tiempo en lugar de solo una parte del tiempo.

Renunciar a todo pecado. ¡Ay! ¿Cómo podemos hacerlo? En el libro «El Camino a Cristo» se nos dice: «A menudo tendremos que postrarnos y llorar a los pies de Jesús por nuestras faltas y errores» (64). ¿Cómo puedes saber si estás dispuesto a renunciar a todo pecado? Si pudieras apretar un botón ahora mismo y no volver a pecar nunca más, pregúntate: ¿lo apretarías? O dirías: «No tan rápido. Podría cambiar mi estilo de vida» o «Podría arruinarme la diversión». ¿Confías lo suficiente en Dios como para apretar el botón? Es una buena manera de preguntarte hasta qué punto estás realmente preparado.

Involucrarse en el servicio y el testimonio.

Tened sed de Él. Hay una promesa para aquellos que tienen sed. «Jesús se puso en pie y dijo con voz fuerte: “Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva”. Con esto se refería al Espíritu que habrían de recibir los que creyeran en él» (Juan 7:37-39).

Manténganse unidos con sus hermanos cristianos. En lugar de estar en el grupo de aquellos para quienes las buenas noticias significan malas noticias sobre otras personas, permanezcan unidos y ámense unos a otros porque Jesús ama incluso a los degradados y a los poco atractivos.

Pídelo. La Escritura muestra que es importante pedir con humildad la bendición de Dios para recibirla.

Pide el motivo correcto. ¿Para qué quiero el Espíritu Santo? ¿Para poder resucitar a los muertos y enviar mi foto a los periódicos para que puedan ver quién lo hizo? Solo podemos obtener el motivo correcto de rodillas.

Créeme que lo has recibido confiando en la promesa de Dios.

Creo que estos son algunos de los puntos que la Biblia menciona con mucha claridad en relación con esta tremenda experiencia del bautismo con el Espíritu Santo. ¿Está interesado? ¿Le gustaría entenderlo más? ¿Lo estudiaría por sí mismo? Me gustaría unirme a usted mientras buscamos el poder de Dios para el servicio.

CAPÍTULO 4: LEONES EN LA CALLE

¿Alguna vez has visto leones en la calle? Mientras esperaba un vuelo en el aeropuerto de Nairobi, Kenia, rumbo a Sudáfrica, busqué un león en el aeropuerto, pero no pude encontrar ninguno. Si quieres ver leones en la calle, lee el libro de Proverbios.

Proverbios es una especie de cóctel teológico. No intentes hacer un estudio exegético descontextualizado de Proverbios, porque salta de un lado a otro. Pero más de una vez, el autor de Proverbios habla de los leones en la calle. Veamos dos de ellos.

El primero está en Proverbios 26:13: «Dice el perezoso: “Hay un león en el camino, un león feroz que ronda por las calles”». El segundo está en el capítulo 22, versículo 13: «Dice el perezoso: “Hay un león afuera” o: “Me van a matar en las calles”». ¿No te emocionan estos textos? ¿Qué tipo de esperanza te dan?

Un ejemplo sencillo de esto sería cuando le digo a mi hijo que saque la basura y él dice: «No puedo hacerlo. Hay un león ahí afuera». Lo usa como excusa. Pero ¿qué nos hace perezosos o negligentes cuando se trata del

testimonio y el servicio cristiano? ¿Son los leones que están ahí afuera en la calle? De hecho, hay uno grande.

Cuando estaba en la escuela secundaria en Fresno, California, trabajé en una gasolinera. Mi padre se convirtió en un fiel cliente de la gasolinera, y algunos de los otros muchachos con los que trabajaba se dieron cuenta de que era un predicador, por lo que se burlaban de él de vez en cuando. Un día, cuando mi padre pasó por allí, uno de los muchachos que le estaba haciendo el mantenimiento del coche le preguntó:

«Bueno, reverendo, ¿cómo está hoy el gran diablo rojo?»

Mi padre dijo sin dudarlo: «Es como un león rugiente que busca a quién devorar. ¡Así que ten cuidado, no sea que te atrape!». No está tan mal. Hay un león ahí afuera, en la calle.

Muchos leones nos mantienen cerca del fuego, donde podemos poner los pies sobre el escabel, mirar la chimenea, comer las manzanas y asar los malvaviscos, y dejar que alguien más se enfrente a los leones. Una vez le pregunté a un anciano de mi iglesia:

«Dime las tres primeras cosas que te vienen a la mente sobre por qué a la gente le resulta difícil salir y dar testimonio».

«No saben cómo», dijo. Y añadió: «Es sólo una excusa. La verdadera razón es que tienen miedo».

El primer león que nos impide salir es la incertidumbre espiritual. En los círculos cristianos hay un alto nivel de incertidumbre, especialmente en mi propia subcultura, porque nos hemos hecho famosos por nuestro énfasis en la conducta como el punto fundamental de la fe cristiana. Pero esto no se limita a nosotros. Muchas, muchas personas en la iglesia cristiana de todas las religiones son víctimas de este problema. Si mi énfasis principal en la vida cristiana es el desempeño y la conducta, si creo que mis obras tienen algo que ver con llevarme al cielo, voy a estar espiritualmente inseguro todo el tiempo y no me entusiasmarán las cosas del evangelio, porque no entiendo el evangelio. Este problema paralizante puede mantenernos fuera de la calle, impidiéndonos compartir, manteniéndonos de nuevo en el rebaño con las otras noventa y nueve ovejas.

¿Qué debemos hacer con la incertidumbre espiritual?
¿Es posible que un lector espiritualmente inseguro que

comience a leer este capítulo encuentre certeza espiritual al llegar al final del mismo? ¿O debe tener diez años de buen historial antes de poder salir con la cabeza en alto y enfrentarse a los leones? ¿Cree usted que es posible estar seguro de su propia salvación al final de este capítulo? ¿O ya está seguro de su propia salvación?

Tuvimos algunas discusiones interesantes en nuestras reuniones de mitad de semana sobre este tema. Leímos un libro de Neal Punt, el autor que mencioné en el capítulo 1, que desafiaba al mundo evangélico en general con la premisa de que tiene evidencia bíblica de que todo el mundo está salvo, excepto aquellos que eligen perderse. Esto es lo opuesto a la premisa que el mundo evangélico ha creído durante mucho tiempo, de que todos están perdidos a menos que elijan ser salvos.

Usted podría decir, «¿Qué diferencia hace?» Hace una diferencia debido a cómo hace que se vea a Dios. Dios es responsable de que nazcamos en el planeta Tierra. ¿Cree usted que Dios está haciendo todo lo que puede para llevar a la gente al cielo? ¿O cree usted que Dios está haciendo todo lo que puede para mantener a la gente fuera de él? ¿Puede tomar un texto como el siguiente en 2 Pedro y encontrar certeza espiritual? «El Señor... no quiere

que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento» (2 Pedro 3:9). ¿Qué hay de Juan 3:17, que sigue al famoso texto? «Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para salvar al mundo por él». Hay textos por los que el apóstol Pablo es famoso, como: «Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe» (Efesios 2:8-9); y, «Al que trabaja, no se le cuenta su salario como favor, sino como deuda. Pero al que no trabaja, sino cree en Dios, que justifica al impío, su fe se le cuenta por justicia» (Romanos 4:4-5). ¿Crees que nuestras obras no tienen nada que ver con nuestra salvación? Si crees eso, puedes tener certeza espiritual. Si son Sus obras las que me salvan y no las mías, puedo levantarme y salir a la calle.

¿Crees que tus malas acciones y tu desobediencia no tienen nada que ver con tu pérdida? Es una pregunta difícil. Yo lo creo. Me llevó un tiempo asimilarlo porque no estaba programado de esa manera. En algún momento, pensé que mis malas acciones tenían mucho que ver con mi pérdida. No, solo hay una razón por la que alguien se salva o se pierde: cómo se relaciona con el Señor Jesucristo, ya sea que lo acepte como su única esperanza o que se aleje de una relación con Él día a día.

Una persona común y corriente sin esperanza podría escuchar estas palabras hoy y encontrar esperanza porque Jesús es la esperanza de nuestro destino eterno. No hay nada que podamos hacer. Nuestras buenas obras son simplemente el resultado de aceptar esa esperanza. Nuestras malas obras son simplemente el resultado de no aceptar esa esperanza. Si verdaderamente la aceptamos en nuestros corazones y vidas, hoy podemos tener certeza espiritual que nos alejará de ese gran león que está en las calles y nos mantiene cerca del fuego.

Un segundo león que hace que la gente se mantenga alejada de las luces destellantes y de la multitud bulliciosa es el miedo a ser acorralada teológicamente. «No conozco todos los textos clave», dicen, o «no conozco todas las formas de demostrar lo que creo». «Alguien podría hacerme una pregunta que no pueda responder». Los grandes modelos de quienes conocen la Biblia al derecho y al revés lo hacen aún más aterrador. He oído a gente hablar de quienes tienen la Biblia prácticamente de memoria, de quienes la han leído cien veces y de quienes simplemente podrían reproducirla a partir de sus recuerdos fotográficos. Eso es suficiente para hacer que uno quiera quedarse en casa junto a la chimenea.

Nunca olvidaré la sorpresa que tuve cuando tuve el privilegio de entrar en presencia de HMS Richards, Sr., un hombre apacible, humilde y tranquilo. Quienes estaban más cerca de él sabían que era así. Sin embargo, era un famoso predicador de radio. Sin embargo, sorprendentemente, cuando estaba a solas con él, yo era el gran predicador de radio, yo era el teólogo, yo era el experto en la Biblia, y él era el simple aprendiz a mis pies. Nunca he podido explicar eso. Sucedió cada vez que tenía la oportunidad de hablar con él. Siempre me hacía sentir como si estuviera aprendiendo de mí. Me sentía como si midiera tres metros y cada vez que me iba de su presencia, tenía que volver a ser lo que era antes. Fue muy decepcionante.

Durante nuestras conversaciones, lo escuché decir más de una vez: «No sé. No sé». ¿Sabes lo que te pasa cuando alguien te hace una pregunta y piensa que eres la autoridad y dices: «No sé»? ¿Te hace daño? ¿O te respetan por eso? No hay nada de malo en decir: «No sé, pero intentaré averiguarlo». De hecho, hay todo bien en eso. Así que dejemos de pensar que solo los expertos pueden hacerlo.

Hay algo más que no está bien en tener miedo de dar testimonio porque podemos vernos acorralados teológicamente. Es un error porque este miedo se basa en la premisa falsa de que lo principal que presenciamos son veintisiete puntos de las creencias de la iglesia. Pero ese no es nuestro testimonio principal. Un testigo es alguien que personalmente presenció algo. Así que no me pidan que intente ser testigo del estado de los muertos porque todavía no he estado allí. No me pidan que sea testigo del fuego del infierno, espero. Pero pueden pedirme que sea testigo de lo que Jesús significa para mí.

No olvidemos a los endemoniados, que son los ejemplos clásicos de ser testigo. Vinieron a Jesús desnudos, y debieron haber salido con algunas túnicas que provenían de la Sociedad Dorcas o de las espaldas de la gente, uno de los dos. La evidencia es que las ropas provenían de los discípulos. Estos pobres hombres, que habían estado desnudos entre las tumbas, cortándose y gritando y chillando, de repente estaban en sus cabales otra vez. Jesús les dijo: «Vayan y cuéntenles a sus amigos». ¿Contarles qué? ¿Contarles sobre el estado de los muertos y los dos mil trescientos años y el santuario y el juicio? No. Jesús dijo: «Vayan y cuéntenles a sus amigos cuán grandes cosas el Señor ha hecho por ustedes, y cómo ha tenido misericordia

de ustedes» (ver Marcos 5:19). (Ver también Lucas 8:38-39.) Esa es la base personal para el testimonio cristiano y la forma número uno de involucrarse en el servicio. Eso es lo que hacemos para ayudar a la gente. Compartimos lo que Jesús significa para nosotros y lo que Él ha hecho por nosotros.

El librito «El Camino a Cristo», un clásico sobre el tema, dice que cuando hayamos gustado y visto que el Señor es bueno, tendremos algo que contar sobre qué amigo tan maravilloso hemos encontrado en Jesús (ver pág. 78).

El tercer león que está en las calles puede ser el verdadero problema. Se trata del problema del éxito. ¿Quién puede medir el éxito cuando se trata de testificar? Esto es tan nebuloso, pero tratamos de hacerlo concreto. Casi lo reducimos a un juego de números. Pero la iglesia cristiana, la nuestra y la de todos los demás, está hoy ebria con la idea del crecimiento de la iglesia, que siempre se mide por factores estadísticos y numéricos. ¿Es así como Dios lo ve? En un pequeño periódico llamado The Southern Watchman, leí algo que decía: «El Señor es bueno... Él sabe exactamente lo que cada uno de nosotros está haciendo. Él sabe exactamente cuánto crédito darle a cada uno. ¿No dejarás a un lado tu lista de créditos y... dejarás que Dios

haga Su propia obra?» (14 de mayo de 1903). Sólo Dios sabe lo que es el éxito.

A veces nos llevamos grandes sorpresas. Hace años, en Colorado, un predicador montó una carpa en un pequeño pueblo, donde celebró algunas reuniones. Predicó con todo el corazón, trabajó duro, visitó a la gente en sus hogares y dio muchos estudios bíblicos. Al final de las reuniones, sólo hubo un converso. Bautizó al convertido y siguió su camino, lamiéndose las heridas. Todos sus esfuerzos parecían un gran fracaso. Nadie supo hasta años después que este predicador, HMS Richards, Sr., había bautizado al padre de George Vandeman, quien fundó el ministerio televisivo *It Is Written* y sirvió como evangelista principal y director durante más de treinta años.

Nadie sabe hasta años después, quizá siglos después, en las calles de un país mejor, qué sucedió realmente en términos de éxito. Eso es asunto de Dios, no nuestro. ¿Podemos aceptarlo? No sé realmente qué sucede detrás de escena, en el corazón de la gente, y por eso se nos dice en ese mismo librito, hablando de los discípulos más humildes y pobres de Jesús, «no es necesario que se cansen de la ansiedad del éxito» (*El Camino a Cristo*, 83). Sin embargo, esa es probablemente una de las razones por

las que tenemos miedo. Encontramos a ese formidable león en la calle. Tenemos miedo de fracasar, miedo de la falta de éxito.

Creo que sería bueno que dediquemos algún tiempo a orar y pedirle a Dios que nos ayude a dejar los resultados en manos de Él. Dios no nos dirá al final: «Bien hecho, siervo bueno y próspero», sino: «Bien hecho, siervo bueno y fiel» (Mateo 25:21). Parece que hay una gran diferencia en la valoración que los hombres hacen de los resultados.

Recientemente me han llamado la atención sobre un cuarto león en la calle, que es otro «gran problema». Había estado mirando hacia otro lado y a la vuelta de la esquina durante mucho tiempo, pero ahora está cobrando protagonismo. Cuanto más hablo con la gente y más historias de casos aparecen, más creo que es verdad. Un león que nos impide salir es la razón habitual que damos para salir. En otras palabras, la misma razón que damos en la iglesia cristiana para dar testimonio es lo que nos impide dar testimonio.

Digamos que un ministro de música viene a mí y me dice: «Quiero que seas responsable de la cantata del año que viene». ¿Sabes lo que le diría? «Me voy. Acabo de dejar la ciudad». Supongamos que Dios viniera a mí y me dijera:

«Quiero que salgas y des testimonio porque se salvarán o se perderán almas si lo haces o no». ¿Sabes lo que le diría? «Me voy de aquí. Déjame fuera. Eso está más allá de mí». Si intentara organizar una cantata para el año que viene, no sólo se centraría en el éxito del programa y se convertiría en una carga muy pesada, sino que surgiría otro factor: no quiero equivocarme y tal vez arruinar la vida de las personas con mis errores.

Si creo que el propósito principal de mi servicio y testimonio es salvar almas, ese pensamiento me impedirá salir. Porque no quiero equivocarme. No quiero arruinarle la vida a los demás y tengo miedo de arruinarla. Así que, en lugar de eso, dejaré que los profesionales se encarguen de todo.

Si creo que el destino eterno de alguien está totalmente en manos de Dios, independientemente de lo que yo haga, entonces puedo salir y no tener miedo de equivocarme. Puedo cometer errores sin tener que preocuparme más por ellos. Puedo relajarme y disfrutar de salir, sabiendo que ese león en la calle ya está a salvo.

Es una premisa irónica, pero creo que es cierta. No creo que el destino eterno de nadie dependa de lo que yo

haga o deje de hacer. Por lo tanto, soy libre de dar testimonio aunque mi testimonio parezca débil.

Hay un capítulo en «El deseado de todas las gentes» que contiene este comentario: «Los ángeles del cielo están pasando por toda la tierra, tratando de consolar a los afligidos, de proteger a los que están en peligro, de ganar los corazones de los hombres para Cristo. Ninguno es descuidado ni pasado por alto» (639). ¡Qué egoísmo podríamos tener si pensáramos que somos los únicos que participamos en la obra del evangelio! Somos como aquel pequeño mío de tres años que pone sus manos en la cortadora de césped y piensa que él cortó el césped cuando su papá hizo todo el trabajo. No seamos tan ingenuos como para pensar que vamos a terminar la obra de Dios. Los ángeles están involucrados. «Ninguno es descuidado ni pasado por alto. Dios no hace acepción de personas, y tiene el mismo cuidado de todas las almas que ha creado» (ibid). He aquí otra razón por la que podemos salir y dar testimonio sin preocuparnos por nuestros errores. Si arruino las cosas en mi testimonio, Dios te enviará para que las arregles por mí, y si tú las arruinas, Él enviará a alguien más. Si ellos no van, irán los ángeles, y si ellos no, las piedras clamarán.

En el mismo capítulo de «El Deseado de Todas las Gentes», se encuentra esta cita:

«Aquellos a quienes Cristo elogia en el juicio pueden haber sabido poco de teología, pero han atesorado Sus principios... Entre los paganos hay quienes adoran a Dios en la ignorancia, aquellos a quienes nunca les llegó la luz mediante la instrumentalidad humana, y sin embargo, no perecerán. Aunque desconocen la ley escrita de Dios, han escuchado Su voz hablándoles a través de la naturaleza, y han hecho las cosas que la ley requiere. Sus obras son evidencia de que el Espíritu Santo ha tocado sus corazones, y son reconocidos como hijos de Dios» (p. 638).

¿Tiene Dios el mismo aprecio por todas las almas que ha creado? Creo que sí, de lo contrario, no sería un Dios de amor.

Creo que los siguientes versículos incluyen a mujeres y niños, así como a los hombres:

«Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres» (Tito 2:11).

«El Espíritu de Dios se da libremente para capacitar a cada hombre a que se aferre de los medios de salvación».

El Conflicto de los Siglos continúa diciendo:

«Así, Cristo, «la luz verdadera», «alumbra a todo hombre que viene al mundo». Juan 1:9. Los hombres no alcanzan la salvación solo por su propia y deliberada negativa al don de la vida» (p. 262).

Cualquiera que sea salvo o perdido habrá tomado esa decisión por sí mismo, basándose en la luz que haya comprendido, y no en tu éxito ni en tus tropiezos al testificar.

He oído a algunos decir que, en el juicio, la gente nos señalará con el dedo y dirá: «Estoy perdido por tu culpa».

Sí, ellos van a hacer eso.

¿Y sabes qué va a decir Dios?

«¡No es así!» o algo por el estilo.

El hecho de que la gente me eche la culpa de haber sido responsable de su perdición, no significa que esa sea la razón por la que están perdidos.

Así que, nosotros en la iglesia cristiana necesitamos vencer la idea de que el propósito principal de testificar es salvar a los perdidos, o nunca saldremos a hacerlo. Ese es uno de los grandes leones en las calles.

¿Quién se va a perder si no salimos a hacerlo? Nosotros.

El propósito de Dios para el testimonio cristiano es salvarnos a nosotros.

Siempre he estado agradecido por aquellos compañeros en la clase de álgebra que venían a mí pensando que yo entendía esos problemas y me pedían que les mostrara cómo resolverlos. ¿Sabes lo que me hacía tener que ayudarlos? Me obligaba a trabajar en cómo resolver esos problemas por mí mismo y me ayudaba a tener éxito en álgebra.

Si alguna vez has tratado de ayudar a alguien a entender algo y terminaste entendiéndolo mejor tú, sabes a lo que me refiero.

Si no entiendes la lección de Escuela Sabática de esta semana, y tampoco la de la próxima, apúntate para enseñarla la semana que viene. La entenderás para entonces.

Por eso Dios nos dio un papel que cumplir en el servicio cristiano y el testimonio. Y podemos salir con confianza, sabiendo que nuestros esfuerzos serán bendecidos. Solo recuerda que no marcarán ninguna diferencia eterna para los demás. Dios tiene eso en Sus manos.

En esta era informática es fácil encontrar todos los textos sobre un tema o una palabra en particular, así que encontré otro texto que habla de leones, un versículo interesante en el libro de Amós: «¡Ay de los que deseáis el día del Señor! ¿Por qué deseáis el día del Señor? Ese día será de tinieblas y no de luz. Será como si alguien huyera de un león y se topara con un oso; como si entrara en su casa y apoyara la mano en la pared, y le mordiera una serpiente» (Amós 5:18-19). El día del Señor será de tinieblas y no de luz a menos que hayas aceptado Su gracia. Ese es el contexto de Amós. Tienes el privilegio de aceptar el don del arrepentimiento, y si no lo haces, el día del Señor no será nada más que un león en la calle. Corres del león y te encuentras con un oso, y corres a la casa y la serpiente te muerde. No importa si me siento cómodo junto al fuego o en el redil con las noventa y nueve, porque algo me va a pasar si no me involucro con Jesús y la obra del evangelio.

Viajé durante varios días al Parque Nacional Kruger en Sudáfrica, tratando de ver las vistas y los sonidos de la vida salvaje en África. Durante tres días busqué un león y nunca vi ninguno. Finalmente tomé una fotografía de un hombre que había visto uno. Eso fue lo más cerca que estuve de verlo. Pero he visto muchos leones alrededor de la iglesia

cristiana. ¿Y tú? Están allí. Estoy agradecido de que haya Alguien más grande que ellos.

¿Has oído hablar del león que acechaba en la jungla? Bajó la cabeza y rugió:

«¿Quién es el rey de la selva?»

Todos los animales gritaron: «¡Tú eres! ¡Tú eres!»

Se acercó a una jirafa y le preguntó: «¿Quién es el rey de la selva?». La jirafa no respondió. Entonces el león se abalanzó sobre él y le dio un latigazo. (Sería terrible que una jirafa recibiera un latigazo, ¿no?)

Entonces el león continuó a través de la jungla hasta que llegó a donde se reúnen los elefantes, y allí en el campo, puso su cabeza en el suelo, rugió y dijo:

«¿Quién es el rey de la selva?»

Los elefantes seguían comiendo, así que el león lo intentó de nuevo. Se acercó a un elefante y le dio un manotazo en la trompa.

«¿Quién es el rey de la selva?», gritó. En ese momento, el elefante tomó su trompa y la envolvió alrededor del león. Luego, lanzó al león por el aire y lo arrojó a veinte pies de altura. El león cayó al suelo con un golpe seco. El elefante se montó sobre él y bailó una danza folclórica rusa.

Después de eso, el león se levantó con dolor y se alejó gimiendo: «No tienes que actuar así solo porque no sabes la respuesta».

Aunque tenemos un enemigo, un león rugiente que busca a quién devorar, hay Alguien más grande que él. Dios ha hecho provisión para enviarlo en su camino. Él ya ha vencido. Ya no tenemos que tener miedo de los leones en las calles, y podemos apuntarnos para servir y dar testimonio sabiendo que servimos a Alguien más grande.

CAPÍTULO 5: PESCANDO EN EL LADO CORRECTO

Cuando era pequeño, aprendí una canción que me ayudó a aprender los nombres de los doce discípulos. Dice así:

«Eran doce los discípulos a quienes Jesús llamó para que le ayudasen: Simón Pedro, Andrés, Santiago, su hermano Juan, Felipe, Tomás, Mateo, Santiago el hijo de Alfeo, Tadeo, Simón, Judas y Bartolomé.»

El estribillo es sencillo: «También a nosotros nos ha llamado, también a nosotros nos ha llamado. Nosotros somos sus discípulos; yo soy uno, y tú también».

Repite el coro y termina con: «Nosotros su obra debemos hacer».

¿Te gusta eso? La próxima vez que estés en un programa de preguntas y respuestas de cien mil dólares y te pidan que nombres a los doce discípulos, simplemente cántalo y lleva lo que aprendas a tu iglesia, por favor.

No sé si te gustan las historias de pesca. A mí nunca me ha gustado mucho pescar. Pensé en intentarlo una vez, así que cogí un imperdible y le puse un poco de sandía. Lo

colgué de una cuerda y, créelo o no, pesqué un pez. Me sentí tan mal por ello que, cuando por fin logré sacarle esa cosa de la garganta, lo solté y me sentí mejor.

Lucas cuenta una historia de pesca que superará a todas las anteriores. Un día, estando Jesús junto al lago de Genesaret, rodeado de gente que escuchaba la Palabra de Dios, vio a la orilla del agua dos barcas que habían dejado los pescadores y que estaban lavando sus redes. Subió a una de las barcas, la de Simón, y le pidió que la alejara un poco de la orilla. Luego se sentó y enseñó a la gente desde la barca.

Cuando terminó de hablar, dijo a Simón: «Rema mar adentro, y echad vuestras redes para pescar.»

Simón le respondió: «Maestro, hemos estado trabajando toda la noche y no hemos pescado nada; pero porque tú lo dices, echaré las redes.»

Y así lo hicieron, y pescaron tanta cantidad de peces, que las redes se les rompían. Entonces hicieron señas a los compañeros de la otra barca para que vinieran a ayudarlos, y ellos vinieron y llenaron las dos barcas de tal manera que se hundían.

Al ver esto, Simón se arrodilló ante Jesús y exclamó: «¡Apártate de mí, Señor, que soy un pecador!» Porque él y todos sus compañeros estaban asombrados por la pesca que habían hecho. También estaban asombrados Santiago y Juan, los hijos de Zebedeo, compañeros de Simón.

Entonces Jesús dijo a Simón: «No tengas miedo; desde ahora serás pescador de hombres.» Entonces ellos sacaron las barcas a tierra, y dejándolo todo, le siguieron (Lucas 5:1-11).

Esta es la historia de un pescador que no tiene nada de sospechosa. Está llena de verdad. «Hace años, mi padre vio un cartel en el escaparate de una tienda de artículos deportivos, una oda al típico pescador escrita en inglés antiguo:

«Mirad al pescador, que se levanta muy de mañana y alborota a toda la casa. Sus preparativos son muy grandes. Sale con grandes expectativas, y cuando el día ya está muy avanzado, vuelve lleno de bebida fuerte, y la verdad no está en ello.»

He escuchado algunas historias de pescadores importantes en mi vida y las he visto volverse cada vez más importantes. Supongo que tú también. Pero cuando lees esta historia en Lucas, te das cuenta de que esta es la

verdad que impresionó incluso a estos hombres que eran veteranos de los barcos, las redes y el mar. Esto sucedió aproximadamente un año y medio después del ministerio de Jesús.

Juan 21 registra una historia similar, que tuvo lugar después de tres años y medio del ministerio de Jesús en la tierra, justo antes de que regresara al cielo. De la historia, obtenemos otra frase que es realmente interesante para el testimonio cristiano. Jesús había concluido su ministerio, la crucifixión había pasado, estaba encontrándose con la gente que había prometido encontrar en Galilea, y se mostró a sus discípulos. Esto es lo que escribe Juan:

Después de esto, Jesús se apareció de nuevo a sus discípulos junto al lago de Tiberíades. Estaban reunidos Simón Pedro, Tomás llamado el Mellizo, Natanael, el de Caná de Galilea, los hijos de Zebedeo y otros dos discípulos. Simón Pedro les dijo: «Voy a pescar». Ellos respondieron: «Iremos con vosotros». Fueron, subieron a la barca, pero aquella noche no pescaron nada.

Al amanecer, Jesús se presentó en la orilla, pero los discípulos no se dieron cuenta de que era Jesús. Él los llamó y les dijo: «Amigos, ¿no tienen pescado?» Ellos le respondieron: «No».

Él les dijo: «Echen la red a la derecha de la barca y encontrarán.» Cuando lo hicieron, no pudieron sacar la red a causa de la gran cantidad de peces.

Entonces el discípulo a quien Jesús amaba dijo a Pedro: «¡Es el Señor!» (Juan 21, 1-7).

«¡Es el Señor!» ¡Qué revelación! ¡Qué emoción para ellos, que habían estado solos y desconcertados! ¡Qué alegría, especialmente para Pedro con su dolor, su desilusión y su corazón destrozado porque sentía que había causado el mayor dolor a Jesús con su negación! ¡Qué alegría para él oír a Juan decir: «Es el Señor»! Al parecer, en ese momento, Pedro no llevaba mucha ropa. Así que se puso algo, saltó al lago y nadó hacia Jesús porque no podía esperar a llegar a la orilla.

Veamos algunas de las frases que aparecen en estas dos historias. En primer lugar, Jesús les dijo a los discípulos, antes de que tuvieran éxito, que se lanzaran a mar abierto. Aquí tenemos algo de importancia espiritual. Nuestra propia experiencia puede ser tan superficial que nos resulte difícil pescar de la manera correcta. En ese caso, debemos considerar algo como Efesios 3, donde Pablo nos dice que tenemos el privilegio de tener una experiencia caracterizada por altura, longitud, anchura y profundidad.

Dice: «Para que Cristo habite por la fe en vuestros corazones. Y pido que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces, junto con todos los santos, de comprender cuán ancho, largo, alto y profundo es el amor de Cristo, y de conocer ese amor que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos hasta la medida de toda la plenitud de Dios» (Efesios 3:17-19).

Tal vez una de las mayores preparaciones que podríamos considerar para poder ir a pescar con Cristo es lanzarnos a una experiencia más profunda con Él, en lugar de quedarnos con el texto superficial del día con la mano en el picaporte, o con el síndrome de «Navidad y Pascua». Más profunda todavía, como a veces cantamos, para que tengamos fresco en nuestro propio corazón el entusiasmo del evangelio y podamos unirnos al canto de aquellos ángeles sobre la llanura que no pudieron quedarse quietos sino que cantaron «buenas nuevas con gran gozo». Lánzate a lo profundo.

Entonces Jesús dijo: «Echad vuestras redes» (Lucas 5:4). Durante mucho tiempo, hemos tenido la red del evangelista, la red del colportor, la red del profesional y la red de la iglesia comunitaria. Hemos tratado de pescar personas, y hemos descuidado la palabra clave «vuestras».

Me parece que durante mucho tiempo, los miembros de la iglesia han estado acostumbrados a estar de pie entre bastidores o sentados en las gradas y observar mientras los que están en el centro del escenario van a pescar. El atractivo para nosotros aquí es «Él nos ha llamado también». Él te ha llamado también a ti. Todos somos Sus discípulos, y «su obra debemos hacer».

Una vez leí acerca de una gran campaña evangelística en un pueblo de Ohio. Algunas iglesias evangélicas se reunieron y descubrieron que en su pueblo había 135.000 personas. Calcularon que probablemente había 50.000 que tenían la edad suficiente para ser salvos pero que no tenían a Cristo. Llevaron a cabo una campaña evangelística de seis semanas dirigida por uno de los evangelistas más capaces y más solicitados del país. La campaña contó con la cooperación más entusiasta de más de cincuenta iglesias, y el resultado fue que se alcanzó a unas 1.200 almas. Esto fue motivo de gran regocijo.

Pero ¿qué hicieron las iglesias por las otras 49.000 almas que todavía estaban fuera de Cristo? Nada. No habían escatimado ni trabajo ni gastos para dar a los perdidos de su ciudad la oportunidad de su vida de venir al evangelio y ser salvos, así que ¿qué más podían hacer?

Habían hecho todo lo posible para que las gavillas salieran de los campos para ser cosechadas, para que los peces llegaran a la orilla para ser capturados, para que los muertos volvieran a la vida. Y si 49.000 de ellos insistían en mantenerse alejados, la iglesia no podía hacer más. ¿No es así?

Cuando pensamos en la pesca, la mayoría de nosotros podemos imaginarnos a un hombre sentado junto al río en un tranquilo día de verano, apoyado en un árbol con el sombrero puesto sobre la cara, profundamente dormido. La cuerda está atada alrededor de su dedo gordo del pie y está esperando a que venga un pez. Tal vez esa sea una imagen más precisa de la práctica común de la iglesia cristiana. ¿Se supone que debemos esperar a que venga el pez y ser atrapados cuando el evangelista llega a la ciudad? Esa es la pregunta penetrante.

Aquí es donde entramos en el significado de echar nuestras redes, mi red y tu red. El evangelista no podía salir y codearse con toda la gente con la que se codeaban los habitantes de esa ciudad. El enfoque moderno, que es el enfoque sensato, es que el servicio cristiano y el testimonio cristiano sean una forma de vida, no un programa. Es un estilo de vida, no algo que planificamos una vez al año o

una vez cada tres años para hacer desde el centro del escenario. «Bogad mar adentro, y echad vuestras redes» (Lucas 5:4), dijo Jesús.

¿Qué pasa con tu red? ¿Cómo está funcionando? ¿Estás involucrado? ¿Estás interesado en involucrarte? Creo que la mayoría de nosotros estamos interesados. He realizado encuestas a cientos de personas, jóvenes y mayores. En algún momento, entre las cinco preguntas principales se encuentra esta: «¿Cómo puedo aprender a ser un testigo eficaz en la iglesia cristiana?». Una de las primeras cosas que podemos hacer es darnos cuenta de que cada uno de nosotros tiene una red.

Jesús dijo a sus discípulos: «Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis» (Juan 21:6). Debo señalar que, a efectos prácticos, existe una diferencia entre el servicio cristiano y el testimonio cristiano. El servicio cristiano significa involucrarse con las personas de manera humanitaria y ayudar a las personas necesitadas. El testimonio cristiano es lo que hacemos con nuestras lenguas y con nuestras vidas, en relación con Jesús, una vez que hemos llegado a las personas con el servicio. El propósito del servicio es llevarnos al testimonio. El servicio cristiano no es un sustituto del testimonio, pero puede ser

una forma fácil de escapar del testimonio. Esto se vuelve un poco más claro cuando vemos que ambos van juntos. Esto es echar la red a la derecha de la barca.

«Simón le respondió: Maestro, toda la noche hemos trabajado duro, y no hemos pescado nada» (Lucas 5:5). ¿De qué servía eso? ¿Qué sentido tenía trabajar toda la noche y no pescar nada? Lo mismo daba sentarse junto a un árbol con el sombrero sobre la cara y la cuerda atada alrededor del dedo gordo del pie. Al menos descansabas un poco y te relajabas en lugar de trabajar toda la noche y no pescar nada. ¿O acaso el trabajo tiene algún beneficio? ¿Vale la pena trabajar toda la noche y no pescar nada? ¿Y qué pasa con la persona que reprueba el examen y luego estudia como nunca antes y aprueba con honores la próxima vez? Cuando mi profesor principal, el Dr. Heppenstall, estaba en la universidad, se levantó un día para dar un discurso en la clase de oratoria, y a mitad de su discurso el profesor gritó desde el fondo de la sala: «Heppenstall, siéntate. Ese es el peor discurso que he escuchado en mi vida». Heppenstall se enojó tanto que se fue a trabajar y terminó dando el discurso de la clase al final del semestre.

¿Qué pasa con la persona que pierde la carrera y entrena más duro que nunca y gana la siguiente? ¿Qué pasa con la persona que se presenta al examen físico y no aprueba la prueba de la cinta de correr, y como resultado se involucra en un programa de ejercicios y se interesa por la aptitud física? No es del todo malo trabajar toda la noche y no llevarse nada porque puede motivarte a hacer algo mejor.

Estos discípulos trabajaron toda la noche y no consiguieron nada, y estaban desanimados. Tal vez ya lo habían experimentado antes y simplemente dijeron: «A veces se gana, a veces se pierde». Pero una cosa es cierta: no se sentían particularmente autosuficientes ni repletos de peces. Tal vez estaban abiertos a depender de alguien más. Jesús dijo: «Rema mar adentro y echad las redes para pescar».

Después de que ellos habían presentado su objeción, «Hemos trabajado toda la noche y no hemos pescado nada», alguien entró con la respuesta correcta: «Pero porque tú lo dices, echaré las redes». Recuerden que nosotros, como iglesia cristiana, hemos trabajado toda la noche y no hemos pescado nada, cuando consideramos las necesidades del mundo. He visto las estadísticas que

nos muestran que la población mundial sigue creciendo más rápido de lo que estamos llevando el evangelio a ellos. Eso incluye a todas las iglesias cristianas que trabajan juntas, no solo a la que está familiarizada con los tres ángeles.

He escuchado el contraargumento de que esto no es verdad. Algunos quieren decir que hemos tenido un éxito tremendo y que casi hemos terminado el trabajo. Otros dicen, esperen un minuto, seamos realistas. Hemos trabajado toda la noche y no hemos obtenido nada.

¿Cuál es el propósito del servicio y del testimonio? ¿Por qué nos dio Dios esta obra? Esa es una pregunta importante. ¿Ha pensado alguna vez por qué nos dio Dios el privilegio del servicio y del testimonio? ¿Por el bien de quién es?

Dios nos dio ese privilegio por nuestro bien. No es para que alguien más suba al escenario y haga el trabajo mientras nosotros aplaudimos su éxito.

Un predicador llegó a una iglesia en Buenos Aires, Argentina, que tenía 184 miembros. Dijo: «Nos pusimos a trabajar de inmediato y después de dos años de intensa organización y difusión, llegamos a unos seiscientos. Habíamos triplicado nuestro número. Nuestro sistema de

seguimiento era uno de los mejores. La denominación quedó tan impresionada que me invitaron», dijo el pastor, «a ser el orador principal en dos convenciones diferentes, a compartir mi sistema de seguimiento y a distribuir muestras de todos nuestros formularios. Sin embargo, en el fondo, sentía que algo no estaba bien. Las cosas parecían mantenerse altas mientras trabajaba dieciséis horas al día. Pero cuando me relajaba, todo se venía abajo. Eso me perturbó. Finalmente, decidí parar».

Añadió: «Le dije a mi junta directiva que debía irme por dos semanas a orar. Me dirigí al campo y me entregué a la meditación y la oración. El Espíritu Santo comenzó a quebrantarme. Lo primero que dijo fue: “Estás promoviendo el evangelio de la misma manera que Coca-Cola vende Coca-Cola, de la misma manera que Reader’s Digest vende libros y revistas. Estás usando todos los trucos humanos que aprendiste en la escuela. Pero ¿dónde está Mi mano en todo esto?”. No sabía qué decir. Entonces el Señor me dijo una segunda cosa: “No estás creciendo”, dijo. “Crees que lo estás haciendo porque has pasado de doscientos a seiscientos. No estás creciendo. Simplemente estás engordando”.

La persona que se encuentra engordando por falta de ejercicio enfrenta un tremendo desafío al aceptar lo que Jesús dijo a sus discípulos: «Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres». Aceptar el hecho de que hemos tendido a ser espectadores en lugar de participantes y que por esa razón nos hemos perdido oportunidades de crecimiento.

Este predicador de Buenos Aires continuó contando cómo comenzó a tratar de escuchar lo que significa echar la red en la palabra de Dios, en la palabra de Jesús. En lugar de pensar en planes y trucos humanos, comenzó a escuchar atentamente la voz de Dios y a seguir sus razones y sus planes, a «echar la red a la derecha de la barca».

Lo sorprendente de estas historias es que encontramos que el lado correcto era en realidad el lado equivocado. El libro «El Deseado de Todas las Gentes», sobre la vida de Cristo, sugiere que Jesús estaba en la orilla y los discípulos en las barcas cuando Él dijo: «Echad la red a la derecha», que habría sido el lado hacia Jesús. No es una mala idea echar la red en el lado donde está Jesús.

Después de no haber pescado nada en toda la noche, los discípulos supieron, cuando Jesús les dijo que echaran la red en el lado derecho, que ese no era el momento

adecuado para pescar. También sabían que el lado derecho, el lado que Jesús estaba indicando, en realidad era el lado equivocado para pescar. Esto sucede a menudo; el lado derecho es el lado equivocado, según la lógica y la razón humanas. Piense en todas las ocasiones en las Escrituras en las que Dios invitó a las personas a hacer cosas insensatas para cumplir su propósito, cosas extrañas que simplemente no tenían sentido.

Pero estos discípulos estaban abiertos a su Señor y Maestro, al menos en ese momento. Y Pedro dijo: «Porque Tú lo dices, echaré las redes».

Yo creo que echar la red por el lado correcto es seguir los planes de Dios, es arrodillarse y escuchar cuáles son sus planes, en lugar de nuestras propias estrategias. Echar la red por el lado correcto, en lo que respecta a la iglesia, significa darnos cuenta de que cada uno de nosotros tiene una red, y que el testimonio y el servicio tienen como fuente a personas que han estado allí.

¿Qué quiero decir con eso? Imagina que tu amigo de al lado vio un accidente en el centro de la ciudad y lo citan a declarar ante el tribunal para que preste testimonio sobre el accidente. Pero está enfermo ese día, así que escribe veintisiete puntos sobre el accidente y te los da para que

vayas y te presentes en el tribunal en su lugar. (Sé que esto no se puede hacer realmente). Vas al tribunal, el alguacil te toma juramento, un abogado te pregunta sobre el accidente y le das los veintisiete puntos. Pero no te das cuenta hasta que empieza a suceder que te van a hacer algunas preguntas sobre los puntos. Y cuando empiezan a hacer preguntas, lo único que puedes hacer es decir: «Ooh, oooh». ¿Por qué? Porque no estabas allí.

Entonces el abogado pregunta: «¿Es usted testigo?»

«No», responde usted. «El testigo está enfermo hoy y me ha enviado a mí con estos veintisiete puntos». Y le despiden del tribunal junto con los veintisiete puntos.

¿Ha oído hablar alguna vez de los veintisiete puntos? ¿Qué ha experimentado usted de estos veintisiete puntos? Experimentar estos veintisiete puntos, no sólo recitarlos, es echar la red en el lado correcto de la barca. Dar testimonio es algo personal. No se puede hablar de ello a menos que se haya estado allí. No se puede compartir con otra persona lo que uno mismo no ha experimentado. ¡Qué desafío para la iglesia cristiana y para cada miembro! Echar la red en el lado correcto de la barca, en lo que respecta a la iglesia de Cristo, es darse cuenta de que Él nos ha

llamado a dar testimonio de lo que hemos visto y experimentado. Todos estamos involucrados.

Jesús amplió la comisión cristiana, la comisión del evangelio, de un grupo pequeño a uno más grande, y a uno aún más grande. Primero, uno o dos que lo siguen. Luego, tres o cuatro, después los doce, los setenta, luego ciento veinte. Finalmente, después de la crucifixión, se reunió con quinientas personas en Galilea. Vinieron de diferentes lugares y por diferentes razones. Algunos dudaron y otros creyeron. Pero oyeron que Él los iba a encontrar allí.

Si lees acerca de la comisión evangélica en su totalidad, notarás que fue dada a toda persona que la escucha. Esto es lo que me ha alejado del miedo y la postergación. Cualquiera que sienta el llamado a echar su red a lo profundo tiene el apoyo y las credenciales, o lo que sea que la iglesia considere importante, porque la comisión evangélica es dada a todos. Entiendo que antes de que todo termine, incluso los niños pequeños se verán involucrados de maneras asombrosas.

Los discípulos echaron la red a lo profundo, por el lado derecho de la barca, y entonces entró en acción el factor éxito. El factor éxito entró en acción. La mayoría de

nosotros no podemos soportar el éxito. De hecho, leí una de las advertencias escritas a algunos de los líderes de nuestra iglesia hace mucho tiempo: el éxito destruye con más frecuencia que lo que no destruye, y que en nueve de cada diez casos, cualquiera que tenga cierto grado de éxito, incluso en la obra de Dios, se vuelve independiente y autosuficiente. Dios ya no puede usarlos. Esa es una realidad trágica, pero es la verdad.

Si tuviéramos que poner la ciudad patas arriba, queríamos estar seguros de que el mundo lo supiera. ¿No es así? Envíen las estadísticas a la sede mundial. Consigan una foto para que podamos anunciar quién fue el responsable. Si yo fuera capaz de resucitar a alguien de entre los muertos, por supuesto que querría que la gente supiera quién fue el que resucitó de entre los muertos y también quién hizo la resurrección. A la mayoría de nosotros no se nos puede confiar el poder de Dios; nos destruiría.

En ambos pasajes, vemos de repente barcos llenos de peces. Eso suena a éxito, pero los barcos comienzan a hundirse. ¿Qué es el barco? Es la iglesia. ¿Qué es la red? La red es el evangelio. La red trae los peces a la iglesia. Aquí podemos ver algo importante: comenzamos a hundirnos

en el momento en que comenzamos a mirar nuestros logros o las metas que hemos alcanzado, y dejamos a Dios a la distancia en algún lugar, esperando en las sombras.

En estas historias, un hombre se relacionó con la situación de la manera correcta. Cuando escuchó de su compatriota: «Es el Señor», se sumergió en el agua y nadó hacia Jesús. En una ocasión, dice, «cayó a las rodillas de Jesús y le dijo: ‘¡Apártate de mí, Señor, soy un hombre pecador!’» La imagen es algo así: está suplicando a Jesús que se vaya, pero al mismo tiempo se agarra con fuerza a los pies y tobillos de Jesús.

Isaías ve una imagen de Dios en lo alto y sublime, y su reacción es: «¡Ay de mí!, porque soy un hombre pecador y habito con el pueblo pecador. Somos inmundos. ¿Cómo podemos soportar estar en tu presencia?» Pero él se aferra. Esto sucede una y otra vez en la vida de las personas piadosas. Cuando se dan cuenta de que es el Señor, se sienten inquietos, pero se aferran. Entonces se dan cuenta de que Dios quiere que se aferren. ¿No te alegra que Él quiera que lo hagas?

Podemos decir con Pedro: «Apártate de mí. En tu presencia, en tu pureza, en tu poder, en tu demostración de lo que eres capaz de hacer, me siento como nada». Y

ese no es un mal lugar para estar. El lugar más alto que podemos alcanzar es postrarnos al pie de la cruz. Ese es el lugar más alto al que jamás llegarás. Y ahí es donde se encontraba Pedro ese día. Dijo: «Apártate de mí, Señor, porque soy un hombre pecador». Pero Jesús no se fue, aunque se fue. Envio a su Espíritu Santo para que estuviera con nosotros hasta este mismo momento.

La conclusión de la historia dice que trajeron sus barcas a tierra, las estacionaron allí y lo dejaron todo. Anteriormente en la historia, en la primera experiencia, los discípulos habían seguido a Jesús de vez en cuando. Tal vez volvían de vez en cuando a pescar por diversión o para descansar. Tal vez volvían a buscar algo de ropa y comida para la familia. Pero ahora, dice, «llevaron las barcas a tierra, dejándolo todo, y lo siguieron» (Lucas 5:10-11). Siempre que leas la frase «Sígueme» o leas sobre personas que siguen a Jesús, generalmente puedes ver en ella la atmósfera de testimonio, de servicio, de acercamiento a los demás.

Jesús dijo: «No tengas miedo; desde ahora serás pescador de hombres» (Lucas 5:10), de mujeres y de niños. No tengas miedo. ¿Alguna vez tienes miedo? Yo tengo miedo cuando tengo que levantarme y predicar. Soy

tímido hasta el cansancio. Soy vergonzoso. Si alguien pudiera predicar, ese serías tú, pero yo no. Estoy en el último lugar en cuanto a capacidad para predicar.

Estaba trabajando con un capellán que es un extrovertido nato, si es que alguna vez vi uno. Le dije que me daba asco. Hay extrovertidos genuinos, dije, y hay extrovertidos falsos. El extrovertido genuino obtiene energía de la multitud. Estaría exhausto si estuviera solo. El extrovertido falso se siente tenso por la multitud, y obtiene energía cuando está solo. ¿Adivina quién soy? Estoy tan celoso. Pero todos somos diferentes. Algunas de las personas que creemos que son las más extrovertidas son más tímidas de lo que creemos. Así que si tienes miedo, bienvenido al club.

Jesús dijo, en el contexto de la pesca, las redes y el encargo evangélico: «No temáis. Llevad mi yugo sobre vosotros». Llevar un yugo parece trabajo, pero, al final, dice: «Mi yugo es suave y mi carga ligera».

Traté de vender libros en las llanuras de Nebraska. Tuve que hacer chat un verano, cumpliendo con las cuatrocientas horas requeridas para los estudiantes ministeriales. Los lunes por la mañana eran lo peor. ¡Eran simplemente horribles! Lavaba mi auto, lustraba mis

zapatos, afilaba mis lápices y luego lavaba mi auto, lustraba mis zapatos y repetía toda la rutina una y otra vez. Los lunes por la mañana, tratando de comenzar a trabajar con las redes, ¿ha experimentado eso? Pero una vez que se mete en eso, una vez que se involucra, descubre que el yugo que pensaba que era todo trabajo duro se vuelve fácil, la carga se vuelve liviana y surge la emoción. ¿Alguna vez ha notado esto? Es verdad. Así es como funciona.

Os invito a pensar seriamente en el privilegio que tenemos de estar con los discípulos allá en el mar. Podemos orar para que Dios nos ayude a echar la red en el lado correcto de la barca.

CAPÍTULO 6: SUDOR SANTO

He investigado mucho y he realizado una investigación minuciosa para descubrir quién es la persona más miserable de la Tierra. ¿Te gustaría saber quién es? La persona más miserable de la Tierra es aquella cuya vida está más volcada en sí misma.

También me alegra saber quién es la persona más feliz. ¿Ya sabes la respuesta? Basado en un principio atemporal y universal, ni siquiera tienes que buscar en el Buen Libro para averiguarlo. Ann Landers habló de ello, y también lo hizo su hermana y muchas otras personas. La persona más feliz de la tierra es aquella cuya vida está más orientada a servir a los demás. Eso es lo que hace felices a los ángeles. Eso es lo que hace que el cielo sea el cielo.

Dios sabía lo que hacía cuando nos dio la oportunidad de ser miembros de la sociedad, de la raza humana, que pagamos nuestras cuotas. Cuando era pastor en Grand Terrace, California, uno de mis pastores asociados, Rich Dubose, dijo que quería organizar una feria de ministerios creativa, con globos y todo lo necesario.

Él dijo: «Me gustaría que usted predicara sobre ese tema».

«¿Qué tema es ése?», pregunté.

Él respondió: «Sudor santo».

«¡Perdón!», pregunté. «¿Qué es el sudor sagrado?»

Me entregó un libro y me dijo: «Aquí puedes leer sobre ello en este libro de Tim Hansel. El propósito del libro es descubrir nuestro alto llamado en Cristo y el esfuerzo que se requiere para llegar allí».

Cuando oí hablar por primera vez del sudor sagrado, pensé que tenía que ver con el antiguo sistema de sacrificios, cuando los sacerdotes pasaban todo el día con ofrendas quemadas y sacrificios, lo que probablemente producía mucho sudor sagrado. También pensé que era una palabra secular que se usa en nuestras conversaciones cotidianas, algo así como transpiración.

Luego introduje la palabra sudor en mi computadora usando un programa bíblico y descubrí que solo tres textos en la Biblia mencionan esta palabra. La palabra «santo» aparece 584 veces en la Nueva Versión Internacional. (Estoy seguro de que está emocionado con esta información). La primera vez que la Biblia menciona la

palabra sudor es en Génesis 3:19, donde Adán estaba saliendo del Jardín y se pronunció su sentencia: «Con el sudor de tu frente comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres y al polvo volverás». Adán debía vivir del sudor de su frente desde ese momento en adelante. Y así lo hemos hecho desde entonces.

El segundo lugar donde se menciona el sudor se encuentra en Ezequiel 44:17-19, que nos dice que los levitas y los sacerdotes no debían usar prendas que les hicieran sudar.

El tercer ejemplo se encuentra en Lucas 22:44, donde se describe a un hombre abrazado al suelo en el Jardín mientras sus seguidores duermen. Había venido a hacer algo con respecto al sudor que nos llega como resultado de haber nacido en el planeta equivocado. Dice: «Y estando en agonía, oraba más intensamente; y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra».

Este hombre no es un moderado. Ha venido a darlo todo y a vivir la vida al máximo como sólo Dios puede hacerlo, pero también a vivir como hombre y a descubrir

cómo es estar aquí. Luego nos da la oportunidad de participar en la transpiración.

El objetivo de Dios para cada uno de nosotros es hacer todo lo posible para involucrarnos, o posiblemente involucrarnos más, en la obra del evangelio.

La Biblia sigue recordándonos que somos testigos de Dios. La palabra aparece repetidamente (sesenta y cuatro veces para «testigo» y cincuenta para «testigos», más información interesante).

Puede que a algunos de nosotros nos dé frío porque tenemos en la mente este estereotipo de lo que es el testimonio. Pensamos en él como alguien que va por la calle y llama a las puertas de personas a las que nunca ha visto antes, con la esperanza de que nadie le responda. La alternativa, una forma más fácil a la que muchos de nosotros hemos estado expuestos, y que es una maravillosa vía de escape, es enrollar papeles para convertirlos en bombas evangélicas y arrojarlos anónimamente por los caminos rurales. Entonces lees *The Gospel Blimp*, esa sátira sobre el típico estereotipo cristiano del testimonio, y te das cuenta de lo cómico que es en realidad.

Posteriormente, comienzas a analizar por qué un cristiano da testimonio de todos modos. ¿Por qué dijo Jesús: «Sígueme y los haré pescadores de hombres»? ¿Qué tenía en mente? ¿Cuál es el propósito? ¿Se supone que la vida cristiana es más fácil o más difícil? Si lo analizas, verás que las Escrituras se muestran muy dispares en este punto. En un lugar, Jesús dice: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame» (Mateo 16:24). Tomar la cruz suena a trabajo duro. En otro lugar, dice: «Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os haré descansar» (Mateo 11:28). Eso suena a lo contrario. Luego lees en los escritos de Pablo: «Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor» (Filipenses 2:12). Esforzaos, amonesta. Luego el mismo autor dice: «Al que no trabaja, sino cree en Dios, que justifica al impío, su fe le es contada por justicia» (Romanos 4:5). En Hebreos 4 dice que Dios nos invita a descansar. «Esforcémonos, pues, por entrar en ese reposo» (Hebreos 4:11). ¿Cómo se hace para entrar en ese reposo? ¿Alguna vez se ha esforzado por descansar?

¿En qué consiste el trabajo? ¿Y de dónde viene el sudor?

Para empezar, me gustaría recordarles algo que he enfatizado a lo largo de mi ministerio: el sudor no gana el camino al cielo. No significa pagar por privilegios o penitencia. El sudor tampoco implica tratar de vencer al pecado y al diablo. El pago inicial en lo que respecta a los asuntos de la justicia y el pecado ya está cubierto, al igual que los pagos mensuales. Jesús lo pagó todo. No solo al comienzo de la vida cristiana, sino en cada paso del camino. Todo es obra suya cuando se trata del pecado y la justicia. Esta es una idea revolucionaria para muchos de nosotros que hemos pensado que tenemos que trabajar duro para vivir una vida cristiana.

Hay trabajo, y me gustaría negar la acusación que algunos han hecho contra nosotros, de que somos quietistas, una cepa cuáquera de antaño que no creía en hacer nada, porque Dios lo hace todo, así que simplemente se sentaban junto al fuego y se mecían en una mecedora. Tal vez eso sea ir demasiado lejos, ni siquiera te meces, simplemente te sientas allí. No ores si no tienes ganas. No comas un bocado a menos que tengas ganas. No te involucres en el servicio si no tienes ganas. Aquí es donde nos salimos del camino porque hay trabajo en la vida cristiana. Hay sudor involucrado. Este fue el punto de Tim Hansel en su libro *Holy Sweat*.

Aquí está el minicurso de la gran experiencia de la justificación por la fe. Texto número uno: Juan 15:5: «Separados de mí nada podéis hacer». Texto número dos: Filipenses 4:13: «Todo lo podemos en Cristo». Si ponemos los dos juntos, ahí es donde entra el trabajo. Si sin Él no puedo hacer nada, pero con Él puedo hacer todas las cosas, entonces el esfuerzo y el trabajo que implica es estar con Él. ¿Eso requiere esfuerzo? Si no has pasado mucho tiempo tratando de estar con Él o respondiendo a Su invitación de estar con Él, tal vez no te des cuenta de que sí hay esfuerzo involucrado. Creo que la vida cristiana requiere cada gramo de determinación, coraje, fuerza de voluntad, agallas y esfuerzo que poseemos hacia lo que Dios nos ha invitado a hacer y lo que Él no puede hacer por nosotros, la relación. La relación se basa en tres cosas. Las primeras dos son pasar tiempo con Dios de rodillas, día a día, leer Su Palabra y comunicarnos con Él en oración. El tercero, el servicio cristiano, el testimonio, la evangelización, el arremangarnos y el involucrarnos en la raza humana, es igualmente importante, y si no tenemos el tercero, los dos primeros se echarán a perder. Como mencioné antes, es una sorpresa para muchas personas descubrir que Dios nos dio el servicio y el testimonio para nuestro bien. De hecho, sea cual sea la necesidad que haya

de que participemos en la obra de Dios, Él la ha dispuesto deliberadamente para nuestro propio bien.

¿Podemos tener algo que ver con que alguien se salve? Sí. ¿Podemos tener algo que ver con que alguien se pierda? Sí. Pero el que se perderá si no me involucro en el servicio y la divulgación es... ¿adivinen quién? Yo mismo.

Me gustaría invitarlos a que busquen un capítulo del libro «El Deseado de Todas las Gentes». Es el capítulo 70, titulado «Los más pequeños de estos mis hermanos». Este capítulo tiene más información y conocimiento por centímetro cuadrado de letra que casi todo lo que hay por ahí, y tiene que ver con toda esta idea del servicio. El título se basa en el versículo: «»Les aseguro que en cuanto lo hicieron con uno de estos hermanos míos más pequeños, conmigo lo hicieron» (Mateo 25:40). Por favor, léanlo con atención.

En el proceso de involucrarnos en el servicio y la evangelización, descubrimos lo que significa tomar el yugo de Jesús sobre nosotros y aprender más acerca de Él. Y Jesús promete que si lo hacemos, descubriremos que Su yugo es suave y Su carga ligera. ¿Significa eso que no hay trabajo involucrado en la testificación, el servicio y la evangelización? No, hay mucho sudor involucrado. Pero

descubrirás que es un trabajo más duro no involucrarse. La persona que no se involucra es la que se centra en sí misma y se vuelve miserable. Siempre funciona así. Dios conoce el principio eterno: Al ayudar a los demás, nos ayudamos más a nosotros mismos.

He tenido un pequeño problema diferenciando entre servicio y testimonio. Mientras era pastor en el sur de California, entablamos una discusión en una de nuestras reuniones de mitad de semana; y en el intento de tratar de deshacernos de esa terrible palabra testimonio, tiramos al bebé junto con el agua de la bañera. Parece que la palabra servicio tiene más que ver con lo que hacemos y la palabra testimonio tiene que ver con quiénes somos y lo que decimos. Nuestro propósito al involucrarnos en el servicio, en obras de misericordia, es que podamos ser efectivos en el testimonio verbal, en dar testimonio de Jesús y Su amor. No todas las personas se van a encontrar en la misma situación en lo que se refiere al método de servicio y al método de testimonio. Es por eso que nos encanta animar a las personas a encontrar sus propias formas creativas de involucrarse más. Nuestro propósito al servir a los demás es que luego estén abiertos a escuchar las buenas noticias que tenemos para compartir acerca del maravilloso Amigo que encontramos en Jesús.

¿Cuánto tiempo ha pasado desde que te emocionaste con la idea de la justificación? La justificación significa estar ante Dios, por causa de Jesús, como si nunca hubiéramos pecado. ¿Crees eso? ¿Puedes aceptar la buena noticia de que, por causa de Jesús, estás ante Dios como si nunca hubieras pecado? Eso está disponible para ti ahora mismo. ¿Vale la pena contárselo a alguien, compartir el maravilloso Amigo que tenemos en Jesús?

Muchas personas no podrán oír porque tienen demasiada hambre. Muchas personas no podrán oír porque se sienten solas, o porque tienen frío, o porque no tienen hogar, o porque están sufriendo. Aquí es donde tenemos la oportunidad de combinar el servicio y el testimonio. Así, en lugar de que uno se convierta en un escape para el otro, tenemos una combinación que Dios tenía en mente desde el principio.

Existen diferentes métodos de servicio y testimonio. Pablo describe la idea en Romanos 12:4-7: (Así como cada uno de nosotros tiene un solo cuerpo con muchos miembros, pero estos miembros no tienen todos la misma función, así también en Cristo nosotros, que somos muchos, formamos un solo cuerpo, y cada miembro pertenece a todos los demás. Tenemos diferentes dones,

según la gracia que nos es dada. Si el don de alguien es profetizar, úselo conforme a su fe. Todos pueden hacer algo.)

Una cosa que sabemos sobre el testimonio y el servicio cristiano es que no es algo opcional en la vida cristiana. No es algo que tomamos o dejamos. Es una necesidad absoluta. Pero la necesidad se convierte en privilegio cuando nos damos cuenta de con quién estamos trabajando. Eso es lo que nos quita todo el esfuerzo.

Una noche, mi hermano trató de caminar de Riverside a Los Ángeles en medio de la niebla porque estaba enamorado. Hizo un gran esfuerzo esa noche, pero hubiera sido peor para él quedarse en casa con los pies sobre el escritorio leyendo un libro. Eso hubiera sido un trabajo más duro. Esa noche descubrió que su yugo era suave y su carga liviana porque estaba enamorado. ¿No es esto posible con respecto a lo que Jesús ha hecho por nosotros? Ya sea que lo llamemos deber o privilegio, el servicio cristiano y el testimonio no son opcionales en la vida cristiana. Si los dejamos de lado, nuestras oraciones se agriarán, nuestro interés en la Biblia se deteriorará y terminaremos concentrándonos en nosotros mismos y volviéndonos miserables.

Aquí hay un poema con el que algunos de nosotros nos iniciamos. Hay una historia que he estado escuchando, con una lección que es muy alentadora, y estoy seguro de que a ti también te gustaría aprenderla.

Bueno, un hombre estaba comiendo pastel, y debe haber sido bastante sabroso cuando pensó en algo que le gustaría hacer.

Estaba sentado a la mesa, comiendo todo lo que podía, cuando vio una pequeña hormiga en el suelo.

Colocó la hormiga sobre el pastel, que le pareció muy sabroso, y se sorprendió al ver que la hormiga no quería comer más. En cambio, la hormiga dejó la mesa y corrió tan rápido como pudo. Bajó por las piernas y corrió por el suelo.

Entonces, el hombre inspeccionó atentamente y siguió las instrucciones, mientras veía a la hormiga atravesar la puerta abierta.

En la calle, la hormiga encontró a otros, no sé si amigos o hermanos, pero lo que dijo pareció emocionarlos a todos. Ninguna lo acusó, todas las hormigas con gran entusiasmo vinieron y lo siguieron en respuesta a su llamado.

Volvieron a la mesa, donde comieron todo lo que pudieron, mientras el hombre permanecía allí inspirado por lo que había visto cuando pensó en todos sus vecinos.

Y cuán circunscritos eran sus trabajos, Le avergonzaba ser tan egoísta y tan mezquino.

Creemos en la historia del evangelio y anhelamos la gloria del cielo. Que el mundo vea que nuestra esperanza es real. Y el mensaje se difundirá con más dulzura y nuestros pies serán mucho más veloces cuando recibamos el celo evangelizador de las hormigas. (Adlai Albert Esteb)

«Ve a la hormiga, oh perezoso, y observa sus caminos, y sé sabio» (Proverbios 6:6).

CAPÍTULO 7: ORACIÓN INTERCESORA

Una mujer se acercó a su pastor y le preguntó si podía orar por la salvación de su marido. Él le dijo: «Haré un trato contigo: yo oraré una hora al día por tu marido si tú oras una hora al día por tu marido». Ella pensó un momento y luego dijo: «Bueno, no importa».

¿Qué haría usted con ese tipo de acuerdo? ¿Podría hacerlo? ¿Lo haría? ¿O es pedir demasiado?

¿Cuál es el papel de la intercesión en favor de otras personas cuando se trata de la oración y la vida de oración? La Biblia tiene algunos ejemplos muy fuertes de intercesión. Moisés fue probablemente uno de los más grandes. El Señor, a través del profeta Isaías, lamentó el hecho de que no había nadie que intercediera: «Viendo que no había nadie, se asombró de que no hubiera nadie que intercediera» (Isaías 59:16). No había ningún intercesor. Cuando pensamos en la intercesión, por supuesto, pensamos en Jesús. Isaías 53:12 deja claro que Jesús fue un gran intercesor: «Por tanto, yo le daré parte entre los grandes, y con los fuertes repartirá despojos, por cuanto derramó su vida hasta la muerte, y fue contado con los transgresores. Porque él llevó el pecado de muchos, y oró

por los transgresores». Y en Romanos 8:26, se nos dice que el Espíritu Santo es nuestro intercesor: «De la misma manera, el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad. No sabemos qué pedir como conviene, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles». También note la buena noticia en Hebreos 7:25: «Por lo cual puede salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos». Nunca hay un momento en que cese la intercesión de Jesús por los seres creados. Esa es una buena noticia para algunos de nosotros que pensamos durante mucho tiempo que habría un período en el que nos quedaríamos sin un intercesor.

Dios nos da el privilegio de involucrarnos en la oración intercesora, de convertirnos en intercesores ante Jesús. Tal vez necesitemos analizar varias razones para ello. Todos conocemos la invitación que Jesús hizo en Mateo 11:28-29: «Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas.» Venimos a Él y encontramos descanso. Esto significa que todo aquel que no encuentre descanso en la vida cristiana no debe venir a Jesús, porque Jesús no tenía la intención de que la vida cristiana fuera un yugo pesado.

Sin embargo, en medio de este pasaje, en el versículo 29, Él dice: «Tomen sobre ustedes mi yugo y aprendan de mí». Esto es muy interesante porque cuando se nos invita a tomar Su yugo sobre nosotros, esto significa que nos unimos a Él. Ese no debería ser un yugo pesado; más bien debería ser un privilegio. ¿No crees que tienes suficiente fuerza para unirte? Bueno, entonces, simplemente confía en Su fuerza. Deja que Él te arrastre dentro del yugo. ¿Cómo podrías pedir un mejor compañero en el yugo que Jesús?

Pero también dice que la razón para unirnos a Él es aprender de Él, conocerlo mejor, saber más acerca de Él. Ésta es, en realidad, la manera en que crecemos en nuestra vida cristiana. Nuestra vida personal y privada con Dios no llegará a ninguna parte a menos que nos unamos a Jesús en el servicio. Estoy convencido de que en nueve de cada diez casos, la razón por la que la vida cristiana se echa a perder y perdemos el amor que una vez tuvimos es que no nos involucramos en el servicio ni nos acercamos a Cristo en el testimonio. No nos unimos a Él. Ésta es la manera en que aprendemos acerca de Él.

Así que, en lo que se refiere a Dios, la razón principal por la que nos involucramos en el servicio, en el testimonio,

en la oración, en la intercesión, en ser parte de su intercesión, es para nuestro bien. Pero esa no es nuestra razón para involucrarnos, o sonaría como una razón egoísta. Nuestra razón para involucrarnos es que si tenemos algo real, una vida genuina con Dios, no querríamos quedarnos callados; tendremos algo que compartir. El deseo de compartir surgirá espontáneamente. No tenemos que averiguar cuál es nuestro motivo, pero sí conocemos el motivo de Dios. Cualquier necesidad que haya para invitarnos a involucrarnos en la obra del evangelio es para nuestro bien.

Por otra parte, ¿qué no se logra con la intercesión? También debemos tener esto claro para que seamos libres de involucrarnos con Él en Su yugo.

Nuestro testimonio del evangelio nunca determina el destino de nadie. Ya lo he dicho antes y lo voy a decir de nuevo, esta vez sin todos los textos que lo prueban. Dicho de manera sencilla, ni usted ni yo seremos responsables de que alguien se salve o se pierda, ni los miembros de la iglesia, ni nuestros hijos, ni nuestra familia, ni nadie. Si Dios no es lo suficientemente grande como para darles a todos una oportunidad adecuada en cuanto a la vida eterna, no es lo suficientemente grande como para ser Dios. No

somos los únicos que participamos en el servicio, en absoluto. En algunas de nuestras grandes reuniones, a veces damos la impresión de que lo somos, pero somos solo una gota en el océano.

Todos los recursos celestiales están dirigidos a dar a cada persona nacida en este mundo una oportunidad adecuada para la vida eterna. Esto se basa en dos premisas. Número uno: Dios es amor. Número dos: Dios es responsable de la vida. Por lo tanto, Él no sería un Dios de amor si no diera a cada persona una oportunidad adecuada para algo mejor, independientemente de lo que los demás hagan o dejen de hacer en el proceso.

Esto es algo completamente nuevo para muchas de nuestras subculturas adventistas, y no es inherente a nuestra mentalidad, ya que hemos pasado años tratando de hacer que las personas se sientan culpables por no salvar las vidas de otras personas y de llegar a la conclusión de que otros se perderán si no les damos testimonio. Yo no creo eso en absoluto. Esto me quita la presión y me libera para dar testimonio con total paz, porque si no voy a hacer que nadie se pierda por mis errores, puedo involucrarme en la testificación. No tengo que pagar un dólar para que lo hagan los profesionales. Puedo hacerlo

yo mismo, relajarme y disfrutar. Este es un concepto que nos ha pasado desapercibido durante mucho tiempo.

Hemos matado testigos al intentar que la gente testifique sobre la culpabilidad. Así es como lo hemos hecho, y hemos hecho un trabajo tan bueno al matar el testimonio que apenas el 5 por ciento de los miembros de la iglesia participan en algún tipo de servicio o testimonio organizado.

Sin embargo, nuestra participación, nuestras oraciones, nuestro compartir y nuestra labor de acercamiento aquí y en el extranjero pueden tener un efecto ahora mismo en términos de ayudar a que alguien conozca el evangelio más pronto, o traer paz a los corazones atribulados que temen al diablo, o traer esperanza a los paganos y a los ignorantes. Podemos marcar una diferencia.

Otra cosa alentadora es que podemos participar en la decisión de alguien sobre su destino eterno. Podemos tener la alegría de encontrarnos con esa persona algún día en el país celestial y darnos cuenta de que hemos participado en la decisión que tomó. También podemos participar en liberar a Dios para que haga lo que a Él le

gustaría hacer, las cosas que no hará ni puede hacer si no nos involucramos.

Para entender lo que nuestras oraciones lograrán y marcarán una diferencia, necesitamos imaginar la escena del tribunal celestial. Jesús habló de ello. Los apóstoles hablaron de ello. La escena del tribunal incluye al juez, al jurado, al abogado y a la defensa, todo está allí. Zacarías 3:1-2 habla del acusador que estaba listo para acusar a Josué, el sumo sacerdote. Apocalipsis 12:10 habla del acusador de los hermanos que fue arrojado por la cruz de Jesús. Sabemos quién es el acusador, y su nombre está escrito con S mayúscula. También conocemos al Juez. Dios ha encomendado todo el juicio al Hijo. En 2 Timoteo 4:8, Pablo dijo en su famoso discurso: «Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me entregará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida».

También sabemos quién es nuestro Abogado. Curiosamente, Jesús no es sólo nuestro Juez, sino también nuestro Abogado. Él dice por medio del apóstol Juan en 1 Juan 2:1: «Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis. Pero si alguno peca, tenemos a quien intercede ante el Padre por nosotros, a Jesucristo el Justo». La Biblia

está llena de lenguaje de tribunales. Esto nos da una pista de por qué Dios puede hacer cosas cuando oramos que no puede hacer si no oramos.

Basta con mirar la historia de nuestra propia jurisprudencia, que nos dice que cualquier juez o abogado que acepte un caso que no le ha sido presentado en apelación está sobrepasando sus límites, especialmente cuando se tiene un fiscal dispuesto a gritar «juicio nulo» o «no es justo». Y el enemigo, el diablo, es cruel en este aspecto.

Sabemos que cuando toda esta escena termine, al final de los mil años en el cielo, cuando todos los que han vivido o muerto se reúnan por primera y última vez, toda rodilla se doblará y toda lengua confesará que Jesucristo es el Señor y que Dios ha sido justo. Esto incluye al diablo. Dios ha hecho lo imposible durante siglos para asegurarse de que el diablo no tenga cargos contra Él en este gran conflicto. Cuando la repetición del video en esas pantallas gigantes de trescientos sesenta grados sobre el trono de Dios finalmente termine y todos los que han estado fascinados con la versión cinematográfica de todo el gran conflicto vean el principio y el final, entendemos que el mismo diablo caerá de rodillas y admitirá que Dios es justo

y equitativo y que Dios nunca se ha excedido. Esta será una escena impresionante.

Según las Escrituras, entonces, podemos apelar nuestro caso ante Él. Tal vez esta sea la razón por la que Jesús mismo tenía la costumbre de orar en voz alta. He estado observando eso últimamente. Cuando Jesús estaba orando en voz alta, los discípulos vinieron y lo encontraron tan absorto en su oración en voz alta que ni siquiera los notó. Ellos escucharon mientras Él oraba en voz alta y Su Padre escuchó. No solo eso, el enemigo también escuchó. Cuando oras en voz alta, parece que el enemigo puede escuchar cosas que no escucharía si oras solo en tu mente. Dios puede decir: «Escucha eso. ¿Escuchaste eso? Este caso fue apelado ante Mí. Este caso fue llevado ante la corte celestial». El fiscal tiene que dar marcha atrás y decir: «Sí, lo fue».

En este sistema judicial celestial, no sólo es posible que yo apele mi caso, sino que también puedo apelar el caso de otra persona que no esté apelando su propio caso. ¡Muy interesante! Significa que podemos unirnos a Dios en el ministerio de intercesión y marcar la diferencia en que Él pueda hacer cosas en momentos en que oramos que no puede hacer si no oramos.

Una cosa está muy clara: Dios se ha comprometido a proceder con Su voluntad tan rápido y durante tanto tiempo como nos unamos a Él para liberarlo para que haga lo que Él realmente quiere hacer, apelando caso tras caso ante la sesión del tribunal celestial.

Con esto en mente, veamos una parábola que se encuentra en Lucas, donde tenemos un ejemplo clásico de intercesión.

Él les dijo: «Supongamos que uno de ustedes tiene un amigo, y va a él a medianoche y le dice: “Amigo, préstame tres panes, porque un amigo mío ha venido a mi casa de viaje y no tengo qué ofrecerle.

«El que estaba dentro le contestó: “No me molestes. La puerta ya está cerrada y mis hijos están acostados conmigo. No puedo levantarme a darte nada”. Os aseguro que, aunque no se levante a dárselo por ser su amigo, al menos por su valentía se levantará y le dará todo lo que necesite» (Lucas 11:5-8).

Luego sigue la famosa afirmación de Jesús: «Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá» (Lc 11, 9).

Observemos que el amigo necesitado no se encuentra en una situación que ponga en peligro su vida. Puede

conseguir pan mañana, no va a morir esta noche. Así que lo que aquí se trata no es el destino eterno, sino más bien la comodidad y las necesidades de un amigo. Vemos también que el que necesita pan y descubre que el 7-Eleven ya ha vendido, no puede hacer nada para satisfacer las necesidades del amigo que ha acudido a él.

¿Qué razón tiene el personaje del cuento para atreverse a pedirle ayuda a un amigo? Recuerda que su otro amigo tiene mucho y va a pedirle un favor, no para sí mismo sino para otra persona. Este acto noble va mucho más allá de decir «Papá Noel, por favor, dame un camión de bomberos nuevo para Navidad». Es más bien algo como «Aquí hay una persona que necesita ayuda y voy a conseguirla». Cuando pides ayuda sin un motivo egoísta, sino más bien para ayudar a otra persona, puedes atreverte a pedir ayuda.

Mi hermano y su familia vinieron a visitarnos mientras vivíamos en Colorado. Una noche vieron a mi hijo demostrar cómo había aprendido a poner la cabeza en una silla y los talones en otra y acostarse derecho. A mi hermano no se le ocurrió que su sobrino debía ser más listo que él, así que lloró para hacer lo mismo. En el proceso, se lastimó el cuello.

Al día siguiente, mi hermano estaba sufriendo mucho. Un miembro de nuestra iglesia era médico ortopedista, así que llevé a mi hermano a verlo. El médico era mi amigo y, de hecho, me había llevado en canoa por el río y me había arrojado de la canoa al agua. Realmente me debía una. Pero estaba tan ocupado que no tenía tiempo para ver a ningún paciente nuevo. Sin embargo, me sentí lo suficientemente valiente como para ir a verlo, porque no estaba pidiendo mi propio cuello, estaba pidiendo el cuello de mi hermano, y él se tomó el tiempo.

La segunda cosa, según la historia bíblica, que hizo que la persona se atreviera a preguntar fue que sabía que su amigo tenía lo que necesitaba. Y mi amigo médico tenía lo que necesitaba. Me llevó a su consultorio entre pacientes y me dijo: «Mira, aquí tienes esta máquina que contraerá los músculos de tu hermano, su cuello y sus hombros. Puedes hacerla funcionar. Yo la encenderé y tú la harás funcionar». Me pusieron a cargo de hacer funcionar la máquina y observar cómo se contraían los músculos de mi hermano. Llegó a ser divertido porque era una oportunidad de vengarme de mi hermano por algunas cuentas pasadas. Vi que el dial solo estaba en tres, así que lo subí hasta nueve. Cuando llegué cerca de la base de su cráneo, dijo: «Oh,

sigue adelante. Acabo de recibir un montón de nuevas ideas para sermones».

Mi amigo estaba dispuesto a ayudarme porque era mi amigo. Cuando la persona de la historia bíblica acude a su amigo para pedirle ayuda, ya tiene una relación establecida. Esta es la teología de las relaciones.

He aquí la tercera razón por la que puedes permitirte ser valiente con tu amigo. La Escritura la presenta de una manera bastante interesante: «Os digo que aunque no se levante a dárselo por ser su amigo, no lo hará» (Lucas 11:8). Como eran amigos, dijo: «No, no te puedo ayudar ahora». Sólo los amigos pueden hablar de esa manera. Si fueras a ver al pastor a medianoche y le dijeras: «Mira, necesito ayuda para alguien que ha venido de visita», y el pastor no te conociera muy bien, probablemente trataría de mostrarse lo mejor posible y desempeñar el papel adecuado. Pero si eres su amigo, puede decirte: «¡Vete! No te voy a ayudar ahora mismo».

Pero el hombre de la historia perseveró y fue valiente porque eran amigos. Después de todo, estaba pidiendo ayuda a otra persona y porque sabía que esa persona tenía el tipo de ayuda que necesitaban. Se mantuvo firme. Esta

es una poderosa ilustración, en el propio lenguaje de Jesús, de lo que significa defender la intercesión de otra persona.

Nuevamente, no estamos hablando de la vida eterna. Hay muchas cosas de este lado de la vida eterna por las cuales nuestras oraciones pueden hacer una diferencia. Se podrían enumerar todo tipo de necesidades por las cuales Dios está libre de actuar debido a nuestra intercesión, de una manera que Él no estaría libre de actuar si no lo hiciéramos. El gran conflicto está siendo conducido por un Dios omnisciente que está determinado a que nadie jamás grite: «Juicio nulo». ¡Qué privilegio tan maravilloso es estar involucrado con Dios en la intercesión!

CAPÍTULO 8: EL MENOR DE ESTOS

Una vez, tras regresar de un largo viaje, me preguntaba qué tema hablar en el servicio religioso. Habíamos planeado una serie sobre la oración, y después de repasar todas las oraciones de la Biblia, descubrí, para mi sorpresa, que solo hay unas pocas oraciones grupales. Todas las demás se centran en personas que oran por algo o alguien.

Me interesé en estudiar Hechos 4 sobre la oración en grupo, donde oraban por los discípulos, pero lo pensé mejor. Luego consideré 2 Crónicas 20 sobre Josafat y el llamado a la oración con su grupo. Consideré hablar del rico insensato, pero lo vencí. También consideré hablar de Pedro, de quien Jesús dijo: «He orado por ti».

Cuando llegué a mi oficina esa semana y miré mi escritorio, encontré una carta. Esta carta me conmovió profundamente y se convirtió en la base de lo que hablé esa mañana de sábado. Decía:

Estimado Pastor Venden: Estuve presente en la clase de jóvenes adultos el sábado, pero no pude concentrarme. La situación en casa es muy difícil. Sabía que no tenía

dinero para comprar comida esta semana. Los niños volvían a la escuela y no sabía cómo alimentarlos. Miré alrededor del salón de la Escuela Sabática y vi muchas bolsas de supermercado, como si alguien acabara de llegar de Stater Brothers [tienda de comestibles]. Al ver las cajas de Cheerios, pensé: «Si tan solo pudiera comer una, podríamos desayunar hasta el día de pago». Al final del segundo servicio, fui a preguntar para quién era esa comida, y me dijeron que Azure Hills [iglesia] tiene un banco de alimentos. Me pregunté qué sería. Me enviaron a otro lugar para preguntarle a alguien de allí. Me hicieron llenar una tarjeta y luego me dieron una lista de compras para completar.

Me temblaba la mano y tenía ganas de gritar y llorar a la vez. Pero decidí hacerlo más tarde. Regresamos a casa con una carga que nos sostendría por mucho tiempo. Mis hijos estaban muy emocionados porque saben lo difícil que ha sido la situación últimamente. Pusimos la comida en la mesa y todos nos arrodillamos junto a ella y dimos gracias a Dios que dijo: «No te dejaré ni te abandonaré».

Entonces todos gritamos y lloramos. Nuestra situación mejorará, si Dios quiere, en un par de años. Pero nunca olvidaré el sábado 27 de agosto de 1995, cuando los cielos

se abrieron y la comida llegó a nuestra casa gracias a los ángeles de mi iglesia.

Quienes sean estas personas, por favor, denles las gracias de nuestra parte. Agradézcanles por tomarse el tiempo para pensar en alguien que está pasando por momentos difíciles. Agradézcanles por compartir las bendiciones que han recibido de Dios. Agradézcanles por nuestros hijos, que disfrutaron de la cena del Sabbath con sopa de ramen. Papá Noel no podría haberles traído la misma alegría. En realidad, no importa quién sea. Pero cuando Jesús venga, sé que mirará los rostros de quienes se ofrecieron como voluntarios y donaron dinero. Y dirá: «Gracias por cuidar de uno de estos mis hermanos más pequeños».

Las cosas no siempre fueron así en casa. A veces, las cosas cambian sin previo aviso. Hoy nos tocó a nosotros. Mañana, si Dios quiere, cuando nos recuperemos, podremos ayudar a alguien más. Gracias.

-Miembro de la Iglesia Azure Hills durante diez años.

Decidí usar todo mi dinero para el fondo de construcción y donarlo al banco de alimentos. Pero luego también obtuve la victoria. No estoy aquí intentando promover un evangelio social en el que descuidamos la

devoción y la relación con Jesús y las reemplazamos por ayudar a los menos afortunados. No me interesa el evangelio social que ha llevado a la gente a convertirlo en el plan principal para convertirse en cristianos. Pero Jesús dijo algo al respecto en Mateo 25:31-40:

«Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los ángeles con él, se sentará en su trono en la gloria celestial. Todas las naciones se reunirán ante él, y él separará a los pueblos como un pastor separa las ovejas de los cabritos. Pondrá las ovejas a su derecha y los cabritos a su izquierda.»

Entonces el Rey dirá a los de su derecha: «Vengan, benditos de mi Padre; tomen posesión del reino preparado para ustedes desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me dieron de comer, tuve sed y me dieron de beber, estuve desamparado y me invitaron a entrar, estuve desnudo y me vistieron, estuve enfermo y me cuidaron, estuve en la cárcel y vinieron a visitarme».

«Entonces los justos le responderán: "Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos, o sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos forastero y te hospedamos, o desnudo y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a visitarte?"

«El Rey les responderá: “Les aseguro que en cuanto lo hicieron con uno de estos hermanos míos más pequeños, conmigo lo hicieron”. «

¿Cuánto tiempo ha pasado desde que te sacaron de tu pequeño círculo de comodidad y te diste cuenta de que alguien estaría realmente feliz por una caja de Cheerios? Supongo que había olvidado que pedía prestadas monedas de las alcancías de nuestros hijos cuando eran pequeños para poder comprar otro litro de leche. Pero la carta me trajo esos recuerdos. Quizás Conrad Hilton tenía razón en su autobiografía cuando dijo que necesitaba recordar cómo era ser pobre veinte años antes de pagar en efectivo el hotel Waldorf Astoria. La mayoría de las personas, incluso las más ricas, han pasado por momentos interesantes de necesidad, y Jesús abordó esto.

Un interesante comentario sobre esta escritura aparece en «El Deseado de Todas las Gentes», el libro clásico sobre la vida de Cristo. Comienza con una premisa bastante impactante. De hecho, si solo leemos eso, podríamos cuestionarlo.

Cristo, en el Monte de los Olivos, describió a sus discípulos la escena del gran día del juicio. Y representó que su decisión giraría en torno a un solo punto. Cuando

las naciones se reúnan ante él, solo habrá dos clases, y su destino eterno estará determinado por lo que hayan hecho o dejado de hacer por él en la persona de los pobres y los que sufren.

Suena como preparar el terreno para la salvación por obras, la salvación por el evangelio social o la salvación gestionando el banco de alimentos. Incluso se vuelve un poco más complejo: «En ese día, Cristo no presenta ante los hombres la gran obra que realizó por ellos al dar su vida por su redención. Presenta la fiel obra que ellos realizaron por Él» (ibid).

Tuve que leer el resto del capítulo para descubrir el principio: Nadie llega al cielo ayudando a los pobres ni a los menos afortunados. Pero quienes han aceptado la gracia de Dios y mantienen una relación continua con Jesús comienzan a tener un corazón que late al unísono con el suyo. Es un corazón que se preocupa. Se preocupa tanto que emprendió un largo viaje del cielo a la tierra para llegar a nuestra posición. No podría haber caído más bajo. Y ahora nos invita a considerar a quienes son menos afortunados que nosotros.

Hay evidencia definitiva de que una persona ha aceptado la salvación en su trato con los menos

afortunados. De hecho, incluso los paganos —nosotros somos fríos— que muestran bondad pero nunca han escuchado la historia de la cruz ni el evangelio, han sido influenciados por el Espíritu Santo, y sus acciones son evidencia de la intervención de Dios en sus vidas. Ya hemos mencionado este comentario sobre ellos.

Aquellos a quienes Cristo elogia en el juicio quizá no sepan mucho de teología, pero han conservado sus principios. Mediante la influencia del Espíritu divino, han sido una bendición para quienes los rodean. Incluso entre los paganos hay quienes han cultivado el espíritu de bondad... Entre los paganos hay quienes adoran a Dios con ignorancia, aquellos a quienes la luz nunca llega por medios humanos, pero no perecerán... Sus obras evidencian que el Espíritu Santo ha tocado su corazón, y son reconocidos como hijos de Dios (El Deseado de Todas las Gentes, 638).

Al reflexionar sobre este comentario de la Escritura, pensé que deberíamos salir a ayudar a nuestros hermanos, a nuestras hermanas, a los de la iglesia, a la familia de Dios. No dejen que nadie se quede sin Cheerios. Y para mi sorpresa, me invitaron a un esfuerzo evangelístico mayor, a un mundo que se ha descarriado, y a interesarme en

ayudar a los caídos, a los descarriados, a los pecadores, a los prisioneros; no a los que están encarcelados simplemente por amor a Jesús, sino a los viles, a los carnales, a los corruptos. Después de todo, ¿no fue esto lo que hizo Jesús cuando emprendió su largo viaje al planeta donde nacimos? Si Jesús se preocupa por igual por todas las almas que ha creado, y si nuestros corazones laten al unísono con el suyo, ¿no debería eso impulsarnos a salir a ayudar? Sobre todo, si mantenemos los ojos abiertos y no nos limitamos al pequeño círculo en el que nos movemos a diario. No debemos olvidar que hay gente que no tiene Cheerios.

¿Cómo ve el cielo a este mundo de pobres que luchan? «Los ángeles del cielo recorren la tierra a lo largo y ancho, buscando consolar a los afligidos, proteger a los que están en peligro y ganar los corazones de los hombres para Cristo. Nadie es descuidado ni ignorado. Dios no hace acepción de personas, y cuida por igual de todas las almas que ha creado» (El Deseado de Todas las Gentes, 639).

Entonces, tal vez fue un ángel el que tuvo algo que ver con guiar a la persona al lugar correcto para que los niños pudieran tener algo de comer nuevamente.

Todo el cielo está involucrado en la obra del evangelio y el plan de salvación, millones y millones de seres inteligentes. Podríamos preguntarnos: si nadie es ignorado ni ignorado, y no va a perecer aunque no escuche la buena nueva del evangelio de nosotros, ¿por qué no podemos sentarnos junto al fuego a comer manzanas y palomitas? Hemos olvidado que las personas más miserables son las que se mueven en su propio círculo, preocupadas por sus propios asuntos y despreocupadas por los de los demás.

Solíamos ir a Disneylandia, pero dejamos de ir. La cosa se arruinó cuando mis padres, tan conservadores, estaban allí. Pensábamos que el Matterhorn parecía una pequeña atracción con vistas panorámicas. No nos dimos cuenta de que era una montaña rusa hasta que mis padres subieron. Mi madre le hizo promesas a Dios. Mi hija se enojó conmigo porque creía que yo conducía. Pero la razón por la que decidimos no volver fue porque los niños siempre estaban de mal humor y gruñones después, de camino a casa. Si acabas de experimentar el mejor entretenimiento vegetariano del mundo y no tienes adónde ir más que a bajar, lo único que puedes hacer es estar de mal humor y gruñón de camino a casa.

«Oh», suplicaron, «queremos volver a ir».

«No, no vamos otra vez. Estás de mal humor de camino a casa.»

«Prometemos que no estaremos de mal humor». Pero siempre lo estuvieron.

Entonces llegó el día en que decidí llevar a mi hija a visitar la residencia de ancianos. Ella quería ir. Para mi sorpresa, descubrió que sentía compasión por las personas solas o que sufrían. Les sonrió y les dio una palmadita, y habló y escuchó. Me dijo: «Adiós, papá. Nos vemos en el vestíbulo». Y al final del pasillo, fue a visitar a todos los que pudo. No lo entendía. Pero sí entendí esto: de camino a casa no hubo quejas ni mal humor. Estaba feliz. ¿Les suena? No tenemos que pasar el tiempo preguntándonos si iremos al cielo o si nos enfrentaremos al Día del Juicio Final. Solo tenemos que darnos cuenta de que a Dios le interesa nuestra felicidad. Y quien se acerca y ayuda a los demás es quien será más feliz.

Muchos creen que sería un gran privilegio visitar los escenarios de la vida de Cristo en la tierra, caminar por donde Él anduvo, contemplar el lago junto al cual amaba enseñar, y las colinas y valles en los que tan a menudo posaba su mirada. Pero no necesitamos ir a Nazaret, a Capernaúm ni a Betania para seguir los pasos de Jesús.

Encontraremos sus huellas junto al lecho del enfermo, en las chozas de la pobreza, en los callejones abarrotados de la gran ciudad y en todo lugar donde haya corazones humanos necesitados de consuelo. Al hacer lo que Jesús hizo en la tierra, seguiremos sus pasos (El Deseado de Todas las Gentes, 640).

Al hacer lo que Jesús hizo cuando estuvo en la tierra, seguiremos sus pasos. Ese es el camino más rápido y mejor hasta ahora para llegar a Tierra Santa. Si no nos involucramos en ayudar a los menos formados, nos quedamos en la etapa básica de la experiencia cristiana. Si queremos crecer, nos esforzamos por ayudar a otros; si no, las consecuencias son bastante graves.

En el gran día del juicio, quienes no han trabajado para Cristo, quienes se han dejado llevar por la corriente, sin asumir ninguna responsabilidad, pensando en sí mismos y complaciéndose, serán colocados por el Juez de toda la tierra junto con quienes obraron el mal. Recibirán la misma condenación. (Palabras de Vida del Gran Maestro, 365)

Jesús siente muy profundamente esta pregunta.

No tienes que ser pobre financieramente para estar en necesidad. Algunas personas pueden ser ricas y pasar hambre debido a un pasado que las dejó maltrechas y

maltratadas. No tuvieron la ventaja que tú tuviste, así que no saben amar ni ser amadas. Alguien puede ser rico en recursos, pero no tener la fe para recibir la buena noticia. Tú también puedes ayudar a otros. No nos limitemos solo al aspecto financiero. Y ayudar como lo hacen los ángeles del cielo es un privilegio, no un deber. Tendrá resultados extraordinarios en nuestra vida y en nuestros sentimientos.

Por ejemplo, ¿te preocupa la energía inquieta de tus adolescentes? Mi padre solía preocuparse por eso. Tuvo dos hijos malos que se convirtieron en adolescentes. Vivíamos en Modesto, y consiguió una casa en las afueras donde podíamos cavar hoyos y rellenarlos. Podríamos quitar la cerca de estacas, hacer el doble de estacas, clavarlas y pintarla y pintarla y pintarla, porque quería mantenernos fuera de las calles. Le preocupaba la energía inquieta de sus adolescentes. Pero escuchen esto: la energía inquieta que tan a menudo es una fuente de peligro para los jóvenes podría canalizarse por canales por los que fluiría en ríos de bendición. El yo se olvidaría para trabajar con ahínco por el bien de los demás.

Quienes ministran a otros serán ministrados por el Príncipe de los Pastores. Beberán del agua viva y quedarán saciados. No anhelarán diversiones emocionantes ni

cambios en sus vidas (El Deseado de Todas las Gentes, 640, 641).

¡Guau! ¿Por qué anhelamos entretenimiento emocionante? Buscamos algo para nosotros mismos, una emoción egoísta.

He conocido a gente una y otra vez que dice: «No entiendo cómo funciona esta vida cristiana. Nunca me ha ayudado. Llevo veinte años siendo cristiano y sigo igual que antes. Lo único que he superado es mordirme las uñas. ¿Cuándo va a cambiar?». Lo he vivido yo mismo. Me llamó la atención el día que leí esa frase: «Quienes ministran a otros no anhelan un cambio en sus vidas». Esto se dirige a la juventud inquieta. Se dirige a la persona miserable. Y se dirige a quien busca satisfacción.

Qué maravilloso es comprender una respuesta tan sencilla. Nuestra única solución es arrodillarnos y rezar la oración más elevada que se encuentra en el himnario. ¿Has reflexionado sobre esto últimamente?

Al principio oré por luz: ¡Si tan solo pudiera ver el camino, cuán alegre y velozmente caminaría hacia el día eterno! Y luego oré por fuerza: para poder recorrer el camino con pies firmes e inquebrantables, y alcanzar la serena morada del cielo. Y luego pedí fe: si tan solo pudiera

confiar en mi Dios, viviría envuelto en su paz, aunque los enemigos estuvieran por todas partes. Pero ahora oro por amor: un amor profundo a Dios y al hombre; un amor vivo que no fallará, por oscuro que sea su plan. ¡Y la luz, la fuerza y la fe se abren por todas partes! Dios esperó pacientemente hasta que elegué la oración más grande.

¡El amor es la oración más grande! Amar a quienes parecen inferiores y menos afortunados, tal como Jesús oró por ellos.

Dos estudiantes se fueron al extranjero por un año a estudiar a Collonges, Francia. Durante ese año, tuvieron tres vacaciones para salir a hacer turismo. Los dos jóvenes planearon viajar en tren a París por primera vez. Pero las cosas se complicaron. Perdieron sus billetes. Perdieron sus pasaportes. Perdieron su dinero. Finalmente, felices, regresaron a Collonges para pasar el resto de las vacaciones.

Llegó la tercera temporada de vacaciones. Dijeron: «Esta vez no hagamos nada». Solo que tenían una idea. Guardaron sus cepillos de dientes en los bolsillos traseros y empezaron a caminar colina abajo y a través del bosque para ver si encontraban a alguien que necesitara ayuda.

Al mediodía llegaron a un claro donde había una cabaña vieja y destartalada donde vivía un hombre con aspecto de ermitaño. Era gruñón y malhumorado. Intentaron hablar con él usando el poco francés que sabían y algo de lenguaje de señas, y descubrieron que vivía solo. Su familia se había ido, todos muertos. Él solo esperaba la muerte. El lugar era un caos, con puertas colgando de bisagras rotas y gallinas entrando y saliendo corriendo de la cabaña. Los chicos consiguieron permiso para trabajar. Limpiaron el exterior de la cabaña. Se mudaron al interior y fregaron los pisos y lavaron las ventanas. Esa noche prepararon la cena para el anciano, quien les mostró la mesa esa noche, y había uno de los platos favoritos de su esposa. Se sentaron a la mesa esa noche, y una nueva luz alumbró el mundo oscurecido del hombre. Se quedaron a pasar la noche. A la mañana siguiente se despidieron de él, dejando al hombre gruñón con una gran sonrisa en el rostro y un corazón radiante. Y siguieron su camino para encontrar a alguien que los ayudara.

Al mediodía, encontraron a un grupo de campesinos intentando desesperadamente recoger el heno. Iba a llover y no lo lograrían. Los chicos gritaron pidiendo horcas y empezaron a sembrar heno. Sembraron heno toda la tarde hasta poco antes del anochecer, y entonces llegó la lluvia.

El heno estaba todo sembrado. Y se sentaron con una familia feliz alrededor de una sencilla comida de sopa y pan. Esa noche durmieron en el montón de heno mientras la lluvia golpeaba el techo. Nunca en su vida habían estado tan cansados, pero nunca tan felices.

Cuando escuché a estos dos chicos contar la historia del resto de sus vacaciones, cuando solo se esforzaron por ayudar a alguien, me conmovió porque dijeron que fueron las mejores vacaciones de su vida. ¡Qué tontos somos los mortales! Buscamos nuestra propia felicidad, cuando la verdad es que «quien ahora bendiga al pobre, él mismo hallará bendición». Ruego que Dios nos dé una visión más amplia y nos guíe hacia quienes nos necesitan.

CAPÍTULO 9: LA MUJER DEL POZO (PARTE 1)

Espero que hayas aprendido a meditar en las Escrituras con la idea de encontrarte a ti mismo en la historia. Bill Gaither ha dicho esto a miles de personas: que esta es una forma significativa de estudiar la Biblia. Léela como si estuvieras allí. Encuéntrate en la escena. Vamos a unirnos a la mujer del pozo. Su historia está en Juan 4, y tiene suficiente contenido como para llenar un libro entero. En este capítulo daremos una visión general.

“Así que [Jesús] tuvo que pasar por Samaria. Así que llegó a un pueblo samaritano llamado Sicar, cerca del terreno que Jacob le había dado a su hijo José. El pozo de Jacob estaba allí...” (Juan 4:4–6).

El pozo de Jacob aún existe. Estuve allí una vez, bajo una iglesia. (Ahora construyen una iglesia sobre todo en Tierra Santa, excepto sobre el mar de Galilea). En el sótano de esa iglesia puedes ver el pozo de Jacob, probablemente el sitio más auténtico que todavía se puede encontrar hoy. Aún tiene más de treinta metros de profundidad, y si quieres usar el mismo balde que han usado millones de

visitantes, puedes tomar un sorbo. Algunos de nosotros decidimos no hacerlo. Pero allí estaba el pozo que Jacob cavó, aunque había agua por todas partes —manantiales y fuentes—. Lo cavó debido a alguna clase de disputa de tierras.

Jesús llegó al pozo, “y cansado del viaje, se sentó junto al pozo. Era cerca del mediodía” (Juan 4:6). Era cerca del mediodía, y Jesús estaba fatigado. Eso es novedoso, ¿no? ¿Dios, cansado? Seguía siendo Dios, pero Jesús no vino a vivir como Dios. Vino a vivir como hombre, como ser humano. Esa es una buena noticia para la raza humana.

Parece que estaba más cansado que los demás discípulos, porque ellos fueron a la ciudad a comprar comida, pero Jesús, exhausto, se quedó atrás. Quizás había tenido uno de esos días que empiezan mucho antes del amanecer, cuando respondió al llamado del Espíritu para estar a solas, pasar tiempo con su Padre y recibir una nueva unción del Espíritu Santo ese día. Aunque tal vez eso no tenía nada que ver con su fatiga, porque cuando uno recibe esa experiencia, da energía. Tal vez estaba cansado porque había estado ministrando a personas y virtud había salido de Él, como vemos en otras historias. O tal vez simplemente era un día caluroso y polvoriento. En

cualquier caso, Jesús estaba sentado solo junto al pozo, cansado y sediento.

“Vino una mujer de Samaria a sacar agua, y Jesús le dijo: ‘Dame de beber’” (Juan 4:7). Aquí vemos a un maestro en acción en cuanto a servicio cristiano y testimonio. Si quieres aprender cómo compartir lo que sea que desees compartir, sigue el método de Jesús. No ofreces un favor; pides uno. Es interesante que cuando le pides un favor a alguien, se desarrolla cierto grado de confianza. ¿Lo has notado? Y cuando Jesús pidió un trago de agua, no pasó mucho antes de que ella le pidiera agua a Él.

Algunas personas están desencantadas con el antiguo método de evangelismo programado, donde se va de casa en casa tocando el timbre de personas desconocidas. Muchos están tan desilusionados con las frases trilladas y métodos predecibles que prefieren explorar el testimonio como un estilo de vida. Ya era hora. Necesitamos un tipo de testimonio que ocurra a lo largo del día con la gente que encontramos en el trabajo, en el camino. Pero no sabemos cómo hacerlo. Para quienes no saben cómo testificar ni por dónde empezar, pedir un favor es un buen comienzo.

Descubrí, cuando estaba en la universidad, que no funcionaba tratar de contarle a alguien sobre mi fe, por débil que fuera. Pero sí funcionaba pedirle a alguien que me contara sobre su fe.

Eso fue una de las cosas más significativas que hice: preguntarle a alguien cómo se volvió cristiano. Le preguntaba: “¿Por qué estás en esta universidad cristiana? ¿Te importaría contarme?” Descubrí que querían hablar al respecto, pero no iban a imponerlo a otros. Se sentían encantados de ser preguntados.

Así vemos a Jesús iniciando esta aventura de ganar un alma simplemente pidiendo un trago de agua. “La mujer samaritana le dijo: ‘¿Cómo tú, siendo judío, me pides a mí de beber, que soy mujer samaritana?’ (Porque los judíos no se tratan con los samaritanos)” (Juan 4:9).

Por supuesto, ¿qué hay de nuevo? Sabemos que los samaritanos eran considerados paganos y perros. Judíos y samaritanos habían sido enemigos por años. Y hay algo más interesante en esta historia. Jesús estaba hablando con una mujer, y si estudias el bajo valor que se le daba a la mujer en esos tiempos, verás cuán extremadamente significativo es esto.

Y no solo era una mujer, ni una persona influyente en la ciudad cercana, ni parte del consejo escolar o la asociación de padres. Tenía que salir de la ciudad y caminar un kilómetro hasta el pozo de Jacob, probablemente porque era persona non grata en el pozo del pueblo donde se reunían las mujeres. El chisme era intenso. En aquellos días, la religión, Dios, la fe y la eternidad se evaluaban en términos de comportamiento, y cinco esposos no hablaban bien de ella en esa cultura. Vivir con un hombre que no era su esposo tampoco ayudaba. Así que aquí tenemos a una samaritana, una mujer despreciada, una pecadora notoria, y Jesús comienza una conversación.

No es de extrañar que los discípulos se sorprendieran cuando regresaron.

Ella también se preguntó: “¿Por qué me pides un trago?”

“Jesús le respondió: ‘Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice “Dame de beber”, tú le habrías pedido, y Él te habría dado agua viva”’ (Juan 4:10).

Observa que Jesús dijo: “Si conocieras el don de Dios...” Aquí hay una sociedad —junto con la de Jerusalén— víctima del sistema religioso que siempre nos ha aquejado,

y aún nos aqueja hoy, con la idea de que uno recibe lo que se gana. Que hay que ganarse la salvación. Que no es un don. Que hay que cumplir ciertos requisitos. Es justicia por obras. Es entrar en la ciudad de Dios por haber hecho suficiente esfuerzo. Pero Jesús dice: "Si conocieras el don de Dios." Te invito a que te sientes algún día con tu Biblia y revises todo lo que se llama "don".

Pero aquí no estamos hablando principalmente de dones como el arrepentimiento, el perdón, la justificación, la paz y todos los demás. Estamos hablando de Él mismo. Como en el capítulo anterior de Juan: "Porque de tal manera amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito." No estamos hablando de "qué". No estamos hablando de una filosofía o teología, aunque eso puede ser útil. Estamos hablando del Regalo. Nuevamente: "Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice..." Él es el Don. Jesús ha venido en un viaje largo y costoso para ayudar a la gente a entender que Él está en el sistema de los regalos. Todo lo que podemos hacer es recibirlo. Y la forma de hacerlo es recibirlo a Él. Él trae consigo todos los otros regalos que Dios tiene para ofrecer.

Me atrevo a proponer que este es el mayor problema en la iglesia cristiana. Es el mayor problema en todas las

religiones del mundo, y también ha impregnado la iglesia cristiana. No sabemos cómo recibir un regalo. No queremos recibirlo. En algún punto de nuestra comprensión del evangelio y la salvación, sentimos que tenemos que entrelazar nuestro propio esfuerzo y obtener algo de crédito. Cuando descubrimos que no podemos obtener crédito alguno, que nuestros métodos —sean sutiles o evidentes— son inútiles, miles de nosotros abandonamos.

La religión más grande del mundo que profesa ser cristiana tiene como base darle a la gente algo que hacer para agradar a Dios. Y esto no está limitado a algún trono en Europa. De ninguna manera.

De todo lo que se escribió durante 1988 para conmemorar el centenario de la famosa sesión de la Conferencia General de 1888, lo que más me impactó (por encima de toda la teología y los análisis académicos) fue una simple declaración del problema con la gracia hecha por Deborah Anfenso-Vance, titulada: "El problema con la gracia: una verdad difícil para gente buena."

La gracia puede ser un problema. La Biblia, de hecho, rebosa de historias desconcertantes que muestran cómo la

gracia, una y otra vez, trastorna el orden de las cosas tal como lo conocemos.

El hermano mayor se indigna cuando papá organiza una fiesta para un hijo pródigo y codicioso que, habiéndolo perdido todo, regresa a casa. Los empleados de tiempo completo se quejan cuando el jefe les paga a todos sus trabajadores de medio tiempo un salario completo por el día.

Noventa y nueve ovejas son dejadas en riesgo mientras el pastor busca a una que está perdida.

Ahora bien, podría encontrar estas historias graciosas, incluso útiles, si yo fuera el hijo pródigo, el trabajador de medio tiempo o la oveja perdida. Pero un miembro de cuarta generación de la iglesia, educado denominacionalmente, empleado por la iglesia y de alto rendimiento, difícilmente puede ser tipificado en esos términos. Corre por mis venas demasiada religión tradicional de niño bueno y consciente.

Así que me descubro simpatizando con el hermano mayor, el trabajador de tiempo completo y las noventa y nueve, aunque haya escuchado estas historias setenta veces siete y conozca los remates como la voz de mi

madre... La gracia parece estar en mi contra, y no me hace gracia.

Las personas buenas, que se toman en serio estas historias, pueden ver que parte del problema con la gracia es que no se toma en serio a las personas buenas. Al menos no tan en serio como nosotros nos tomamos a nosotros mismos.

Desde hace años, me enorgullezco de no ser un legalista, sea lo que sea eso. El problema con la gracia es que no deja espacio para que yo me ponga altanero por lo que soy o no soy, y prácticamente es ciega a los nombres que me pongo a mí mismo. Lo cual me lleva a otro punto.

La gracia no solo es problemática para el legalista o el religioso. La gracia puede ser difícil de tragar incluso para las personas comunes y agradables. Y si quieres ir un paso más allá, diré esto: hay algo en la naturaleza humana que hace difícil que cualquiera de nosotros extienda una mano vacía. Porque si lo hiciéramos, la gracia la llenaría. ¿Y qué podría ser más problemático que eso?

Los regalos son un problema para nosotros. Somos discípulos del sistema de "hazte a ti mismo", del "cárgate tu propio peso". Somos capaces, autosuficientes, exitosos. Y nos sentimos culpables. Creemos, en el fondo, que no

merecemos nada que no hayamos trabajado, sufrido o pagado, y miramos con recelo a los que obtienen algo gratis. A pesar de todo lo que hablamos sobre dar, más a menudo de lo que quisiéramos, mezclamos la realidad con el comercio y la obligación; nos avergüenza recibir un regalo cuando no tenemos forma de devolverlo.

Aceptar un regalo en toda regla es equivalente a caridad, algo que desde niños nos enseñan que está bien dar, pero está mal recibir. Pero si a la gente educada le cuesta aceptar la gracia como el regalo que es, también le cuesta el modo en que ella pone nuestro buen orden patas arriba. Creemos en sombreros blancos y sombreros negros, y no nos gusta cómo la gracia parece mezclarlos y, más a menudo de lo deseado, dejar que el sombrero “equivocado” se lleve a la princesa al atardecer, mientras el señor “merecedor” se queda sollozando solo ante la injusticia de todo esto. Hay algo indómito en un Dios que patrocinaría ese tipo de final. Es evidente que aún no lo hemos civilizado exitosamente según nuestro sentido de justicia y decoro.

Podría mencionar muchos más problemas que plantea la gracia, pero me detendré aquí y pasaré a otra historia

que contó Jesús. Incluso Jesús admitió que la gracia podía ser problemática.

Y esta es la historia:

“Nadie pone un remiendo de paño nuevo en un vestido viejo, porque el remiendo tira del vestido, y la rotura se hace peor. (No se puede mezclar la justicia por la fe con la justicia por obras). Ni tampoco echan vino nuevo en odres viejos. Si lo hacen, los odres se rompen, el vino se derrama y los odres se arruinan. No, el vino nuevo se echa en odres nuevos, y así se conservan ambos” (Mateo 9:16-17, NVI).

Debo ser una nueva criatura para entender y apreciar el Evangelio; de lo contrario, me destruirá.

Así que, en el encuentro de lo viejo con lo nuevo, podemos reconocer que el problema con la gracia es el problema con nosotros. Somos camisas viejas para paños nuevos, odres viejos para vino nuevo... demasiado orgullosos para aceptar el regalo.

Pero la gracia también llega a los hermanos mayores, y con ella una elección. Podemos aferrarnos a la vida como creemos que debería ser, aferrarnos a lo que nos hace

creer que somos buenos y hacer lo que tiene sentido para nuestra visión—como lo hemos hecho siempre.

O podemos seguir las duras y aparentemente sin sentido palabras: “El que se aferre a su vida la perderá, y el que la pierda la conservará” (Lucas 17:33, NVI), y abrírnos a la gracia, creyendo que nos dará algo más allá de los trapos hechos jirones y los recipientes rotos, aunque no tengamos la menor idea de qué será.

Y yo, personalmente, no puedo decir qué será, porque es la naturaleza de la gracia sorprender. Y por el resto de nuestras vidas, cada vez que pensemos que hemos desempaquetado el último regalo, atravesado la última puerta y estemos a punto de preguntar: “¿Qué más podría haber?”, encontraremos algo para abrir a nuestros pies y algo para atravesar frente a nosotros.

Una cosa más puedo decir: los que renunciamos a nuestra justicia y perdemos nuestra vida, obtendremos una nueva perspectiva de esas historias desconcertantes. Nos veremos perdidos en un rebaño de noventa y nueve, como pródigos en nuestra actitud de hermanos mayores, y como crónicamente retrasados en nuestros trabajos de tiempo completo. Entonces podremos conocer a un Pastor, a un

Padre, a un generoso Jefe. Podremos encontrar nuestras vidas y reinos de lo inesperado de todo.

Porque tan cierto como nos sepamos perdidos, seremos hallados. Hallados por una gracia cuyo propósito no es hacer a los buenos mejores, sino buscar a los que vagan y llevarlos a casa. Llevarlos a casa a una fiesta.

Me gustaría sugerir que, cuando todo esto se ha dicho y hecho, el problema que tuvieron en 1888 y en 1988, el problema que tenemos en el siglo XXI, es el mismo problema que en los días de Jesús. Nos cuesta entender que “la paga del pecado es muerte. Pero el regalo de Dios es vida eterna.” Puedo aceptar la verdad de que no tengo que trabajar ni ganarme el favor de Dios en términos de perdón y aceptación, y aún así trabajar duro en lo que Él quiere hacer para transformar mi vida. Puedo aceptar la buena noticia de que el Cordero de Dios es suficiente, que Jesús lo pagó todo en la cruz, y aun así estar tratando de ganar mi camino a la Tierra Prometida, o de alguna manera hacer el esfuerzo necesario para poder llegar a las puertas de la ciudad y decir: “Tengo derecho al árbol de la vida.” No podemos mezclar lo viejo y lo nuevo, a menos que reconozcamos el error que el evangelio de la fe está

destinado a erradicar. Seremos vino nuevo en odres viejos y paño nuevo en ropa vieja. No funciona.

Y por eso Jesús dijo: "Si supieras lo que Dios puede darte y quién es el que te está pidiendo agua, tú le habrías pedido a él, y él te habría dado agua que da vida" (Juan 4:10).

"Señor", dijo la mujer, "no tienes con qué sacar agua y el pozo es profundo. ¿De dónde, pues, vas a sacar esa agua que da vida?" (Juan 4:11). El pozo es profundo. Sí, los sistemas humanos, los métodos humanos para tratar de encontrar vida y frescura, a menudo parecen profundos. Esta es una de las cosas que perturbaba a los líderes religiosos en los días de Jesús acerca de su método y estilo de enseñanza. Era demasiado simple. Querían algo que los eruditos pudieran llevarse al primer puesto de la clase. Hemos hecho el pozo demasiado profundo. Creo que incluso el apóstol Pablo lo hizo, aunque no pudo evitarlo. Jesús lo hizo simple. Y eso realmente les irritaba, que fuera tan simple que niños y niñas pudieran entenderlo. Jesús dijo: "Apacienta mis ovejas." No mis jirafas. Y me alegra escuchar a alguien decir que si alimentas a las ovejas, lo que ellas puedan comer, también lo podrán alcanzar las jirafas si se agachan lo suficiente.

El pozo es profundo. “¿Acaso eres tú superior a nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, del cual bebieron él, sus hijos y su ganado?” (Juan 4:12). Apelación a los padres, por supuesto. Lo que fue suficiente para el Padre, lo es para mí. La mujer decía: no me digas que tienes algo mejor que lo que vino de los padres. Por supuesto, este siempre ha sido un problema en la religión. Es una sorpresa descubrir que Dios no tiene nietos. Solía pensar que podía deslizarme al cielo colgado del saco de mi padre predicador, y luego descubrí que Dios no tiene nietos ni nietas. Tenemos muchas formas de tratar de colarnos en el Reino celestial. Mi esposa me confesó poco después de casarnos que esa fue una de las razones por las que quiso casarse con un predicador: para colarse al cielo en su abrigo. No le llevó mucho tiempo sacarse eso del sistema. Lo que fue suficiente para el abuelo, lo es para mí. Y esta es exactamente la razón por la que hoy tenemos trescientos o cuatrocientos diferentes denominaciones. Pero la mujer en el pozo no se dio cuenta de que estaba hablando con alguien que era mayor que su padre Jacob.

“Jesús le respondió: ‘El que beba de esta agua volverá a tener sed’” (Juan 4:13). Piensa en todas las formas en que las personas tratan de encontrar satisfacción, y la sed persiste. Todavía puedo oír a aquel líder de temperancia

de antaño que se paró frente a los jóvenes en un campamento y dijo: "Chesterfields. Dicen que satisfacen. No, no lo hacen." Dijo: "Conozco a un hombre que empezó fumando un paquete al día. No estaba satisfecho. Subió a dos paquetes. Todavía no estaba satisfecho. Tres paquetes." Y así ocurre con cualquier cosa—drogas u otros placeres. Las personas tropiezan unas sobre otras rumbo a Monte Carlo, Reno o Las Vegas con esta horrible sensación de que el que beba de esa agua tendrá sed una y otra vez.

"Pero el que beba del agua que yo le daré no tendrá sed jamás, sino que dentro de él esa agua se convertirá en un manantial que brotará dándole vida eterna" (Juan 4:14). ¿Has probado? ¿Te interesa? A mí me interesa. Jesús se puso en pie en la fiesta de aquellos religiosos y, en voz alta, les dio la buena noticia: "Si alguno tiene sed, venga a mí y beba" (Juan 7:37). No quiere decir que con un sorbo basta. Quiere decir que, si una vez probamos, querremos seguir bebiendo de ese suministro interminable. No tiene fin, y es lo único que realmente satisface.

El agua de vida suena nebulosa, etérea, irreal, como Ponce de León en Florida buscando la evasiva Fuente de la Juventud, o persiguiendo el final del arco iris. Pero es tan simple como las propias palabras de Jesús. Beber el agua

de la vida es sentarse con Su Palabra, a través de la cual el Espíritu Santo obra, y leer las historias de hace tanto tiempo que nos cuentan lo que Jesús le dijo a la mujer en el pozo.

Doy gracias a Dios por haber provisto para que nunca volvamos a tener sed. Le agradezco que podamos dejar nuestros cántaros junto a las cisternas terrenales y unirnos a aquella mujer de antaño, que fue mirada con bondad por el Señor del cielo. Hoy quiero cobrar ánimo respecto al Regalo, y quiero conocer al Regalo, conocerlo es vida eterna. ¿Y tú?

CAPÍTULO 10: LA MUJER DEL POZO (PARTE 2)

Hay tres deportes extremos, como comúnmente los conocen los aficionados: paracaidismo, buceo y escalada en roca. La escalada invadió nuestra familia con un hijo adolescente que, cuando se fue a la universidad, quería escalar montañas más grandes. Su madre oraba para que se rompiera una pierna antes de que pasara algo más grave.

Una vez, mi hijo estaba escalando Middle Cathedral, frente a El Capitán en el Parque Nacional Yosemite. Lo acompañaba un médico de Modesto. Era una escalada de dos días, y dormirían colgados en cuerdas sobre la roca, a más del doble de la altura del World Trade Center de Nueva York.

Cometieron errores serios. El primer día, dejaron caer la cantimplora y una cámara, y la deshidratación comenzó a hacer efecto. Al día siguiente, cuando por fin llegaron a la cima, el doctor, un poco mayor y más exhausto, yacía boca abajo, gimiendo: —Agua... consíganme agua. El dinero no importa. ¡Consigan agua!

Mi hijo se arrastró hasta un arroyo, metió la cara en el agua y logró llevar un poco de regreso al médico. Descubrieron, para su sorpresa, que habían perdido nueve kilos durante la escalada. Tuvieron suerte de salir con vida.

Como dice la canción: “Agua, agua pura que brilla tan clara, hermosa, fresca y libre.”

No nos damos cuenta de su valor hasta que nos falta. El agua es lo que te hace tener sed cuando el pozo se seca.

Recuerdo que estuve en Medio Oriente con el anciano H. M. S. Richards, Sr., en su último tour por Tierra Santa, y estábamos en el Alto Egipto, donde el agua clara era un lujo. Mi preciosa botella de agua se cayó al suelo en el aeropuerto del Alto Egipto, y me encontré exclamando impulsivamente:

—¡Se me rompió la fuente!

Nunca me lo perdonaron. Si viajas al extranjero por algunos países donde le temes a las represalias de sus sistemas de agua, llorás por un poco de agua. Decís: “Dame agua o muero.” Por eso la historia de la mujer en el pozo, que comenzamos en el último capítulo, cobra vida cuando consideramos nuestra propia experiencia al buscar agua.

En el capítulo anterior vimos que Jesús le pidió un favor a la mujer samaritana, y que no pasó mucho antes de que ella le pidiera un favor a Él. Luego de preguntarle por qué un judío como Él pediría agua a una samaritana como ella, Él le dijo: “Si supieras el don de Dios y quién es el que te está pidiendo agua, tú le habrías pedido a Él, y Él te habría dado agua viva” (Juan 4:10).

Esta es una de las claves principales de esta historia. La salvación es un don, y no estamos acostumbrados a eso. En cambio, tenemos nuestro sistema de méritos. Así que esto es lo primero que queremos dejar claro en este capítulo. No estamos acostumbrados a que sea un regalo, y por eso hacemos que nuestros Conquistadores pedaleen medio día en bicicleta para conseguir fondos. Tenemos nuestras maratones y nuestras maneras humanistas de recaudar dinero y hacer el trabajo de la iglesia, igual que IBM y Coca-Cola. Pero esos no son los caminos de Dios.

Una de las iglesias que pastoreaba anunció que ofrecía membresías gratuitas por un mes. Bueno, eso es cierto: la membresía es gratuita. Pero la salvación, aunque es gratuita, aún nos cuesta todo. ¿Cómo entendemos eso?

Aquí hay algo de un predicador piadoso del sur del continente, Juan Carlos Ortiz, quien lo expresó de manera muy efectiva:

Jesús dijo en Mateo 13 que el Reino de Dios es como un comerciante en busca de perlas. Y cuando encontró la perla de gran precio, vendió todo lo que tenía para comprarla.

Claro, algunos cristianos piensan que la historia significa que nosotros somos la perla de gran precio y que Cristo tuvo que darlo todo para redimirnos. Pero ahora entendemos que Él es la perla de gran precio. Nosotros somos los comerciantes, buscando felicidad, seguridad, fama, eternidad.

Y cuando encontramos a Jesús, nos cuesta todo. Él tiene felicidad, gozo, paz, sanidad, seguridad, eternidad, todo.

Así que decimos: "Quiero esa perla. ¿Cuánto cuesta?"

—Bueno —dice el vendedor—, es muy cara.

—¿Pero cuánto?

—Una cantidad muy grande.

—¿Puedo comprarla?

—Oh, claro. Todos pueden comprarla.

—¿Pero no dijiste que era muy cara?

—Sí.

—¿Cuánto cuesta entonces?

—Todo lo que tienes —dice el vendedor.

Entonces decidimos: “Está bien. La compraré.”

—¿Qué tienes? —pregunta él. “Vamos a anotarlo.”

—Bueno, tengo diez mil dólares en el banco.

—Bien. Diez mil. ¿Qué más?

—Eso es todo.

—¿Nada más?

—Bueno, tengo unos dólares en el bolsillo...

—¿Cuánto?

—Veamos... treinta, cuarenta, sesenta, ochenta, ciento veinte.

—Está bien. ¿Qué más?

—Nada.

—¿Dónde vives?

—En mi casa.

—Entonces la casa también.

—¿Tengo que vivir en mi tráiler?

—¿Tienes un tráiler? Eso también. ¿Qué más?

—Tendré que dormir en el auto.

—¿Tienes auto?

—Dos.

—Ambos son míos. ¿Qué más?

—Ya te di mi dinero, mi casa, mi tráiler, mis autos, ¿qué más quieres?

—¿Estás solo en este mundo?

—No, tengo esposa e hijos.

—Ah, sí, también ellos. ¿Qué más?

—¡No me queda nada!

—¡Oh! Casi lo olvido: tú también. Tú mismo ahora eres mío. Tu esposa, tus hijos, tu casa, tu dinero, tus autos... y tú también.

Luego continúa:

—Ahora escucha. Te dejaré usar todas estas cosas por ahora. Pero no olvides que son mías, al igual que tú. Y

cuando necesite cualquiera de ellas, debes entregarlas, porque ahora soy el dueño.

Así es cuando estás bajo el señorío de Jesucristo.

(Discipleship: A Handbook for New Believers, Creation Press, 1995, pp. 34-35)

¿Has oído hablar de eso?

La salvación es un regalo, pero nos cuesta todo. Es una exigencia demasiado grande para el corazón carnal. Y eso nos lleva a la realización de que esta historia de la mujer en el pozo es una historia de conversión. Conversión.

Todavía estoy enojado por algo. Y seguiré enojado hasta que sepamos más sobre el gran tema de la conversión. Después de treinta y seis años de intentar hablar del evangelio, descubro que no sabemos nada sobre la conversión, el punto de partida de toda experiencia de salvación. Eso es deshonroso. Fui a mi biblioteca. Tengo cincuenta y cinco volúmenes, grandes, de sermones de Charles Spurgeon, cada sermón que alguna vez predicó. Tengo volumen tras volumen de los grandes predicadores de los últimos dos mil años hasta los padres de la iglesia. Y la cantidad de material sobre conversión es, comparativamente, nada.

Quizás digas: “La Biblia no dice mucho sobre eso. ‘El viento sopla de donde quiere’ (Juan 3:8). No podemos entenderlo.” Pues deberíamos intentarlo más. Yo quiero saber qué significa. Quiero estar seguro de que soy convertido, de que las personas con las que trabajo son convertidas, de cómo alcanzar a los jóvenes que necesitan ser convertidos. Quiero saber qué significa ser convertido mañana, y pasado mañana, hasta que venga Jesús. Son grandes preguntas que deberíamos comprender. Tal vez, para empezar, podamos profundizar un poco más en esta historia.

La mujer en el pozo había dicho, en esencia: “Lo que fue bueno para los padres, es bueno para nosotros.” Ese es un viejo argumento, carcomido por el tiempo. Entonces “Jesús le respondió: ‘Todo el que beba de esta agua volverá a tener sed, pero el que beba del agua que yo le daré no tendrá sed jamás; más bien, el agua que yo le daré se convertirá en él en un manantial de agua que brota para vida eterna’” (Juan 4:13,14).

En este punto, en el versículo 15, la mujer le dijo:

—Señor, dame de esa agua para que no vuelva a tener sed ni tenga que venir aquí a sacarla.

Observa la progresión en la manera en que ella se refiere a Jesús a lo largo de la historia. Primero le dice: "¿Cómo tú, siendo judío, me pides a mí, una samaritana, que te dé de beber?" Ahora se está volviendo un poco más delicada: "Señor, dame de esa agua." Y aquí vemos el fenómeno de la conversión en proceso. El primer paso de la conversión, o al menos de acercarse a Cristo, es el deseo de algo mejor, y Jesús está despertando ese deseo.

La mujer había tenido ese tipo de deseo por mucho tiempo. Había estado buscando un mejor esposo. Tuvo cinco, y ahora vivía con alguien que no era su esposo. Esto no es algo que comenzó y terminó con la mujer del pozo. Se había cansado de los votos y las ceremonias y ahora quería asegurarse antes de hacer otro voto. No estaba satisfecha. Y el cántaro de agua, apoyado al borde del pozo, era simplemente un símbolo del hecho de que los sistemas de este mundo no satisfacen. Está bien buscar agua, agua pura. Pero si estamos buscando lo que ese cántaro pudiera simbolizar, es una búsqueda interminable. Cuando ella dijo: "Señor, dame de esa agua", estaba empezando a entender el mensaje.

Estaba comenzando a darse cuenta de que cuando le pides a alguien que te dé algo, estás admitiendo que no

puedes producirlo tú mismo, que no puedes ganártelo, que no lo mereces, que solo puedes pedirlo. Está comenzando a alinearse con lo que Jesús estaba enseñando a toda una nación —y al mundo entero desde entonces—: es un regalo.

En ese momento Jesús le dijo:

—Ve, llama a tu esposo.

Todo se quedó en silencio, y a ella le empezaron a sudar las manos mientras se preparaba para evadir el asunto, porque temía que Él siguiera profundizando. Y lo hizo.

Ella dijo:

—No tengo esposo.

Jesús le dijo:

—Has dicho bien al decir “no tengo esposo”; porque cinco has tenido, y el que ahora tienes no es tu esposo. En esto has dicho la verdad.

Entonces la mujer le dijo, en el versículo 19:

—Señor, veo que tú eres profeta.

Aquí nuevamente vemos la progresión en la forma en que se dirige a Jesús, el convencimiento que va en

aumento de que está tratando con alguien más que un simple desconocido. Ahora es un profeta. Y luego ella lanza su maniobra evasiva:

—¿Cuál es la iglesia verdadera? ¿Dónde se debe adorar?

Eso es lo que pasa cuando te pones nervioso y el Espíritu Santo empieza a caer fuerte sobre un corazón endurecido, porque Dios no es agresivo, pero sí persistente. Ella dijo:

—Hablemos de algo relacionado con la historia de nuestro pueblo.

Los samaritanos eran el producto de matrimonios mixtos durante el cautiverio babilónico. Eran una combinación de judíos y “paganos”, y estaban en profunda enemistad con los judíos. Habían tenido templos rivales, pero los samaritanos habían sufrido desastres con su templo, y ahora estaba en ruinas. Tenían montes sagrados rivales, y la pregunta “¿Dónde se debe adorar?” era una fuente continua de debate.

En este punto, Jesús dijo algo que sigue siendo relevante hoy. Dijo:

—No importa dónde se adore. Lo que importa es cómo se adora.

Luego dijo estas palabras tan interesantes, que también eran algo así como una profecía:

“Pero se acerca la hora, y ya ha llegado, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque así quiere el Padre que sean los que le adoren. Dios es espíritu, y sus adoradores deben adorar en espíritu y en verdad” (Juan 4:23-24).

Hay una gran diferencia entre ser religioso y ser espiritual. Hay una gran diferencia entre conocer las reglas, las normas, los reglamentos y la doctrina de la iglesia, y conocer a Dios. Dios es espíritu. Un matemático me dijo una vez que Dios vive en otra dimensión. Bueno, supongo que eso no es nada nuevo. Y si pudiéramos ver en esa otra dimensión, como lo hizo el siervo de Eliseo, todo se volvería claro.

La otra dimensión en la que vive Dios, junto con los ángeles, en la ciudad celestial —que puede ser una ciudad de cuarta o quinta dimensión— es la diferencia entre la noche y el día en cuanto al espíritu en el que vivimos. La única persona que puede adorar a Dios en espíritu y en verdad es la que se ha vuelto espiritual. Y el único que

puede hacer que eso ocurra es Dios. El método por el cual ocurre se llama conversión. Vemos eso ocurriendo aquí, junto al pozo. Está pasando frente a una audiencia de un solo alma. Y es emocionante, porque el mismo aprecio que Jesús tenía por esa alma única, lo tiene hoy por ti.

¿Tienes un deseo por algo mejor? Yo sí. ¿Tienes una comprensión, aunque sea parcial, del plan de salvación, del evangelio? La tienes, y por eso estás leyendo este libro, y por eso te gusta hablar de estas cosas. ¿Comprendes que es un regalo que no se puede ganar, que no se puede merecer, que solo viene de Dios? Su pozo es demasiado profundo para nosotros, sin Su intervención. ¿Te unirás a la mujer del pozo, reconociendo tu pecado?

Estamos hablando aquí del pecador clásico, en el sentido clásico. Pero hay un tipo de pecador peor. Conversión significa "dar la vuelta" o "volverse". Y hay un tipo de conversión que no es simplemente dejar nuestros pecados habituales. Puede ser que para los miembros de iglesia de tercera y cuarta generación, la conversión sea darse vuelta de nuestra propia justicia hacia la justicia de Cristo, y según El Camino a Cristo, esa es la batalla más difícil de todas.

Es fácil para Dios alcanzar a pecadores —prostitutas y ladrones en el sentido clásico—. Es muy difícil para Dios alcanzar a personas orgullosas que han estado haciendo todo bien, gracias.

—No se me ocurriría cometer un acto inmoral. Soy una buena persona, Dios. Ocúpate del borracho en la cuneta y evita que las estrellas choquen entre sí. Pero yo soy buena gente. No te necesito.

Esa es la gran trampa. Solo el milagro de la conversión puede llevarnos a ese punto donde dejamos nuestra propia justicia y nuestra propia bondad para aceptar la bondad de Dios, que es la única bondad real que existe.

En este punto de la historia, vemos a esta mujer llegando al momento de la entrega, porque cuando Jesús habló sobre las cosas espirituales, el Espíritu Santo la llevó al siguiente paso.

Jesús había dicho:

“Se acerca la hora, y ya ha llegado, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad.”

Mi subcultura habla mucho sobre la verdad. Lo habrás oído:

—“Nuestros abuelos conocieron la verdad hace ochenta años.”

—“Encontramos la verdad en Dakota del Sur.”

—“Acepté la verdad.”

La verdad sin el Espíritu no vale ni un centavo. Dios no está buscando principalmente a personas que conocen la verdad sobre ciertos puntos distintivos de doctrina. Está buscando a personas que lo conocen a Él, quien es “el Camino, la Verdad y la Vida.” Está buscando a personas que demuestran la verdad con su amor. Dios se preocupa profundamente por aquellos para quienes las malas noticias sobre los demás son las únicas buenas noticias que disfrutan compartir.

Ron Halverson lo dijo muy bien en un campamento de verano:

“El problema con el evangelio es que es buenas noticias. Si fueran malas noticias, ya las habríamos difundido todas y la obra habría terminado hace tiempo.”

Dios está buscando personas que, al ver a este Extranjero junto al pozo, digan: “Quiero ser como Él.”

Cuando Jesús llegó a este punto, la mujer le dijo:

“Sé que el Mesías —al que llaman el Cristo— está por venir.”

Algo estaba resucitando en su memoria. Había estudiado, en sus momentos de quietud, la literatura de sus antepasados. Y sabía del Cristo, el Mesías que había de venir.

“Cuando él venga —dijo ella—, nos explicará todas las cosas” (Juan 4:25).

Y entonces Jesús hizo lo que no hizo ni siquiera en el templo en Jerusalén:

“Yo soy, el que habla contigo.”

Eso fue todo lo que necesitaba. La mujer del pozo dejó el cántaro (y no es mala idea que todos dejemos nuestros cántaros), y salió corriendo hacia la ciudad porque tenía algo que contar. Es interesante observar, respecto al testimonio cristiano genuino, que tan pronto como una persona viene a Cristo, nace en su corazón el deseo de contarle a alguien más sobre el Amigo precioso que ha encontrado en Jesús.

Ella estuvo en presencia de alguien que podía decirle todo lo que había hecho. (Eso es una exageración: Él solo le mencionó una parte de su vida. Pero es como un

relámpago que en medio de la noche ilumina todo el campo: aunque golpee solo el roble, lo demás también se ve iluminado.) Ella quedó impresionada. Corrió al pueblo y le contó a los hombres.

Interesante. Las mujeres hacía tiempo que no la escuchaban.

Les dijo a los hombres:

“Vengan a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho. ¿No será este el Cristo?”

Ella pasa de “judío” → a “señor” → a “profeta” → a “¿será el Mesías?” → a el Cristo.

Bueno, todos nos impresionamos con lo espectacular. Si alguien viniera y nos dijera todo lo que hemos hecho, también quedaríamos impresionados.

Un grupo de estudiantes de la Universidad de La Sierra hace varios años se involucró en cultos carismáticos, glosolalia y similares en Los Ángeles. Treinta o cuarenta de ellos iban a la ciudad, y algunos volvían “derribados por el espíritu”, rígidos como troncos, cargados por sus amigos. Quedaban impresionados porque un desconocido completo podía sentarse con ellos y contarles toda su vida, sus problemas y sus pecados, en detalle.

Decían:

“Esto debe ser sobrenatural.”

Y lo era. Pero, ¿de qué espíritu venía?

El solo hecho de que algo sobrenatural ocurra no significa que proviene de Dios. Y el solo hecho de que un extraño junto al pozo pueda decirte todo lo que hiciste no prueba que sea el Mesías.

Había otras pruebas que llenaron el corazón de la mujer, porque hay algo más importante que ser confrontado con todo lo que uno ha hecho.

Dentro de mil años y un poco más, la gente estará frente a Uno que podrá contarles todo lo que alguna vez hicieron. Millones estarán dentro de una ciudad gigante — con dimensiones que no podemos imaginar—, una multitud que nadie podrá contar; y millones estarán afuera, de todas las generaciones.

Los de afuera estarán allí. El departamento visual se activará, y esa gran pantalla en el cielo mostrará toda la historia, de principio a fin. Cada uno se verá a sí mismo en la escena. Nadie se moverá.

En ese día, será una tragedia estar del lado de afuera, en presencia de Aquel que lo sabe todo.

Pero será pura buena noticia si estamos con Él, y todo ha sido cubierto por Su sangre.

Ese fue el caso de la mujer en el pozo. No solo encontró a Alguien que podía decirle todo lo que había hecho, sino que estuvo en presencia de Alguien que la amaba y que la estaba ganando para Su reino.

Ella les dijo:

“Vengan a ver a un hombre...”

Los hombres la siguieron. Obsérvalos. Ella corre atravesando los campos de trigo hacia el pozo otra vez, con los hombres siguiéndola, aunque esta vez por otros motivos.

Ellos llegan a la presencia de ese Hombre. Y algo fantástico ocurre al final de la historia:

“Muchos de los samaritanos de aquel pueblo creyeron en él por el testimonio de la mujer: ‘Me dijo todo lo que he hecho’” (Juan 4:39).

“Y por lo que él mismo decía, muchos más creyeron. Dijeron a la mujer: ‘Ya no creemos solo por lo que tú dijiste; ahora lo hemos oído nosotros mismos, y sabemos que este realmente es el Salvador del mundo’” (Juan 4:41-42).

Y así terminó.

No solo era judío.

No solo era un señor amable.

No solo era un profeta.

No solo era el Mesías.

No solo era el Cristo.

Es el Salvador del mundo.

Estoy agradecido por esta historia de hace tanto tiempo, que nos da esperanza hoy. Agradezco poder estar en la presencia de Alguien que nos conoce bien, y que aun así dice:

“Ven, bebe del agua que Yo te doy.”

Mientras miramos con anhelo hacia el cielo, que tengamos la certeza sólida de que Dios sabe, acepta y comprende.

Y que nos unamos a la mujer del pozo para dar testimonio de lo que el Señor ha hecho por nosotros.